Katixa Agirre

SERVICIO INTERIOR

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Acto I

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

Acto II

14
15

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

Acto III

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39

Nota de la autora

Notas

Créditos

SERVICIO INTERIOR

Katixa Agirre

TUSQUETS EDITORES

Pocos pueden adivinar lo triste que uno tiene que llegar a estar para resucitar Cartago.

GUSTAVE FLAUBERT

Acto I

1

Imaginemos que esto es una película. Explosión de luz violenta. Espejo fascinante del pasado. La caja oscura que devora el mundo y lo regurgita completamente renovado. Si esto fuera una película, estaríamos ahora en una sala acogedora y, en este preciso momento, las luces se apagarían.

Los últimos susurros, los últimos carraspeos.

El calor de un cuerpo extraño muy cerca de nuestro cuerpo.

La respiración contenida.

El temblor de las pestañas.

Ese momento mágico.

Y ahora sí, ahora comenzaría la película.

Pero tal vez esto no sea una película, todas las señales indican que esto no es una película. ¿Qué haces entonces con un libro en las manos si va a empezar una película? ¿Por qué siguen encendidas las luces? ¿Por qué tus ojos resbalan sobre estas pequeñas marcas negras con atención y disciplina? Efectivamente, podemos afirmar con casi total certeza que esto no es una película.

Pero hay una cosa segura: esto (aún no sabemos qué tenemos entre manos) merece ser una película, y todos merecemos sentir la emoción fílmica. Así que deseémonos ahora que esto sea, por arte de magia, una película.

Cierra los ojos. Así.

Los párpados son ahora pantalla.

Llegan los últimos susurros, los últimos carraspeos preventivos.

Llega ese momento mágico del que hablábamos.

Y ahora, en esta oscuridad privada, aclaremos algo: aunque todo lo que veremos en imágenes esté basado en hechos reales, nada se volverá real hasta que logremos llevarlo a la pantalla con éxito. Hasta que lo proyectado nos penetre como un rayo.

Necesitamos una pantalla, por tanto, y luego oscuridad. O al revés. Da igual. El caso es que allá vamos.

Ha comenzado el torbellino. Guerra, traición y solidaridad. Noche, niebla y nada. Mujeres, hombres y dictadores. Aventura, desastre y esperanza. Ya hemos atrapado al público. Están dentro. Estamos dentro.

La vida se nos escapa, pero las películas, oh, las películas, estas pueden durar mucho más que nuestras propias vidas. No están condenadas a caer con la misma firmeza que nosotros en el abismo del tiempo. Pueden detenerse ahora —*pause*— y continuar cuando creamos estar listos —*play*.

Podemos retroceder con facilidad, si no hemos entendido alguna escena, para volver a visionarla. Podemos saltarnos esa secuencia demasiado dura, abrazar la elipsis. Además, la película no nos necesita, no nos exige nada. Aunque nos alejemos de la pantalla, seguirá avanzando por su cuenta. Pero en este caso no querremos alejarnos. No podremos. Siempre alerta. Merecemos esta atención.

Y otra vez la magia. Y otra vez esto. Oscuras maniobras. Complicidad y silencio. Telegramas cifrados, papeles arrugados que

se guardan en el pecho. Personajes de gran carisma. Una ejecución, demasiadas ejecuciones. El encanto del perdedor, el drama del perdedor.

Es posible —aunque no habitual— ver una película desde el final hasta el principio. Y qué bello es poder hacerlo así. Los ancianos rejuvenecen. Los muertos resucitan. Las balas regresan obedientes al cañón del fusil y los espermatozoides se alejan con desparpajo del imponente óvulo. Las guerras que se perderán ni siquiera llegan a empezarse según va el sol despertándose por el oeste.

Pero vayamos despacio. Mejor si las imágenes se despliegan con parsimonia ante nuestros ojos, explosión de luz, espejo fascinante. ¿Por dónde empezar? Esa es también la ventaja de una película. Poder elegir: desde aquí. Este será el primer plano, y ningún otro. Aunque todo lo que se muestre en esta película haya ocurrido, nada tendrá sentido si no elegimos bien ese plano inicial. Y lo mismo sucede con el final. The End. Das Ende. Fine. Fin. Pero no queremos hablar de eso todavía. Estamos al comienzo, y el final nos es un misterio. Aunque conozcamos la historia, aún tenemos derecho al suspense. Que nadie nos lo arrebate. Porque el suspense, aquí, es sinónimo de esperanza.

Así que allá vamos.

¿Adónde?

Desde esta pantalla oscura a este lugar concreto:

Una elegante avenida, en París. ¿No basta con el aire propio de la arquitectura del lugar? Añadiremos entonces un rótulo. El rótulo dirá: PARÍS. Y junto al nombre quedará también especificado el año: 1940.

Con eso ya está todo dicho. Con ese lugar y ese año. Está dicho desastre. Hecatombe. Fin del mundo. The End. Das Ende. Fine. Fin. O puesto con otra palabra: guerra. Guerra en toda regla. O quizá no

tan plena aún, si estamos a comienzos de 1940 (el rótulo no concreta tanto). A principios de 1940, más que guerra, lo que flota en el aire de París es la promesa de una guerra. La promesa de la mayor, más cruel y más eficaz guerra que la humanidad haya conocido nunca. La guerra aún más grande que llegó tras la gran guerra que, decían, acabaría con todas las guerras.

Pero la guerra aún no ha llegado, todos están a la espera. Y siguen atentos a los acontecimientos.

Mientras tanto: pequeñas interferencias, susurros, emisiones tóxicas de radio, porque Fulanito dice sin embargo, Menganito opina, ¡Zutanito cree, no obstante! Movimientos ininteligibles de soldados. Palabras que cambian de significado sin previo aviso pero aparente consenso. Ciudadanas, obreros, amas de casa, vendedores de periódicos, abogados, monjas, chóferes, pescadores, panaderas, zapateros, diputados, oficinistas, estudiantes y campesinas que, aunque tiemblan cada noche al acostarse, durante el día actúan como si nada pasara. Pero poco más, de momento. De este lado de la guerra, desde septiembre de 1939 no ha pasado nada. Se oyen truenos de una tormenta lejana, y en todas partes el bombardeo de propaganda histérica. Todavía lo llaman *drôle de guerre,* guerra de broma. Ja-ja-ja.

Luego, en seis semanas, todo ha pasado. Tan rápido que parece, efectivamente, una broma. La bestia ha irrumpido hacia el oeste. Han caído los Países Bajos. Han borrado del mapa, por ejemplo, la ciudad de Róterdam, con esos aviones infernales que tan bien aprendieron a matar en la guerra de España. Han caído Luxemburgo, Bélgica, y al fin la bestia ha llegado a su verdadero destino, a la casa del enemigo ancestral: Francia. Ha caído París, el rayo le ha golpeado de lleno. Era inimaginable, y sin embargo ha

ocurrido. Porque incluso lo inimaginable puede ocurrir, sobre todo a partir de ahora.

La broma se ha acabado. En seis semanas. Es 14 de junio, viernes, y París se llena de alemanes.

Manuel Irujo —nacionalista vasco, ministro de la República, exiliado en Londres desde aquella otra guerra— le escribe lo siguiente a Manu de la Sota —nacionalista vasco, dandy letraherido, mecenas adinerado—: «La catástrofe se ha producido. Dios así lo ha querido. Hágase su voluntad».

Termina la primavera y comienza la ocupación.

Trescientos mil soldados han escapado de Dunkerque, se han echado al mar con desesperación. Diez millones de personas —quizá doce, quién sabe— han intentado huir hacia el sur: a pie, en carros, coches, camiones o, mejor, bicicletas, el medio más eficaz para serpentear en esas carreteras bloqueadas. Hacia el sur, siempre hacia el sur. Las carreteras de Francia se han empapado de sangre, zapatos, niños perdidos y desaliento. El pueblo francés es un coágulo bloqueando las carreteras de Francia. Desde el cielo, los *stukas* los persiguen bombardeando todo lo que pueden. Porque la bestia quiere más. La bestia lo quiere todo, hasta el último aliento de vida. Incluso a los que logren embarcar intentará destruirlos, con submarinos al acecho, buscando siempre la explosión certera. La tierra patas arriba, las entrañas al descubierto, hierve el mar, alquitrán y sangre podrida.

De Gaulle en Londres, y Pétain dice trabajo, familia y patria. *C'est fini.* Esto es París ahora: esvásticas en los edificios oficiales, policía extranjera bien vestida despatarrándose en sillones de todos los hoteles de lujo. Ha llegado Hitler, *Heil Hitler*. Ha completado un *tour* de tres horas por la ciudad de la luz, comenzando su rápido recorrido en la ópera Garnier y terminando en el Trocadero con un

selfie para la historia. Tres horas en París, su primera visita en la vida, y también la última, realizada de madrugada, al alba, en una ciudad que no mira, una ciudad despoblada, una ciudad abierta, quizá demasiado abierta. Esto sucede en junio. Termina la primavera y llega Hitler, *Heil Hitler*.

Detengámonos aquí. En realidad, esto no tiene por qué aparecer en nuestra película, quizá el tema no merece otra película, ya que aparece en tantas otras que casi todo el mundo ha visto. Quien no haya visto *Casablanca,* al menos habrá oído hablar de ella. Siempre nos quedará *Casablanca*.

Ese París vacío de parisinos y lleno de alemanes no es más que el contexto para la historia que queremos contar al abrigo de esta pantalla, que pronto quedará dibujada ante nuestros ojos. El cine puede obrar el milagro: se capta de un vistazo, y ya no se puede olvidar, el balanceo de una esvástica colgada del Arco del Triunfo. No hacen falta palabras, solo ese balanceo. Ya está todo dicho. Así que olvidemos estos siete u ocho párrafos anticinematográficos y volvamos a la elegante avenida, frente a la pantalla. Merecemos estar aquí. No nos moverán de aquí.

Recordemos: París. Recordemos: 1940. Digamos ya —enseguida será un nombre familiar— que esta avenida se llama Marceau. No nos hemos movido aún de la avenida Marceau. La avenida parece tranquila, porque todo parece tranquilo en París ahora, tan tranquilo como un cadáver de verano. La amplia avenida está vacía, puede que, a ratos, incluso se escuche el trinar de los pájaros. No hay coches, ni bicicletas. Pero París, pero 1940. ¿Qué viene ahora? Nada bueno, seguro.

Estamos —aún no lo hemos dicho— frente a una casa elegante, demos alguna pista para que la imagen se forme nítida: es un pequeño palacete, de los que aquí llaman *hôtel particulier,* de tres

plantas, fachada blanca y limpia incluso en plena guerra. En el segundo piso, balconcillos, y dos mástiles desnudos, sin bandera. Entonces aparece frente a la fachada un grupo de hombres, avanzan con firmeza. Han rasgado la pantalla con total impunidad y ahí están: entran en tropel, pero en silencio.

Nos resultan conocidos, los hemos visto en infinidad de películas. También a estos los identificaremos de un vistazo, zas. Esa manera de pisar el mundo, que hace temblar hasta las entrañas; esa forma de mirar, que congela los corazones. Lo sabemos porque lo vemos con nuestros propios ojos: son cinco o seis hombres rubios y altos. Lo sabemos porque lo oímos con nuestros propios oídos: son alemanes. Puede que no sepamos alemán, pero no nos son ajenos los ladridos *Achtung, raus, schnell* y similares que suelen proferir los policías rubios en estas situaciones, en estas películas. Y luego, claro, vienen sus maneras. También bien conocidas entre los cinéfilos. Autoridad inhiesta y arrogancia cruel. Ese frío glacial. ¿Gestapo? Sí, esa es la hipótesis más probable.

Por supuesto, si esto fuera un libro de historia deberíamos manejarnos con mucha más precisión. Los clichés cinematográficos no tendrían que cegarnos. Aunque varios testimonios sitúan a la Gestapo en esa avenida, frente a ese edificio, en aquel día del verano de 1940, debemos anotar que la Gestapo no se estableció en París de manera oficial hasta 1941.

Debemos anotarlo por si algún sabiondo viene a ver nuestra película y luego se queja de inexactitudes. Ya hemos dicho que esto no es un libro de historia, pero para los sabiondos —habrá alguno, seguro, siempre hay alguno— aquí va la aclaración. (Quien no sea sabiondo agradecerá saltarse los dos próximos párrafos.)

Oficialmente, la primera fuerza en entrar en París fue la llamada Abwehr, el servicio de inteligencia dirigido por el almirante Canaris.

Esta desplegó sus comandos en los edificios y ministerios críticos de París, y comenzó a confiscar toneladas de documentación. De acuerdo. El brazo policial de este servicio de inteligencia se llamaba Geheime Feldpolizei, o GFP o GeFePo, y son estos ahora los encargados de vigilar los edificios recién ocupados. Es de suponer, por tanto, que es la GeFePo quien está ante nuestro edificio blanco de la avenida Marceau, porque eso es lo que van a hacer ahora mismo: ocupar un edificio crítico y confiscar documentación.

Pero como esto es una película (escucha bien, sabiondo), como merece ser una película, una que deberíamos ver, estos tecnicismos no importan nada. ¿Cambia en algo la imagen, la escenografía, el vestuario o la iluminación si decimos que ese grupo de hombres pertenece a la GeFePo y no a la Gestapo? En absoluto. Siguen siendo policías alemanes, rubios, altos, arrogantes y peligrosos. O dicho de forma más clara: siguen siendo los villanos de esta película. Además, no lo sabemos seguro. Los historiadores nos cuentan que en esta época, paralelamente, y saltándose todas las leyes internacionales, también están en París miembros de la Oficina Central de Seguridad del Reich controlada por las SS en tareas similares. Esa oficina aglutina varias siglas y cuerpos policiales (SiPo, KriPo... y sí, también la Gestapo). Esta falta de coordinación proviene de un deseo personal de Himmler: desde el principio quiso que la autoridad del partido nazi se impusiera sobre la fuerza militar alemana. Se podrían contar muchas historias sobre la rivalidad entre la Abwehr y las SS, pero no es ese nuestro propósito ahora, nuestra película es otra.

Sigamos, pues.

¿Quién está entonces frente al elegante edificio de la avenida Marceau, concretamente ante la puerta del *hôtel particulier* que lleva el número 11, intentando derribarla, bajo esos mástiles que alguna

vez hicieron ondear la ikurriña pero que ahora están desnudos? Difícil saberlo, ya que en ese momento y lugar dos grupos actuaban de forma independiente pero simultánea, en tareas sucias similares. Concluyamos entonces que ni lo sabemos ni nos importa. ¿Qué más da si era la GeFePo o la Gestapo? Son nazis, y basta con saber que forman parte de una organización criminal que ha tomado con Panzers y Heinkels toda Europa, incluida la ciudad de París. Quizá la historia demuestre después que había muchos antinazis dentro de la Abwehr, empezando por su jefe, Canaris, pero esa es otra historia, y se desarrollará más tarde, no en 1940. En 1940, el Tercer Reich es un monstruo unido e imparable, y el monstruo trabaja en equipo con una misión clara: el Reich de los mil años, la hegemonía total de Alemania en Europa y, si es posible, también en el resto del mundo.

Quien quiera siglas concretas, que consulte los libros de historia —te animamos a hacerlo, espectador ilustrado, si esos dos párrafos escritos expresamente para ti no te han bastado—, por aquí nos conformamos con lo que vemos en pantalla. Cinco o seis rubios, cinco o seis nazis, intentando echar una puerta abajo. No necesitamos más.

Pero espera. Mira con atención. ¿Son todos rubios? ¿Son todos alemanes?

¡No! Dentro de ese grupo, quizá un poco encogido, gracias a un plano medio que la cámara nos ofrecerá de repente, uno de los personajes llamará nuestra atención por su particularidad. No es rubio ni es alto. Es más bien bajito, la verdad, y moreno. Con aspecto de boxeador, tiene treinta y seis años y apenas está comenzando su carrera criminal. Antes de abrir la boca ya lo sabemos: es español. Digámoslo —luego tendremos ocasión de escucharlo—: ese español se llama Urraca, Pedro Urraca Rendueles, Perico para los amigos (si los tuviera), y durante esos años

trabajando para los nazis en París será conocido también por el alias de Unamuno. Digamos además que es el agregado policial de la Embajada de España desde el 8 de noviembre de 1939; es decir, el esbirro con el que el embajador Lequerica cuenta en París.

Unamuno, sin embargo, permanece en segundo plano. Sabe perfectamente que aquí mandan los alemanes. Si quiere que hagan lo que él desea, tendrá que aparentar obediencia. Así que los sigue con las maneras del perro apaleado que tan bien domina. Mira y calla. Observa y aprende. Con esa técnica sutil ganará dinero y prestigio entre los más grandes criminales de Europa en los años que están por venir.

No le resulta difícil a la Gestapo abrir la puerta del edificio elegante. Pueden usar la fuerza. De eso tienen de sobra. O tal vez uno de esos rubios saque una llave mágica del bolsillo. En este momento de la película —recordemos que estamos apenas al principio— eso no tiene demasiada importancia, pero condiciona por completo uno de los grandes misterios de esta historia. De momento dejemos la cuestión abierta, porque necesitaremos tiempo para pensarla con cuidado. Más adelante volveremos a este punto y aclararemos si hubo golpe o llave.

En cualquier caso, entran.

Hace pocos días que ese edificio ha quedado abandonado, como tantos otros edificios en París —la mayoría, en realidad—. El lehendakari Agirre fue el primero en marcharse, pero eligió mal la dirección: fue a visitar a su familia a Bélgica a comienzos de mayo, sin saber que el monstruo llegaría tan rápido y tan lejos. Su peripecia en los siguientes quince meses por la Europa ocupada por los nazis será tremenda, hasta que logre llegar a América convertido en héroe. Esa peripecia también merece una película, sin duda, pero no es esta.

Los demás, los que se quedaron en París hasta que la noche y la niebla golpeaban ya las puertas (Leizaola, Basaldua y Onaindia, entre otros), se dirigieron hacia el sur, siempre hacia el sur, uniéndose a ese éxodo de millones. Esto es lo que queda ahora del primer Gobierno vasco de la historia: este pequeño palacete abandonado, los mástiles desnudos, una galería pisada por las botas de la Gestapo (sí, Gestapo), y un policía español lleno de rabia ciega, de ambición turbia, buscando cualquier cosa que le permita ganar méritos.

La galería lleva a un pequeño jardín interior, aún cuidado. Allí, una fuente de hierro, sin agua. Luego, otra entrada, otra puerta de madera. Otro gesto de fuerza, o quizá otra llave.

Ahora sí, están dentro.

Salvo por algunos papeles tirados por el suelo, el palacete está en general limpio. Lámparas elegantes y alfombras gruesas. Escaleras de mármol. Olor a madera noble. Un excelso techo de cristal. Esta ha sido hasta hace pocos días la sede de un pequeño y derrotado gobierno en el exilio, pero un gobierno que aún contaba con mucho dinero para sostener su penitencia, piensa Urraca. Entre estas paredes se ayudaba a los refugiados vascos que conseguían llegar hasta París, se movía una maquinaria de propaganda, se intentaban alianzas políticas de alto nivel. Pero ¿qué interés puede tener la Gestapo, en plena guerra mundial, por estos vascos, por este pequeño e ineficaz gobierno sometido? Ninguno, en realidad. Pero, tratando de seducir a un potencial aliado llamado Francisco Franco, también se han metido en estas tareas: la represión de republicanos, comunistas y separatistas que, huyendo de la guerra española, se han establecido en Francia. Una nota a pie de página en su larga historia represiva, casi nada para ellos. Pero, como estará de

acuerdo nuestro público, quienes se acurrucan en las notas a pie de página también merecen una película.

Y sí, esta es esa película.

Digamos que el registro se lleva a cabo de manera rápida. Digamos que saben más o menos lo que están buscando. Digamos que uno de esos rubios abre un archivo y saca una carpeta. La revisa, no entiende nada.

—¡Unamuno! —llama al tipo moreno.

Y Unamuno toma con sus garras negras la carpeta que el alemán le entrega. La examina. Pasa un par de páginas. Líneas y líneas mecanografiadas con orden. Un primer plano ahora. Una media sonrisa, como de villano de Hollywood, se dibuja en la cara de Pedro Urraca Rendueles. ¡Ah!, dirán los espectadores ahora. Entonces los nazis eran solo figurantes. Este señor moreno es el verdadero antagonista. ¡Mira tú por dónde!

Y antes de poder pensar nada más, la imagen se funde a negro.

Toda la secuencia ha durado dos minutos, no más. Pero en estos dos minutos (eso lo sabremos pronto, o lo intuiremos), el destino de una veintena de vascos ha quedado sellado. Como también lo está quedando, en este momento preciso, el destino de millones de personas, en París, en Francia, en Europa y más allá. ¿Quién va a recordar, en medio de esa marea roja, a esos veinte vascos?

Nosotros, por supuesto, espectadores privilegiados de esta película, pegados a la pantalla, encadenados al asiento, con el corazón encogido y el trasero caliente. Porque eso también lo da el cine: la emoción pura, el temblor sincronizado de los corazones, la experiencia total de la historia sin ningún peligro real. Mientras dura

la película, somos dioses contemplando el destino de esos pobres mortales.

¿Qué ocurrirá ahora? Todo el mundo quiere saberlo. Todo el mundo merece saberlo. Rumores amortiguados y alguna tos apagada. Con nervios apenas disimulados, seguimos adelante.

2

Pero si esto, en vez de ser una película, fuera una obra literaria de alto nivel, capaz de adentrarse en la psicología de los personajes y de bucear en la profundidad moral de la situación, la historia probablemente comenzaría unos meses antes. Tal vez habría menos acción, sí, pero mayor espacio para la reflexión.

El lugar, el mismo. La ya familiar avenida Marceau y el elegante edificio que se alza en el número 11. Los personajes, similares, pero ahora, en vez de desplegar todo el espectáculo (fuera Gestapo y *rausch* y *Achtung),* nos conformaríamos con una pieza de cámara. Algo pequeño pero intenso. Cerramos el foco y, a poder ser, nos quedamos con dos personajes que ya conocemos.

Uno lo hemos visto ya en plena acción. El otro ha sido apenas mencionado de pasada. Ellos son ahora los protagonistas de esta pieza de cámara: Urraca y Agirre. Frente a frente. Un policía franquista y el primer lehendakari del Gobierno vasco. Ambos están en París a comienzos de 1940. Más aún, los dos están en la misma avenida de París. Solo la calzada los separa. En el número 11 de la avenida Marceau, como ya hemos dicho, está la sede del Gobierno vasco en el exilio. Justo enfrente, en el número 22 de esa misma avenida, se encuentra la embajada española. Desde allí, otro bilbaíno, José Félix de Lequerica Erquiza, embajador de Franco, está obsesionado con limpiar Francia de republicanos exiliados. Lleva meses conspirando para ello junto a otro vasco, el diputado bajo-

navarro y fascista Jean Ybarnegaray. Gracias a ellos, no pocos han acabado en el campo de concentración de Gurs.

Pero lo mejor está por llegar. La ocupación nazi, esa tormenta inesperada de junio, dará una nueva dimensión a la empresa represiva; ahora sí brillará el trabajo de estos vascos de ambos lados del Bidasoa. El monstruo ha tendido la alfombra roja a Lequerica, y el bilbaíno se dispone a pisarla.

Pero eso vendrá después, justo al inicio de nuestra película. Ahora hemos retrocedido, y estamos aún en enero o febrero de 1940. Lequerica espera la llegada de los alemanes, y lo mismo hace su esbirro, nuestro Pedro Urraca, Perico para sus inexistentes amigos, Unamuno para los alemanes.

Debe de ser especialmente doloroso, durante esta espera, tener siempre a la vista el palacete del número 11 de la avenida Marceau. Desde el último piso del edificio, por encima de la ikurriña, los miembros del Gobierno vasco también tienen una vista inmejorable de la embajada española, y de su jardín. Ahí suele salir a pasear Lequerica. El embajador bigotudo intenta no mirar hacia el número 11. ¿Para qué? Él es embajador de un régimen de verdad, representante de una ideología a punto de conquistar toda Europa. Prestar atención a esos espantapájaros que aún creen en la pesadilla llamada Euskadi sería rebajarse. Urraca, en cambio, disfruta sádicamente observando desde el jardín los movimientos de esos hombrecillos que en algún momento se creyeron importantes. Con agresividad, se queda mirando hacia las ventanas del palacete, con las manos en los bolsillos, silbando. Sabe muy bien que los vascos son cobardes por naturaleza (incluso el propio Lequerica peca de tibio de vez en cuando). Conoce bien a esa gentuza. Solo tiene en mente el día en que entrará allí. Orinará sobre esas alfombras

gruesas, y lo hará con gusto. Pero para eso tiene que suceder lo inimaginable. Y lo inimaginable no ocurrirá hasta junio.

Paciencia, pues.

De vez en cuando, Pedro de Basaldua avisa al lehendakari: «Ahí está otra vez». Agirre también intenta no mirar, aunque a veces la tentación es demasiado grande. Se acerca a la ventana con unos papeles y finge estar inmerso en asuntos importantes. En una mano un cigarrillo, en la otra un informe. Luego otro cigarrillo, otro informe. Quizá no simule: su ritmo de trabajo en esos días es enorme, como siempre lo ha sido. Se está preparando para volver a la patria, pensando en la caída definitiva del franquismo: la guerra europea ha abierto una oportunidad clara, el mundo libre contra el fascismo, y no debería perder demasiado tiempo con ese lamentable accidente de la historia que en ese momento se le presenta bajo la forma de Urraca, plantado en el jardín de esa embajada usurpada por las armas.

Paciencia, pues.

Otro observador, si mirara desde lejos a esos dos hombres, al boxeador del jardín y al fumador de la ventana, podría decir que son muy parecidos, no hermanos, pero sí quizá primos. Cabello negro peinado hacia atrás dejando a la vista las entradas, narices prominentes, orejas grandes, complexión fuerte. Pero más allá del aspecto, es difícil imaginar dos hombres más distintos en esencia y alma. Se diría que llegaron al mundo con cartas similares, pero que, con el primer aliento, hicieron un esfuerzo enorme por jugar la partida con estilos completamente opuestos.

Ambos nacieron el mismo año, 1904. Uno en Bilbao, el otro en Valladolid. De buenas familias, conocen enseguida las escuelas prestigiosas y el privilegio de veranear en la costa. Ambos han conseguido buenos matrimonios, mejorando la fortuna que traían de

cuna. Los dos conocen bien las ciudades natales del otro. Urraca estudió Comercio en Bilbao, interno, y vivió allí de 1916 a 1920. Agirre debía acudir a Valladolid todos los años para examinarse de Derecho, aunque estudiara en Deusto, ya que el título oficial solo se daba en la ciudad de Urraca.

De jóvenes, ambos volcaron su desbordante energía en el deporte. Perico se dedicó al hockey, al boxeo y al atletismo. José Antonio se entregó al fútbol, hasta llegó a ser jugador del Athletic de Bilbao. También encontraron el amor en paisajes similares. En el verano de 1925, con veintiún años y tras pasar una temporada en Cuba, Urraca conoció en San Juan de Luz a la que sería su esposa, Hélène Cornette, parisina. Con ella mejoró su francés, lengua que le abriría muchas puertas en la siguiente década. Agirre también pasó varios veranos en San Juan de Luz, y allí inició una larga relación de noviazgo con Mari Zabala, a quien llamaba *la française,* porque estudiaba en un internado en Pau.

Otro rasgo físico los une: ambos son de corta estatura, bastante más bajos que sus esposas. Urraca lo lleva peor que Agirre, y en muchas fotos aparece subido a un escalón, intentando disimular lo que sin duda considera un defecto. Tienen una costumbre en común. En los momentos críticos de sus vidas, ambos escribieron diarios. Urraca, cuando trabajaba para los nazis. Agirre, mientras se escondía en Alemania huyendo de la Gestapo. Ambas actividades, trabajar para la Gestapo y tratar de engañarla, pusieron en riesgo sus vidas, en distintos momentos de la historia.

Pero hasta ahí las similitudes.

Coordenadas geográficas similares, una misma sacudida histórica, recuerdos veraniegos parecidos, aficiones análogas, energía inagotable, físicos intercambiables, biografías llenas de aventuras... Todo eso no significa nada cuando en el alma de uno la oscuridad lo

ha empapado todo, y el motor del otro es la esperanza y el optimismo.

En esta diferencia esencial se encierra el mayor misterio de la naturaleza humana. Algo que jamás podríamos desvelar mirando los rostros de estos dos hombres. El primer plano tiene sus limitaciones. Que nos perdonen los cinéfilos del mundo.

Porque ¿cómo es que uno se mantuvo fiel a sus principios incluso cuando todo estaba en contra, hasta la muerte, y el otro jugó siempre con estrategia, con el beneficio propio como único norte, primero con la República, luego con la dictadura, y de nuevo con la democracia al final? ¿Por qué uno cree firmemente en un futuro mejor y el otro siempre verá el mundo como un pozo sucio que insiste en no darle todo lo que merece? ¿Por qué uno es humanista y el otro un misántropo redomado? ¿Por qué uno es amoroso, familiar, dispuesto a arriesgar la vida por abrazar a sus hijos una última vez, y el otro jamás tendrá una palabra de cariño para su único hijo, ni consignará la muerte de sus padres, aunque esos días escriba entradas en su diario? ¿Por qué no le basta a uno con entregar familias judías a sus amigos de la Gestapo, sino que antes necesita robarles todos sus bienes bajo promesas falsas? ¿Y por qué el otro liberó a todos los presos derechistas antes de que cayera Bilbao, intentando evitar masacres, sabiendo que los franquistas jamás harían un gesto similar por los presos republicanos? ¿Por qué uno tiene una fe profunda en Dios, y el otro ha violado sin miedo los diez mandamientos una y otra vez? ¿Por qué uno mira con distancia burlona incluso las peores situaciones, y el otro convierte cada pequeño contratiempo de la vida en fuente de resentimiento y odio?

¿Por qué uno terminó sentado en el escritorio del otro, respiró su mismo aire, acarició la misma madera, miró por su misma ventana, siguió los caminos de su caligrafía, y aun así no se le ablandó nada,

ni un solo pelo se le movió? ¿Por qué ni siquiera en ese lugar y en ese momento histórico solo le dominaba el ansia hueca, la ambición sorda y el cinismo más amargo? ¿Por qué estas vibraciones tan distintas, tan incompatibles?

¿Cuándo se convierte alguien en malvado? ¿Cuándo se vuelve uno bueno? ¿Es algo que uno puede elegir, o nacemos con esa marca definitiva y no podemos borrarla, por mucho que lo intentemos? Y nos preguntamos más aún: ¿sabemos de qué lado estaríamos nosotros, los ingenuos espectadores? ¿Podemos intuir cuál es nuestra marca de nacimiento, si nunca hemos vivido desde dentro la mayor guerra que ha sufrido la humanidad, la lucha moral definitiva, el terremoto de la historia, la espuma sucia e incomprensible de aquellos días?

Preguntas demasiado grandes para una película, de acuerdo. Y que nos llenan de incertidumbre, conforme. Volvamos tranquilamente a la pantalla. Dejemos a Agirre y a Urraca como personajes secundarios de esta historia. Conoceremos ahora a muchos otros personajes malvados y muchos otros personajes buenos y, entre ellos, camuflada, estará la mayoría silenciosa: altruista unas veces, egoísta otras, inclinada al mal o a la bondad según el día, la situación o la casualidad, o según esa fuerza invisible y al mismo tiempo imparable que guía los pasos humanos.

Así como un rótulo nos dijo: PARÍS, 1940, ahora otro nos dirá: TRES AÑOS ANTES.

Una clara advertencia de *flashback,* pues. Volvemos a empezar la película. Un paso atrás, de tres años. Así es el cine. Y a partir de aquí, la presentación de los verdaderos protagonistas.

Puede parecer que nos estamos alargando demasiado, pero pensemos que en términos cinematográficos solo han pasado dos minutos de metraje, una sola secuencia. Hemos visto Marceau,

hemos entendido que el gobierno en el exilio ha sido forzado a iniciar otro exilio, se nos ha insinuado que Urraca aún es capaz de causar mucho daño. Ahora queremos saber cómo hemos llegado hasta aquí. Y el cine sabe cómo saltar en el tiempo, es una de sus especialidades.

Tres años antes, pues...

3

Irún. Tres años antes.

Las cosas no están mejor. No en este lado de la frontera. Al menos no para quienes creyeron en la democracia, en la república, en la Euskadi libre. Ha terminado la primavera y ha comenzado lo que nadie podía imaginar.

La guerra ha sido breve en Euskadi, y más breve aún ese proyecto político llamado *Euzkadi*. Navarra y gran parte de Álava cayeron a la primera embestida. Gipuzkoa y Bizkaia resistieron, pero Gipuzkoa tenía enfrente a todos los requetés navarros, y una frontera internacional que los rebeldes necesitaban conquistar enseguida, aquí mismo, en Irún. Pronto Bizkaia se quedará sola, y el frente se detendrá durante un tiempo. Entonces, durante una especie de tácita tregua, Euzkadi constituirá su Gobierno provisional de concentración —precisamente cuando ya ha perdido la mayor parte de su territorio— y nombrará a un joven lehendakari de treinta y dos años, un *jeltzale* bilbaíno, el primero de la historia: José Antonio Agirre Lekube. Ha jurado su cargo en Gernika, vestido de frac, y todo ha sido muy solemne, como no podía ser de otra manera.

Nadie podía imaginar la ofensiva de la primavera de 1937, vertiginosa como un navajazo. Pero ha ocurrido. Lo peor de la Europa del siglo xx ha florecido aquí, aquí ha unido sus fuerzas, se ha sentido capaz, y ha arrasado Bizkaia desde el aire: Bilbao, Markina, Zornotza, Durango, Gernika, Gernika, Gernika. La guerra

moderna se libra desde el aire y casi todos los aviones están en manos de un solo bando. Así no se puede ganar la guerra moderna.

Esto, otra vez, es el contexto. El público no lo necesitará: frente a la pantalla, desprotegido, enseguida notará el hollín y el hedor, los escombros y el miedo, este verano que parece eternamente nublado, el del 37. Cualquier espectador sabrá de inmediato que la guerra está perdida, aunque desde el último pueblo de Bizkaia, antes de huir hacia Santander, el lehendakari Agirre haya proclamado que el alma vasca no será sometida, convencido, optimista patológico.

Entonces, en medio de esa catástrofe, vemos un tren, un tren pequeño, eléctrico, que no nos ofrecerá ese humo tan cinematográfico, acercándose a la frontera de Irún. Hace un año que los franquistas controlan toda la provincia, incluida esta preciada frontera. El trenecito, que antes de la guerra llegaba hasta Hendaya cruzando el puente sobre el Bidasoa y que todos llaman topo por los túneles que atraviesa, ahora tiene que detenerse en Irún. Y de él desciende, en este verano nublado, nuestra primera protagonista.

Que no quede ninguna duda.

Por primera vez en nuestra película, hará su aparición la banda sonora: quizá un clarinete, tal vez un cuarteto de cuerda, esos detalles aún no están decididos. Y con esa música sabremos que la figura que ahora conoceremos, que pronto se materializará, no nos dejará hasta el final. Podemos empezar a presentarla desde los pies —dos zapatos negros, tobillos blancos y finos— descendiendo del tren con paso ágil y juguetón. Pero quizá sea más adecuado verla por detrás. Eso también puede crear suspense y desde el principio nos revela lo que será su atributo visual más distintivo: el sombrero. Sí, el sombrero primero, visto desde atrás, y luego toda su espalda. La veremos bajar del tren y, cuando comience a acercarse al puente,

por fin la veremos de frente. Es Itziar Mujika, sombrerera de profesión. Su porte es elegante y su figura esbelta, y en medio de la destrucción que impera a su alrededor (a pesar de que ha pasado casi un año desde la última batalla, muchos edificios de Irún aún no se han reconstruido), su atuendo elegante llama la atención, azul oscuro, bien cortado. Lleva el sombrero con gracia, adornado con un lazo del mismo color del traje, y se mueve con la seguridad de una equilibrista. Está a punto de cumplir treinta y dos años, es soltera. Así lo indica su pasaporte, que pronto veremos.

Sujeta con fuerza su pequeña maleta, los nudillos casi blancos. Llega al puente, al puesto fronterizo, y apenas se le nota temblor alguno. Distinto sería si pudiéramos ver a través del traje, de la piel y de la carne, si pudiéramos llegar hasta el latido acelerado de su corazón. Pero no necesitamos efectos especiales, no los queremos. La situación por sí sola nos mostrará el riesgo del momento, el coraje de Itziar Mujika, y el miedo que intenta esconder.

Itziar a punto de cruzar el puente.

Tres años después, en 1940, un viejo conocido nuestro, el policía Pedro Urraca —Perico, Unamuno—, traerá hasta aquí mismo, hasta este mismo puente, a Lluís Companys, *president* de la Generalitat de Cataluña, para ser entregado sin piedad a las autoridades franquistas. Pero eso Itziar no lo sabe, y la escena, hoy en día, en este verano nublado de 1937, es absolutamente inimaginable tanto para Companys como para Urraca. Y mejor así.

Una barrera, una frontera, tres jóvenes falangistas e Itziar, acercándose paso a paso hacia ellos. Le dan el alto, la hacen pasar a una garita. Entra Itziar, aún con paso firme, con el sombrero en la cabeza. Responde a todo lo que le preguntan. Sí, tiene que cruzar la frontera por negocios. Sí, a París, eso es, en tren, aquí tiene el billete. Les da información detallada sobre las *maisons* y *ateliers* que

visitará, les muestra tarjetas de visita, pronuncia bien los nombres de las calles, o al menos eso les parece a los tres papanatas. También les da detalles sobre su tienda: Múgica Hermanas Modas se llama el establecimiento, está en la Avenida, un lugar bien conocido en San Sebastián. La misma reina Victoria, la última que tuvo España, compraba allí cuando veraneaba en Donostia. Los falangistas, al ver el apellido, dan por hecho que ella es la propietaria. Para qué aclarar que solo es empleada de sus tías. Va a ver nuevos diseños a París, a comprar telas elegantes. No quiere hablar mucho más. Ni sonreír más de la cuenta, por si acaso.

Inspeccionan el pasaporte. Tiene numerosos sellos de entrada y salida, la mujer viajaba ya antes de la guerra. ¿Siempre por trabajo? Siempre por trabajo. Revisan todo lo que lleva en la maleta: unas pocas prendas, medias, un pequeño jabón, cosas de mujeres. Le hacen quitarse el sombrero, lo examinan por dentro. Los falangistas aún dudan. No es habitual que una señorita como esta se presente sola en este puente, proclamando que va a París. Necesitan la opinión de alguien más y llaman a ese alguien, que aparece enseguida. Es otro falangista, seguramente de rango superior, a juzgar por las flechas en la camisa, mayor, con bigote, dueño de una panza que sobresale por encima del cinturón apretado.

—Múgica Hermanas... —dice el bigotudo, acariciándose el mostacho, leyendo por encima los papeles que ha presentado Itziar —. Allí compra mi mujer los sombreros, ¡por supuesto! Y tú debes de ser esa dependienta tan encantadora que siempre le regala una flor fresca, ¿verdad?

Itziar asiente, dice que recuerda perfectamente a la señora Sagrario, que es una clienta excelente, de las mejores, con un gusto refinado sin duda. De nuevo tiene que atarse la lengua para no decir demasiado, para no soltar una sonrisa falsa, demasiado falsa.

—Que pase —dice el falangista barrigón a los otros tres, y regresa a su cueva.

Y así, la barrera se levanta ante los ojos de Itziar Mujika. Ahora sí parece una equilibrista, levitando a medio metro del suelo mientras cruza el puente. Los gendarmes no le ponen problemas y antes de lo esperado ya está en la estación de Hendaya, esperando el tren a París. Tres años más tarde, en ese fatídico 1940 y aquí mismo, se reunirán por primera y última vez Francisco Franco y Adolf Hitler, con el cuerpo de Companys ya en proceso de descomposición. Pero nadie quiere imaginar esa escena en el verano del 37. Que las desgracias vengan una por una, respetando los turnos.

Llega el tren, a la hora prevista, encuentra asiento y por fin respira tranquila Itziar Mujika, de profesión sombrerera.

El ritmo del tren adormece a la mujer, debe hacer un gran esfuerzo por no cerrar los ojos, le costó descansar anoche y ahora su cuerpo por fin se relaja. Pero no puede dormirse, debe bajarse pronto. No va a París. Pronto lo descubrirá nuestro atento público: Itziar ha mentido a los falangistas. El plan es otro. Con el sombrero en la cabeza y la maletita en la mano, Itziar Mujika se baja en el andén que dice *Bayonne*. Tiene memorizada una dirección, camina resuelta, suda copiosamente, y enseguida la veremos frente a un chalé llamado Villa Mimosas. De estilo vasco, con torrecita llamativa, coqueto en su conjunto, jardín frondoso. Llama a la puerta, le abren. Entra, y deja al espectador fuera. Pero es solo un truco para aumentar el suspense. La cámara recorre la fachada de la casa y se detiene frente a una ventana, desde la que pronto veremos lo que ocurre dentro, aunque no oigamos nada: nuestra banda sonora, ese clarinete solitario o tal vez el cuarteto de cuerda, será el único sonido. Y en el salón de ese chalé veremos a Itziar abrazar a varios hombres, tender la mano a otros. La escena, vista desde fuera, nos

sugiere nerviosismo, incredulidad, y también una pequeña esperanza, esa pequeña alegría permitida a los vencidos de la guerra.

En ese momento, en Villa Mimosas, trabajan a destajo dos parejas de hermanos: los Agesta y los Mitxelena, todos de Irún, *jeltzales,* sindicalistas de ELA, hijos de aduaneros, expertos en movilidad transfronteriza y residentes en la parte francesa del País Vasco desde la caída de Irún. Desde allí ayudan a los exiliados y llevan a cabo todas aquellas misiones para las que se les requiera. No olvidan el viaje que hicieron en agosto del 36 hasta Barcelona junto con Telesforo Monzón, para negociar con los anarquistas la compra de armas. Cuántas aventuras desde entonces. Y cuántas más les esperan. Entre ellas, algunas estancias en campos de concentración y un exilio de por vida, aunque eso, por ahora, sea también inimaginable.

Con el control de la frontera perdido, el Partido Nacionalista Vasco opera desde Bayona, bajo el mando de Jose Mari Lasarte y Juan Ajuriagerra, organizando un servicio de información y propaganda en esta misma Villa Mimosas. Han trabajado bien hasta ahora. A través de radios clandestinas, han logrado mantener la comunicación con la sede del Gobierno en el hotel Carlton de la plaza Elíptica de Bilbao. Han funcionado bien esas radios escondidas en chalupas. Pero ahora todo está perdido, ha caído Bilbao, el hotel Carlton está acribillado a balazos, el Ejército vasco está atrapado cerca de Santander. El propio Juan Ajuriagerra, en la práctica la máxima autoridad del partido ahora, ha tomado la avioneta Negus y aterrizado en la playa de Laredo, para compartir el destino de los soldados en Santoña. ¿Y Agirre? Agirre se ha vuelto loco y en la zona de Valencia suplica al Gobierno de la República una evacuación por barco. ¿Es posible que las tropas vascas lleguen a Francia por mar, y luego sean trasladadas

a Cataluña para seguir luchando? Es un plan desesperado, sin sentido, una chifladura, le dice todo el mundo.

Porque desesperada es, ciertamente, la situación. Al final del verano de 1937, por primera vez desde el inicio de la guerra, la comunicación con el otro lado de la frontera se ha interrumpido de manera abrupta. Todo está en silencio, todo parece perdido.

Dios así lo ha querido.

Los hermanos Agesta, Ramón y Gabriel, son primos de Itziar Mujika: cercanos, sinceros, confiables. Enseguida Itziar se siente como en casa; aquí no necesita medir palabras ni sonrisas, se respira mejor en este lado de la frontera. Se ponen al día sobre la familia. Quién está en prisión, quién en casa, quién en el exilio y quién ha muerto. Itziar tiene mucho que contar: su padre está en prisión, en ese lugar que llaman, no en vano, el Infierno; su hermano mayor, en otra cárcel, en Ondarreta, y el otro hermano, también *gudari,* atrapado en Santoña, puede que ya detenido en El Dueso. Son conversaciones entre perdedores, y por eso no las escuchamos, aunque podamos imaginarlas. Mientras la cámara se adentra en la casa, abordan asuntos menos personales, y entonces sí, somos capaces de oír la conversación entre nuestra protagonista y sus amigos.

—La situación es desesperada, Itziar —le dice Ramón cuando se sientan alrededor de una mesa baja, como si la gravedad de la situación no fuera ya evidente desde hace tiempo.

Tienen tanto que contar, están tan sorprendidos de ver a la sombrerera allí, que se han olvidado de ofrecerle algo de beber. Todos quieren hablar al mismo tiempo.

—Ajuriagerra se ha arrojado al fuego, hace poco estaba sentado justo donde tú estás ahora —añade Gabriel, frunciendo el ceño—, y

de repente se fue a reunir con los *gudaris,* ni más ni menos que a Santoña.

—Dicen que están negociando con los italianos, para rendirse. Aquí, en esta misma sala, comenzaron las conversaciones. —Juanjo Mitxelena mira alrededor con incredulidad.

—A nosotros no nos han contado nada, todo se ha llevado en secreto. Incluso han querido dejar a Agirre fuera, por si las moscas. Pero la actitud de los italianos era cada vez más siniestra. Esa gente no es de fiar. Y ahora... ahora se ha cortado toda comunicación. —Pepe Mitxelena quiere ir al grano; presa de la ansiedad, se fuma un cigarro tras otro—. No sabemos si hay un pacto real con los italianos, si todo ha sido una trampa, o cómo se han rendido nuestros muchachos, si es que lo han hecho.

—Todos los documentos oficiales están en manos del enemigo, y nosotros solo tenemos su propaganda. Incluso ante la República tenemos que defendernos. Nos consideran traidores y en realidad no sabemos cómo responder. Vamos a ciegas, no sabemos qué hacer —vuelve a intervenir Gabriel.

Itziar los escucha con atención. Comienza a darse cuenta de lo insólito de la situación. Al principio de la guerra, el único encargo que recibían las mujeres era coser ikurriñas. Y de vez en cuando mantas y pantalones. Ser madrinas de los batallones era la máxima aspiración de muchas, el mayor privilegio. El descanso del guerrero. Un beso tierno antes de la batalla. Y luego, quedarse quietas. Preparadas para enterrar al hijo. Preparadas para ser violadas por el primer falangista que entrara borracho en el caserío. Cuando todo parece perdido, llegan las verdaderas peticiones de ayuda. ¿No estarán demasiado desesperados?, se pregunta Itziar.

—Habría que ir a Santoña... Hemos pensado que puedes visitar a tu hermano, llevarle algo de comida y, bueno... —le habla con

ternura Ramón, el más alto del grupo, el más sonriente—, una vez logrado el contacto con el interior, el objetivo final sería establecer contacto con Ajuriagerra. Necesitamos leer lo sucedido de su puño y letra, no podemos aceptar intermediarios.

Itziar Mujika entiende enseguida lo que le están pidiendo. Lo que no sabe es cómo conseguirlo. Ni siquiera tiene claro dónde está ese lugar llamado Santoña. Pero desde que cruzó el Bidasoa, desde que burló a los falangistas, se siente llena de determinación, y con ese optimismo responde, aunque todavía no sepa cómo cumplirá la misión, ni entienda aún su magnitud.

—Entonces partiré cuanto antes hacia Santoña. Os traeré lo que me pedís.

Es una mujer seria y siempre habla con prudencia. Los hombres quieren creerla. Tampoco tienen otra opción. Para entonces, en el servicio de información que han montado en Villa Mimosas ya se han dado cuenta de las ventajas de emplear mujeres. Han infiltrado criadas, por ejemplo, en casas de carlistas y monárquicos españoles que viven en el lado norte desde la época de la República, y la información que estas agentes transmiten está resultando muy valiosa para conocer los apoyos de Franco a este lado de la frontera. Las chicas se han integrado a la perfección en esos entornos filofascistas. Las ventajas de las mujeres en este tipo de trabajos son evidentes. En tiempos de guerra pasan desapercibidas, nadie se pregunta por qué no están en el frente. Algunas —la mayoría— logran embaucar fácilmente con una sonrisa inocente, un gesto encantador, una falda un poco más subida de lo normal en el momento justo. Y no solo eso. Si las cosas se tuercen y se ven en una situación peligrosa, es probable que tengan más posibilidades de salvar su vida. Al fin y al cabo, ¿quién sería capaz de disparar a una mujer?

La satisfacción de los hombres es grande ahora. Dicen que todo está perdido, pero quizá no lo esté. En España la guerra no ha terminado. La situación puede dar muchas vueltas y lo inimaginable puede suceder. ¿Y si esta aparición de Itziar fuera el comienzo de una de esas vueltas del destino? Saben, sin embargo, que la sombrerera no podrá volver a cruzar el Bidasoa por el camino que ha utilizado hoy. La propia Itziar les ha contado cómo la han registrado de arriba abajo, incluso hasta el sombrero. Tendrán que traer la documentación conseguida en Santoña por otro camino, y para eso necesitan a otra persona. Una *mugalari* experta. Otra mujer. Oh, esos ángeles de la guarda encantadoras... La llaman. Entonces baja del piso de arriba una mujer fuerte, miope, de nariz grande, sonriente, llena de energía, que al presentarse atrapa con fuerza la mano de Itziar Mujika.

—Esta es Bittori, nuestra *mugalari,* nuestra baztanesa valiente —explica Ramón, con orgullo.

Primer y rotundo plano de Bittori. Al espectador le debería quedar claro ahora que tiene ante sí a la segunda protagonista. Digamos, para que lo tengan en cuenta los responsables del *casting,* que necesitamos un rostro firme, uno de esos de mirada penetrante que no se olvidan. Así es Bittori: quien la ha visto, quien ha estrechado su mano, no la olvidará jamás.

Bittori Etxeberria conoce como nadie esa línea imaginaria que separa Francia y España, y los atajos que hay que tomar para cruzarla. Con nieve, con niebla, en plena noche o bajo la lluvia, es lo mismo: ella siempre logra atravesar la línea. Los requetés no la dejan en paz en Elizondo, su pueblo natal; han quemado la *ikastola* que ella misma levantó y la biblioteca que reunió con esfuerzo. Al principio de la guerra la mandaron al exilio en Valladolid, pero ha conseguido volver, aunque siempre sienta en la nuca la mirada de

los soldados. Cuando se adentra en el monte, sin embargo, es imparable. Libre. Ha logrado pasar al otro lado de la frontera a muchas personas: al principio, todos esos desgraciados de la Ribera; después, alcaldes, concejales, sindicalistas y comunistas de otras provincias vascas. Le han contado más de doscientas almas salvadas desde que empezó la guerra, doscientas vidas rescatadas de entre el barro y la niebla. Ha comenzado a ser una leyenda. Se cuenta que han visto rendirse a alguno, con el tobillo torcido, empapado hasta los huesos, agotado, y cómo en ese momento Bittori lo cargó sobre sus hombros y siguió adelante sin inmutarse. Quien conoce a Bittori no puede poner en duda esa historia.

Ahora no tendrá que traer a una persona, sino un documento hasta Villa Mimosas, un papel liviano, un papel sustancioso, el que le conseguirá Itziar Mujika en Santoña. Con este documento volverá a ponerse en marcha el engranaje del Gobierno vasco, ahora estallado, hecho pedazos, destrozado.

Bittori e Itziar se miran a los ojos.

Plano.

Contraplano.

El entendimiento entre ambas mujeres será instantáneo. Ellas no lo verán, pero el espectador sí: mientras se estrechan las manos, entre Bittori e Itziar surgirá un hilo fino, que al separarse quedará visible para el público. Y cuando Itziar salga de Villa Mimosas, con una misión clara y algo aterradora, ese hilo no se romperá, al contrario: se alargará y se alargará, con su otro extremo siempre unido a las manos de Bittori. En los días que vendrán, aunque Bittori vuelva al valle del Baztán e Itziar emprenda el largo camino hacia Santoña, ese vínculo no se romperá. El hilo se estirará —o se acortará— ajustándose siempre a la distancia que exista entre ambas. El hilo será muy corto, cortísimo, cuando compartan celda en

la prisión de Ventas, y más largo cuando Bittori se pierda en su valle, libre. Ese hilo es fino, pero irrompible. Es real, pero solo visible para el público de este cine. Parecerá una ilusión, pero durará toda la vida. Y lo mejor es que solo será el primer hilo de una red que irá creciendo, a la que pronto se unirán otros hombres y mujeres, y según vaya ampliándose la red, todos quedarán unidos para siempre, gracias a ese hilo mágico que las protagonistas apenas pueden ver, pero que ha hecho posible dejar una huella en la historia, ha hecho posible que ahora estemos disfrutando de esta película como si la estuviéramos viviendo en nuestra propia piel.

4

Se puede hacer el camino de Laredo a Santoña por carretera, pero la marisma te obliga a dar un rodeo demasiado grande. Todo es más fácil si se cruza el estrecho en barco: cinco minutos y un real. Itziar Mujika, sombrerera, ya ha tenido suficiente carretera desde que salió de Donostia. Carreteras agujereadas, salvajes, embarradas. Ha tenido que subir a un autobús que parecía más bien un camión, todos los asientos arrancados. Luego, la moto de un amigo de su hermano Iñaki, ruido atronador y humo negro. Finalmente, cuando se han pinchado las ruedas de la moto, han tenido que recorrer senderos de montaña a pie. Se ha despedido de su amigo y ha continuado sola. Sucia de barro y agotada, Itziar tomará la barca. Cinco minutos y un real. La última etapa. La última etapa de un calvario que no esperaba. No estaba preparada para ver lo que ha tenido que ver: su patria deshecha. Si Gipuzkoa estaba en una situación lamentable, la de Bizkaia era inimaginable: no ha cruzado ni un solo pueblo que no hubiera sido bombardeado. En la calle, solo sombras, animales esqueléticos, escombros. Y el olor de una muerte lenta. Aunque solo sea por cinco minutos, y a cambio de veinticinco céntimos, se adentrará en el mar, se embriagará de azules y verdes, llenará su nariz de salitre. Como si el mar fuera un lugar a salvo de la guerra, con esa ilusión.

La travesía ha sido, en realidad, demasiado corta, no le ha ofrecido oportunidad de olvidar nada, apenas ha podido descansar. Ha llegado enseguida a Santoña, ha estirado las piernas y, de

espaldas al pueblo, ha mirado al mar por última vez. Ya está aquí, por fin. Santoña es un lugar mítico en la mente de Itziar. Escenario del desastre. Trampa para los *gudaris*. Jaula de su hermano Ángel. Lo tiene cerca ahora, pero aún demasiado lejos.

Al principio, los soldados derrotados se movían libres entre Santoña y Laredo, organizaban cocinas comunitarias, fumaban cigarro tras cigarro, aprendían insultos en italiano, y no hacían más que esperar. Al parecer, todo estaba acordado con los italianos, solo esperaban, en ambiente fraternal, la evacuación por mar. Doce mil jóvenes, se dice pronto, en su mayoría nacionalistas, aunque también había algunos batallones anarquistas y comunistas. En esos días, los oficiales aún conservaban las armas, los vascos e italianos organizaban conciertos y juegos, florecían los brotes de amistades internacionales. Visto desde lejos, aquello podría asemejarse a un campamento de verano.

A primeros de agosto, una mañana, los cercaron con alambradas: al aire libre pero retenidos, por su seguridad, les dijeron. *Per la vostra sicurezza*. Los falangistas y requetés navarros habían empezado a llegar a la zona, husmeando, sedientos de sangre, borrachos de victoria, y cuando reconocían a algún separatista de su pueblo, comenzaban con amenazas de ejecución allí mismo. A los navarros se les decía que se mantuvieran alejados de las alambradas, por si acaso. Finalmente, los encerraron en la prisión de El Dueso, bajo una excusa en la que ya nadie creía. Los rumores se propagaban como veneno en el aire. No habría evacuación por mar. Todo era mentira. Aquello era el final. ¿O no? La detención era un mero trámite, pronto estarían libres, Agirre enviaría los barcos. ¿Qué habían hecho ellos? Luchar bajo las órdenes de su Gobierno, por su

pueblo. ¿Era eso un delito? La esperanza o la desesperación eran las drogas que cada uno elegía, ambas al alcance por el mismo precio.

En cualquier caso, seguían en manos de los italianos, y el ambiente, en general, era tranquilo y respetuoso.

El 25 de agosto, sin embargo, sorpresa en el puerto. Dos barcos, los mercantes *Bobie* y *Seven Seas Spray,* estaban listos para embarcar a *gudaris* y milicianos. Dos barcos no son mucho para doce mil almas, pero podría ser un comienzo: ¿se iba a cumplir el pacto entonces? Rápidamente se organiza una lista: se embarcarán los que corren mayor riesgo si caen en manos del enemigo. Todos aceptan ese billete hacia la salvación. El 26 de agosto han embarcado, el 27 aún no han zarpado. En las entrañas de los barcos mercantes, sudando, estáticos, los milicianos no entienden por qué. Algunos se arrancan pelos de la barba para calmar la ansiedad. Entonces llega un telegrama de Franco: no autoriza el embarque, los cañones están listos para hundir los barcos si es necesario. Después de contener la respiración durante veinticuatro horas, de dejarse la barba a parches, todos esos soldados derrotados deben desembarcar de nuevo. Si la moral alguna vez toca fondo, lo hace con estrépito en momentos como este, cuando, a punto de conseguir la salvación nos quitan ese caramelo de delante.

De nuevo a esperar, pero ahora ya está claro que un destino amargo les aguarda.

El 4 de septiembre, el estupor: movimiento de soldados sin previo aviso. El ejército franquista toma el relevo y los italianos comienzan a abandonar la zona, casi de tapadillo. *Ciao, ragazzi*. Y como la esperanza es lo último que se pierde, justo entonces se quedan sin ella los prisioneros vascos. Ni barco, ni pacto, ni salvación. Han caído en la boca del lobo, y el lobo está hambriento.

Quiere la casualidad que sea justamente un 5 de septiembre el día en que Itziar Mujika llega a Santoña, ajena a los últimos movimientos, conservando aún cierta esperanza. Confiada en poder llegar a la cárcel de El Dueso, le ha preguntado a un grupo de mujeres que cosían redes en el puerto por la dirección de la prisión. Ellas le han señalado con sus dedos envejecidos: media hora de camino, fácil en principio, pero la carretera está cortada desde que los italianos se retiraron. ¿Cómo? ¿Que los italianos se han marchado? ¿Y entonces en manos de quién están ahora...? Tiene que verlo con sus propios ojos. Tampoco quiere preguntar demasiado, mejor ser discreta.

No le mentían las rederas del puerto. Son falangistas los que cortan la carretera ahora. De vez en cuando dejan pasar algún camión militar, nada más. De los italianos, ni rastro. Aun así, tras arreglarse el pelo y recolocarse el sombrero en su ángulo perfecto de costumbre, Itziar se dirige a hablar con los falangistas, con su recuperado instinto de equilibrista. ¿Y qué quiere ahora esta mujerzuela?, deben de pensar ellos. Les explica, con candidez, que tiene un hermano en El Dueso, sin hacer caso a las miradas torvas de los falangistas, y que quiere llevarle pan; coqueta, señala la cesta que cuelga de su brazo. Se ríen en su cara. Aquí no es la sofisticada encargada de Múgica Hermanas Modas, la que sabe francés y viaja a París con regularidad. Aquí no es más que la hermana de un rojo o de un separatista, llena de barro hasta las rodillas. Le dicen que se marche si no quiere acabar también en la cárcel, junto con su hermano.

Desanimada ahora Itziar en la plaza de Santoña, desorientada. La carretera es la única vía para llegar a la prisión: a la derecha, un monte empinado; a la izquierda, las marismas. No puede creer que, tras la odisea para llegar hasta aquí, tenga que quedarse sin cumplir

la misión. Pero quizá aquí termine la aventura. Quizá no vuelva a ver nunca más a su hermano. Tal vez tenga que decirles a los primos de Bayona que también ella ha fracasado, en medio del gran descalabro. Y deberá dejar con las manos vacías a Bittori la baztanesa. Creyó que sería capaz, y estaba equivocada.

Una forastera en medio de la plaza, con la mirada perdida y sin saber qué hacer. Seguro que está atrayendo demasiada atención. Respira hondo, mira alrededor. Debería buscar un lugar para pasar la noche. Itziar siempre ha tenido una gran fe en el día siguiente. A lo mejor mañana puede volver a intentarlo, a lo mejor mañana le abren la valla, a lo mejor mañana... Se queda en una esquina de la plaza, esperando que aparezca un rostro amable al que preguntar dónde puede hospedarse. Desde esa esquina ve a los falangistas vigilando la carretera; ellos también parecen cansados. Entonces dejan salir a un camión blanco, conducido por un hombre joven y sonriente. El camión gira a la derecha y entra en la plaza. Itziar sigue con la mirada el zigzag del vehículo. Se detiene frente a un portal, el chófer baja y abre las puertas traseras. Tras mirar a un lado y a otro, tiende la mano a una mujer para ayudarla a bajar. Rápidamente vuelve al volante y se marcha a toda prisa. Frente al portal, la mujer se ha quedado sola.

Itziar Mujika da un salto hacia atrás. Un verdadero salto. Pero esa mujer, ¿no es...? ¿Y qué hace aquí...? ¿Por qué ha bajado...?

—¡Delia! —grita Itziar Mujika, reconociendo de golpe a una vieja amiga.

Y luego, más bajo, casi en un susurro, mientras se acerca deprisa hacia ella:

—Delia..., ¿qué haces aquí?

Delia Lauroba, nuestra tercera protagonista, ha entrado en el portal apenas mirando a Itziar, como si no la conociera. Pero justo

antes de perderse en las tinieblas, le ha hecho un gesto con la cabeza a la sombrerera, invitándola a entrar tras ella.

5

La siguiente secuencia se desarrolla en La Bilbaína, única pensión del pueblo, y más concretamente en el estrecho cuarto de Delia Lauroba, mientras Itziar y la propia Delia conversan. Es precisamente Delia quien le ha contado los avatares recientes a Itziar: la música y los chistes de los comienzos, el alboroto de los italianos, la alambrada, los barcos mercantes que se alejaron vacíos, los imponentes muros de la prisión y la larga sombra que desde entonces proyectan los militares de Franco.

Delia lleva semanas en Santoña; ha llegado aquí tras los pasos de su marido Joxe, y ha conseguido verlo casi cada día, con todo tipo de tretas. Se ha hecho amiga del chico del camión, el que reparte la leche en la cárcel. Es de Etxarren el muchacho, del pueblo de la madre de Delia. Por eso, a pesar de que desde ayer se impuso el cierre de la prisión, prohibiendo así todas las visitas, ella ha conseguido llegar hasta las cocinas de la cárcel, y aunque lleva un par de días sin ver a su marido, sí ha conseguido hablar con un compañero, Pepe Olarra, que ha intercambiado mensajes con él. Mañana tiene intención de volver, ya ha quedado con el chaval de Etxarren.

En realidad, en esta secuencia no vamos a escuchar demasiado las voces de las dos mujeres por culpa de una radio que Delia ha puesto a todo volumen para disimular. Escucharemos en cambio el discurso de José María de Areilza, primer alcalde franquista que tendrá Bilbao. Este discurso nos ofrecerá contexto y ambientación.

Al fin y al cabo, lo que Delia le cuenta a Itziar ya lo sabemos del anterior capítulo.

Hay que andarse con ojo también en esta pensión, las paredes son finas y los falangistas rondan por todas partes. Por eso, cuando quiere hablar con alguien, Delia enciende esta radio de marca Zenith, y sube el volumen. El discurso lo ha dado Areilza en el teatro Coliseo Albia, hace ya dos meses, pero Radio Nacional de España, recientemente fundada por Millán Astray gracias al apoyo tecnológico nazi, difunde el discurso casi todos los días, en cuanto cumbre de la oratoria fascista y paradigma de potencia literaria. Con la esperanza de que nuestro público también aprecie la alocución en todo su esplendor, lo traemos a esta nuestra sala de cine. Se escucha así:

¡Soldados de España! ¡Voluntarios de la Patria!

Es la Villa entera que viene a deciros fervorosamente «gracias». La Villa entera de Bilbao, sometida durante once meses a la más abominable de las tiranías que conocieron los tiempos, porque no se sabía qué repugnaba más en ella: si la ferocidad criminal de los rojos, con todo su estigma de barbarie asiática, o la hipocresía refinada de los nacionalistas vascos, con toda su corte farisea de sotanas y agua bendita. No se sabe qué espectáculo era más bajo y denigrante para nuestro pueblo: si ver a sus hombres representativos, asesinados, en las cárceles y en los barcos, o el contemplar al día siguiente de la matanza cómo el presidente Aguirre, rodeado de los consejeros de su partido, se dirigía solemnemente a oír misa para engañar al pueblo religioso y sembrar la confusión en las conciencias.

Haciendo caso omiso a la arenga de Areilza, Itziar escucha a su amiga con la boca abierta. Comparada con la hazaña de esta, ella

apenas ha conseguido nada, salvo ensuciarse las piernas de barro. Delia, es cierto, tiene una simpatía natural, una que le permite hacer amigos en todas partes, y eso lo supo Itziar desde el momento en que la conoció. No en vano, la patrona de La Bilbaína le deja dormir allí a cambio de lavar la ropa. Incluso la radio se la ha prestado ella, pues se ve que a la patrona le da dolor de cabeza cada vez que el aparato atruena. Itziar, en cambio, es más seria, fría y, según algunos, hasta arrogante. No se ve a sí misma seduciendo a un joven lechero para que la ayude a entrar en la cárcel. Pero quizá no lo necesite, porque aquí está Delia, Delia con su sonrisa sincera, amplia, generosa. Delia con sus mejillas sonrosadas. Su actitud alegre, incluso en medio de esta miseria, y su convicción de que al final todo saldrá bien. No duda ni un instante Itziar Mujika, se lo cuenta todo: por qué está allí, quién la ha enviado, para qué. Itziar tiene una misión, y ahora quiere compartirla con Delia. No escuchamos exactamente lo que le dice, pero los gestos de Delia dejan entrever que lo entiende todo.

Que quede esto bien claro: BILBAO CONQUISTADO POR LAS ARMAS. Nada de pactos y agradecimientos póstumos. Ley de guerra, dura, viril, inexorable. Ha habido, ¡vaya que si ha habido, vencedores y vencidos! [APLAUSOS.] Ha triunfado la España, una, grande y libre; es decir, la de la FALANGE TRADICIONALISTA. Ha caído vencida para siempre esa horrible pesadilla siniestra y atroz que se llamaba Euzkadi y que era una resultante del socialismo prietista de un lado, y de la imbecilidad vizcaitarra por otro. Para siempre has caído tú, rastacueros del nacionalismo vasco, mezquino, rencoroso y ruin, que jugaste a personaje durante los once meses del crimen y robo en que te encaramaste al poder; mientras los pobres gudaris cazados a lazo como cuadrúpedos en las aldeas se dejaban la piel en las montañas de Vizcaya, muriendo sin saber por qué, acaso

convencidos de su ignorancia cerril de que luchaban por la causa de Dios.

Les resbalan todos esos adjetivos a Delia y a Itziar. Retórica gastada, a estas alturas. Ambas son donostiarras, y conocidas desde hace años. Y a partir de hoy serán muchas más cosas: serán cómplices, conspiradoras, humildes heroínas, peligrosas separatistas, agentes subversivos, seductoras hábiles, mujeres sediciosas, activos valiosos, nacionalistas fanáticas, ángeles de la guarda, mezquinas, rencorosas y ruines espías al servicio del extranjero, y sobre todo, serán amigas. Amigas del alma. Unidas para siempre por un hilo que nace justo en esta cama (¿lo veis?) de la pensión La Bilbaína.

... pues de esta impresionante alianza entre el salvajismo bestial y la malicia cobarde nos habéis salvado Vosotros, Ejército de España y Milicias Nacionales. Nos habéis salvado por conquista, por la fuerza, a tiros y a cañonazos en una palabra. Y es preciso proclamarlo y decirlo a gritos, a los cuatro vientos, para que lo sepa el mundo entero y sobre todo para que se enteren esos roedores bastante numerosos que han quedado aquí, en Bilbao, en sus madrigueras. BILBAO NO SE HA RENDIDO, BILBAO ES UNA CIUDAD REDIMIDA CON SANGRE. [APLAUSOS Y GRITOS.]

Delia Lauroba no es del partido, nunca ha tomado parte en Emakume Abertzale Batza, agrupación femenina del Partido Nacionalista Vasco, de la que sí forman parte Itziar y Bittori. Solo ha empezado a conocer los ambientes *abertzales* de su ciudad al casarse con Joxe Azurmendi. Pero tampoco Joxe es del PNV, sino de ANV, la escisión izquierdista que sufrió el partido antes de la República. Comenzada la guerra, ANV ha formado sus propios batallones, y en uno de ellos ha ido a integrarse Joxe, uno llamado

Euzko Indarra. El hombre ha defendido su ciudad, también la ha perdido, y ha tenido que retroceder, luchando en cada pueblo de Gipuzkoa, defendiendo y perdiéndolos todos. En noviembre del 36 lo han enviado al frente de Álava, con la esperanza de que sería posible recuperar Vitoria desde Legutio. Pero no lo fue. Es entonces, habiendo ascendido ya a capitán, cuando su batallón fue enviado a Asturias. Y ahí, aunque han conseguido recuperar el pueblo de Areces, al final lo han perdido todo: un tercio de los hombres de su batallón, y a su propio hermano Ramón. En febrero, las fuerzas expedicionarias han vuelto a Bizkaia, donde se concentra ahora toda la ofensiva facciosa. También ahí ha defendido el capitán Azurmendi un pueblo tras otro, defendido y perdido, ha defendido Bilbao, defendido y perdido, y para terminar ha caído en la trampa de Santoña, definitivamente vencido.

Para siempre (todo hay que decirlo) desaparecerá también de nuestra tierra ese clero secular, o regular, que daba durante los últimos años el lamentable espectáculo de la traición a la Patria desde las gradas sacrosantas del altar o desde las alturas del púlpito. La gran vergüenza del clero separatista, esa también se acabó para siempre. [GRAN OVACIÓN.]

Por encima de la voz exaltada de Areilza, Delia saca del pecho una fotografía de Joxe. Entonces se le ensombrece el rostro, y solo entonces. «Mi Joxe», dirá, mostrando la foto a Itziar, «mi Joxe en el frente de Elgeta.» Itziar intentará entonces alguna palabra amable: «qué hombre tan apuesto», o «pronto lo tendrás libre, ya verás». Aun así, no lo escucharemos, porque la radio sigue atronando. Una mano sobre la rodilla de la amiga, eso sí lo podremos ver, aunque solo por un segundo. Poco dada a gestos de cariño, Itziar. Delia

guarda la foto, recupera la sonrisa, y las dos mujeres empiezan a concretar el plan para el día siguiente. No hay tiempo que perder.

El discurso de Areilza termina y la música militar llena la habitación, mientras las dos mujeres conspiran, envueltas en hilos mágicos.

6

Bueno, pues todo ha salido bien. Mejor que bien. Lo diremos otra vez, porque nuestras protagonistas no están acostumbradas: se supone que en 1937, año del derrumbe, del fracaso total, nada podía salir bien. Pero he aquí la excepción, nada menos que en Santoña: todo ha salido bien.

Delia ha vuelto a entrar en la cárcel gracias a la ayuda del lechero. Ha podido intercambiar unas palabras con Pepe Olarra en la cocina, mientras fingía que descargaba botellas, y la misión ha quedado definida. El documento de Ajuriagerra llegará cuatro días después, recibido de nuevo en la cocina. Delia se lo pasará a Itziar, e Itziar partirá de inmediato de regreso a San Sebastián. Desde allí llegará a manos de Bittori, quien lo esconderá en el pecho y cruzará la frontera de manera clandestina.

Así ha sido. Todo ha salido a la perfección.

El documento, escrito con letra diminuta en cuatro hojas finísimas, en las primeras y últimas páginas de una Biblia, es el relato de una secuencia precisa de hechos. Dónde y cómo se había pactado con los italianos; los nombres y apellidos de todos los asistentes a las reuniones; quiénes firmaron finalmente; qué condiciones se establecieron. Aunque sea un relato frío, casi notarial, entre líneas puede leerse también el intento de justificación de Ajuriagerra: el pacto no fue más que una intentona de salvar vidas en una guerra perdida. Al fin y al cabo, los italianos resultarían menos crueles que los franquistas a la hora de la capitulación. Convencido de que se

cumpliría el pacto, él mismo regresó desde el otro lado de la frontera y se unió a los *gudaris,* dispuesto a compartir su suerte.

El relato minucioso escrito en esas páginas tan finas ha quedado en realidad enterrado en la historia. En una oscuridad tal, que ni siquiera sabemos con certeza si se escribió en papel de Biblia o en cualquier otro tipo de material. Pero quisimos dar materialidad al relato, tanto como lo requiere la pantalla de cine, y nos parece verosímil el uso de una Biblia en esas circunstancias bélicas y trágicas.

Pero fuera de esta sala de cine, no existe prueba alguna del pacto. Probablemente porque este acuerdo no deja a nadie en buen lugar.

Deja sin honor a los italianos, porque no cumplieron su palabra y huyeron a la primera oportunidad.

Ridiculiza a la República, porque una parte de su Ejército Popular (recordemos que desde marzo de 1937 el Ejército vasco había quedado integrado en el ejército republicano) andaba por su cuenta tejiendo acuerdos con potencias extranjeras.

Humilla al propio Franco, que había invitado a esa potencia extranjera a la guerra y que, una vez bien dentro, se permitió el lujo de firmar pactos con el enemigo. Además, Franco no quería pactos ni que aquel modelo tuviera éxito: él quería una guerra larga, que desangrara por completo al adversario, porque tenía grandes planes para el futuro de España y, para que estos llegaran a materializarse, debía librarse de buena parte de la población.

Deja bajo sospecha al Gobierno vasco, y en particular al Partido Nacionalista Vasco, por acercarse demasiado al terreno de la cobardía o de la irresponsabilidad o de la pura traición. La fidelidad del PNV a la República, siempre en entredicho, se volvía ahora, con el pacto, más incierta que nunca.

Y finalmente, proyecta una sombra de duda sobre José Antonio Agirre. ¿Estaba al tanto de todo, o no sabía nada y el pacto se coció a sus espaldas? Si de verdad cree que el pacto es una jugada maestra, que puede evacuar a las tropas y luego devolverlas a la lucha, ha perdido el sentido de la realidad, está quebrado. Pero si todo se negoció sin contar con él, lo que ha perdido es toda autoridad. ¿Qué opción es peor?

Quizá por eso el documento que pasó Bittori nunca apareció.

Pero el documento existió, e hizo realmente aquel viaje transfronterizo en el pecho de Bittori, aunque no sepamos en qué tipo de papel fuera escrito. Sí sabemos que ofrecía información muy valiosa. Porque allí también se relataban las consecuencias del pacto traicionado. Podríamos llamarlo la crónica del desastre: la huida de los italianos, la traición a la palabra dada, la entrega en manos de los franquistas y lo que vino después.

¿Y qué fue lo que vino después? Eso tampoco lo sabe el Gobierno vasco en el exilio. En realidad, fuera de los muros de El Dueso, pocos saben qué se está cociendo dentro.

Los juicios, explica Ajuriagerra con letra minúscula e inclinada en aquellas posibles páginas arrancadas de una Biblia, o más bien farsas terroríficas con apariencia de juicio.

En cada sesión, veinticinco *gudaris* desfilan ante el tribunal. Apenas tienen oportunidad de decir su nombre, grado y batallón. Delante de ellos, tres fantasmas: fiscal, abogado y juez. Pero es imposible saber quién es quién, nadie se lo dice, y los tres cumplen un papel semejante en la representación. Luego, de vuelta en la celda, a esperar la sentencia. Pero la mayoría de las veces ni siquiera se les comunica el fallo. Algunos descubren que han sido condenados a muerte cuando, de un día para otro, los sacan de la celda común y los trasladan a una galería especial. La galería de los

condenados a muerte, que en septiembre se va llenando de centenares de hombres jóvenes. Los meten de siete en siete en celdas individuales.

De vez en cuando, algún soldado vencedor se apiada al tomar declaración a los prisioneros:

—¿Grado?

—Comandante.

—Pondremos brigada, si no, vas directo a la galería.

Joxe Azurmendi, capitán de Euzko Indarra, no se cruzó con ningún alférez compasivo y acabó entre los condenados a muerte. Se trata del esposo de Delia Lauroba, como recordará nuestro atento público. Pero Delia, de momento, no sabrá nada de esto. Ella seguirá encargándose de mover documentos, con buen ánimo y la moral alta. Porque no lee lo que transporta. Mejor así. Cuanto menos sepa, mejor. Cada cual tiene su labor, y la suya es sacar los papeles de la cárcel y ponerlos en manos de Itziar, ni más ni menos. La de Itziar, entregárselos a Bittori. Y la de Bittori, llevarlos monte a través hasta Bayona. Y solo en ese momento, allí, se abren los sobres y se leen los papeles.

Y tan bien se han movido los hilos, el que une a Delia con Itziar y el que une a Itziar con Bittori, que el primer documento salido de El Dueso llegó rápido y con eficacia a Villa Mimosas, en Bayona. Tan veloz, que los hombres del partido deciden seguir moviendo los hilos, sorprendidos y con un atisbo de esperanza, para ver hasta dónde los lleva.

Que no se corte el hilo.

7

Pero antes de contar cómo se extiende la red, antes de explicar cómo ha quedado establecido el circuito de información, esta película nos debe una secuencia dedicada a Bittori Etxeberria. Una secuencia entera para ella sola.

Será de acción: rápida y ágil. Bittori, libre en la montaña. Bittori con los pies embarrados. Los pantalones de su hermano Agustín atados con una cuerda y las alpargatas ajadas. Es de noche, lleva los papeles salidos de la cárcel guardados calientes contra el pecho. Sus ojos miopes pronto se acostumbran a la oscuridad. Esa oscuridad es su aliada. La noche está serena. Apenas hay luna. Se pone en marcha. Conoce todos los pasos que debe dar, su cuerpo lo sabe antes que su mente, antes incluso que sus ojos miopes: cuándo saltar —un arroyo aquí—, cuándo rodear una gran roca, cuándo es seguro tomarse un pequeño respiro.

No es nada especial, diría ella. Todos los baztaneses aprendemos desde niños a cruzar la frontera. La noche está serena y sin luna, ya lo hemos dicho. Mejor así. El inicio del otoño ha traído los primeros soplos fríos, las primeras promesas sombrías, pero Bittori avanza, y la cercanía de la frontera enciende su instinto y sus pies. Oímos su respiración. La vemos esconderse tras un árbol antes de salir a un claro. Adelante.

KASU KABALAK LIBRO.[1]

Así reza un cartel que ha dejado atrás, escrito a mano y bien clavado. Señal de que ha cruzado la frontera. Señal de que ya se

puede respirar libremente. Ahora la recta final: en una hora estará en Aldudes, y allí alguien la esperará. La cámara se queda con ese cartel; solo escucharemos el esfuerzo de Bittori, fuera de campo. Jadeos y pasos ligeros, pisando y cruzando una frontera imaginaria. Y el pacto de Santoña, caliente en su pecho.

KASU KABALAK LIBRO.

8

Durante una noche que empieza como cualquier otra, entran sin previo aviso los militares en las celdas. En esa galería repleta de jóvenes condenados. Se quejan los candados. Suena el nombre del alcalde de Deba: Markiegi Olazabal, Florencio. Se levanta él, el pobre Polentzi. Se ata los zapatos, se frota los ojos desorientado y con un simple «agur», sale. Ajuriagerra, que hasta ese momento dormía a su lado, se queda helado, clavado, aguardando a que digan su nombre. Continúan los quejidos de los cerrojos, siguen los nombres, los zapatos y los adioses. Catorce nombres y catorce adioses, veintiocho zapatos en total. Reúnen a los catorce hombres en dos celdas. Todos bien despiertos ahora. Enseguida comprenden que los verdugos han elegido dos nombres de cada grupo político: aquí hay nacionalistas, comunistas, socialistas, sindicalistas, anarquistas. Dos de cada. Muy pronto se dan cuenta de que van a morir.

No les resulta difícil a los nacionalistas, que son los más religiosos, convencer a los otros para que escuchen misa, para que se confiesen. Todos lo hacen, por si acaso. Les dan papel para escribir la última carta, y tampoco ahí falla nadie. Abrazos sentidos para la novia, ruegos a la familia para no engendrar odio, confianza plena en Dios a raudales. Paco Rabaneda, militar andaluz de izquierdas que fusilarán al alba, escribió a su esposa comunista: «Cuida de nuestros hijos, y haz todo lo posible para que sean católicos y honrados, pero manteniendo los ideales en sus tendencias políticas». La esposa comunista trabaja en el taller de Balenciaga en San

Sebastián y tiene tres hijos, tres criaturas que crecerán sin padre. Más adelante será mencionada de nuevo en nuestra película.

Pero eso será después.

Ahora, en la playa, el tiempo está a punto de congelarse. En el momento exacto en que se confunden los disparos y el rugir de las olas. En la playa de Berria, playa hermosa y salvaje, cayeron catorce hombres, tras un *Gora Euskadi askatuta!,* o un *¡Viva la República!,* o un simple suspiro ahogado. *¡Viva España!,* gritaron los verdugos en respuesta. Sangre en la arena de Berria. Sangre que intentarán limpiar las olas, una y otra vez.

Pero la cámara no estará aquí. No veremos con qué facilidad se interrumpe una vida, qué eficazmente puede hacerse, qué antinatural, repugnante y odiosa es una ejecución, incluso aquí, en esta idílica playa. No necesitamos verlo para saberlo. Por eso, seguiremos en la cárcel, aquí se quedará la cámara. Dentro. En el final de esa noche que comenzó como cualquier otra. Aquí estamos, con los que, estando en el corredor de los condenados, no escucharon su nombre. Despiertos todos, lo más cerca posible de la ventana, intentando percibir el olor a salitre y a sangre. Todo ha sucedido más rápido de lo esperado, aunque todos anhelaban que esa noche nunca terminara. Tras la descarga de tiros, esperan ahora los de gracia, conteniendo la respiración *(pum).* Cada disparo *(pum)* duele *(pum)* en lo más profundo *(pum)* de un órgano oculto *(pum) (pum).* Las uñas *(pum)* se clavan *(pum)* en las palmas *(pum)* de los *gudaris* aún vivos *(pum) (pum).* Un poco más hondo *(pum)* con cada tiro *(pum) (pum).*

Silencio ahora, marea alta. Algunos dicen que no fueron catorce. ¡Alguien se salvó en el último momento, seguro! Si los espectadores dudan, que rebobinen y cuenten de nuevo. Otros, los que han contado bien, dicen con la mirada, con el silencio, con las lágrimas

tragadas, que no tengan esperanzas, que no ha habido piedad para nadie.

¿Y los siguientes, nosotros?

Los siguientes, nosotros.

Y después, nada. Silencio pétreo otra vez. Un *travelling* que peina los rostros de los soldados prisioneros aún vivos pero que tendrán que empezar a acostumbrarse a la muerte. El cámara también tiene la mano temblorosa. ¿Se nota?

Dios omnipotente mirando a estos mortales desdichados.

Son las siete de la mañana del 15 de octubre de 1937.

Ajuriagerra es, para su sorpresa, uno de los que aún siguen vivos. Es un hombre feo y serio, a menudo brusco, resolutivo, apenas duerme, y todos a su alrededor le tienen un gran respeto. Lo vemos ahora en la celda número 17. Sentado en el suelo, escribiendo sobre las rodillas, da noticia de la matanza de Berria con su diminuta caligrafía. Ha repasado una y otra vez los nombres, ha pedido confirmación. Azkue, Ibarbia, Markaide, Markiegi, Sanz, Rabaneda... Hay que avisar a las familias cuanto antes. También alguien lo hará por él —no tiene duda de que a él lo sacarán en la próxima tanda— cuando llegue su turno. Noticias veraces, que pondrán fin a la angustia y la incertidumbre de las familias. Y no solo de las familias. Todo el mundo debe saber lo que aquí está ocurriendo. Están fusilando a ciudadanos cuyo único crimen es defender la República, y no tienen intención de parar.

Ahora tienen un modo fiable para que las noticias vuelen libres fuera de la cárcel. Pronto saldrán hacia Bayona los nombres de esos catorce. Nombres que se añadirán a una lista infame. Una lista que aún está muy lejos del final.

Así lo anuncia el papelito que Bittori hará pasar por las rendijas habituales, después de pasar por las manos de Delia e Itziar: esto

no ha hecho más que empezar.

Por el momento, la red no puede traer buenas noticias. Ni hacia fuera, ni hacia dentro. Porque las noticias que introduce Delia en la cárcel también son de un solo color en este final de octubre: caídas las últimas plazas fuertes de Asturias, Gijón y Avilés, los fascistas se han hecho con todo el Norte. Es 27 de octubre y todo está perdido. Dios así lo ha querido.

Joxe Azurmendi, el esbelto marido de Delia, no será fusilado aquel 15 de octubre en la playa de Berria. Lo llevarán a Bilbao, junto con otros miles de *gudaris*, y a ellos nos sumamos ahora.

Estamos ya a finales de noviembre, el frío cantábrico hace tiempo que se ha metido en los huesos de los prisioneros. Ahora están en la cárcel de Larrinaga. Después del viaje en barco, los han subido en camión hasta Solokoetxe una noche de domingo, y algunos han podido ver desde las rendijas un Bilbao moribundo, bombardeado cuarenta veces en once meses, ahora dominado, liberado con sangre.

La prisión de Larrinaga es conocida desde tiempos antiguos en Bizkaia; incluso antes de la guerra la simple mención de ese nombre ponía los pelos de punta a cualquiera. Pero Larrinaga no bastaba, y el diminuto barrio de Solokoetxe está ahora abarrotado de cárceles.

Eso es lo que ocurre cuando empieza una guerra: lo que antes era escuela, convento o casino, de un día para otro se convierte en cárcel. Se borra el pasado, se aplasta toda esperanza de futuro. Esas paredes de repente solo absorben miseria, y solo expulsan miseria, hasta hacer olvidar que antes hubo vida, cánticos, jolgorio, destruyendo toda esperanza de que en adelante pueda haberlos.

Y otra cosa ocurre en las guerras. Que los que las van ganando son los que llenan las cárceles, y cuando la situación se invierte, el carcelero puede convertirse en prisionero muy rápido. De un día para otro. Y así ha sucedido en todas esas cárceles de Solokoetxe. Mientras Bilbao estuvo en manos de la República, Larrinaga, Karmelo, La Galera y Ángeles Custodios estuvieron abarrotadas de presos de derechas, bajo custodia del Gobierno vasco. Podemos decir presos, o rehenes. En realidad, la mayoría estaban detenidos por precaución, porque tenían fama de derechistas, para que no se unieran a los sublevados, o para canjearlos por prisioneros del bando contrario, si se presentaba la ocasión.

Y así ocurrió una vez, un 4 de enero, en los albores de ese 1937 que empezaba fatal y acabaría aún peor, cuando los aviones nazis bombardearon Bilbao por enésima vez, y unos milicianos enfurecidos, a los que se unieron simples ciudadanos, muchas mujeres entre ellos, lincharon en el barrio de San Adrián a uno de esos pilotos alemanes que habían tenido que saltar en paracaídas del avión. Se llamaba Adolf H. el desdichado (no es broma). Y como si no bastara con la cabeza de Adolf H., corrió la turba después a las cárceles, porque querían seguir matando fascistas. Y quienes guardaban las prisiones no supieron cómo detener a la masa vengativa, o no les pareció tan importante detener a la masa vengativa, y entonces entraron con bastante facilidad hasta el fondo. Y comenzó el festival de muerte: matar era la cuestión, limpiar, arrasar, aplastar, dinamitar, acabar, borrar, hacer desaparecer. Con fusilamientos, con machetes, con granadas, a golpes si era necesario. A los presos heridos y enfermos de la enfermería los mataron con facilidad, muchos estaban medio muertos ya; los demás resistieron, aguantaron todo lo que pudieron usando colchones, levantando barricadas, empleando cristales y trozos de

madera, pero cuando las autoridades lograron restablecer el orden, tres horas después de comenzado el asalto, contaron doscientos veinticinco cadáveres en Larrinaga, en Karmelo, en La Galera y en Ángeles Custodios. Todo en el diminuto barrio de Solokoetxe. Quienes presenciaron aquello dicen que corría sangre calle Zabalbide abajo. Sangre de doscientas veinticinco personas.

El año empezó mal y terminaría peor. La masacre del 4 de enero fue la mayor que se hubiera dado nunca en Bilbao. Una mancha infame en el currículum del lehendakari Agirre. Quiso hacer la guerra como un *gentleman,* quiso un oasis vasco, y en tres horas se le llenaron las cárceles de cadáveres mutilados. El bando fascista no olvidaría fácilmente la hazaña, y el alcalde Areilza, en el verano del 37, poco después de pronunciar su famoso discurso del Coliseo Albia, cambiará el nombre de la plaza Nueva. Desde entonces se llamaría plaza de los Mártires de Bilbao.

Que la sangre no se olvide.

9

Para la red ha sido un duro golpe tener que abandonar El Dueso. La araña debe ahora tejer desde cero. No todos los *gudaris* están en Bilbao, algunos han sido trasladados a Burgos, otros muchos al Puerto de Santa María. ¿Cómo entrar ahora en esos presidios? ¿Cómo salvar los cientos de kilómetros de distancia? ¿Dónde encontrar nuevos cómplices? ¿Por dónde se abrirán resquicios para que se cuelen las mujeres?

Igual que la guerra convierte en prisión los edificios más hermosos, también el miedo somete incluso las almas más nobles. Pero no tiene por qué ser siempre así. La guerra también pare gente que ya tiene poco que perder, gente espoleada por la injusticia, gente harta de masticar miseria y tragar humillación. Y así, la red de solidaridad sigue extendiéndose.

Dos bermeanas lo dejan todo y se van a vivir a El Puerto, para ayudar a los presos, y asegurarles comunicación, ropa limpia, comida. Otras dos mujeres, muy católicas y muy solteras como las anteriores, se van a Burgos a hacer lo mismo.

En Bilbao se concentra la mayor parte de la actividad, en Larrinaga, donde aún hay bastantes *gudaris,* también Ajuriagerra, que mantiene una gran autoridad desde la celda número 21, convertida en *la oficina,* lugar de referencia para todos los presos.

Y un buen día llega Bittori desde Bayona con una nueva orden. Hay que reclutar a alguien en Bilbao, en esa ciudad desconocida para las mujeres de la red. Alguien que pueda convertirse en la

responsable en Bizkaia. Trae un nombre, uno conocido en el partido. Se trata de una mujer procedente de una familia nacionalista, nativa del casco viejo bilbaíno, miembro activo desde su adolescencia de Emakume Abertzale Batza y, como suele ser habitual en esa organización, soltera también.

Es nuestra cuarta y última protagonista, y en la siguiente secuencia veremos su rostro.

Pero antes de eso, llenemos esta sala de cine con un olor especial (sí, podemos hacerlo, podemos hacer cualquier cosa, por eso se dice «la magia del cine»): el olor a tinta y papel. Y un sonido: el de la guillotina y la imprenta, mecánico, repetitivo, ordenado y tranquilizador.

Y entonces sí, nuestra cuarta protagonista se nos presentará ante los ojos: se trata de Teresa Verdes. Una mujer acostumbrada a cerrar la boca con fuerza, católica practicante, trabajadora incansable, con los dedos siempre manchados de tinta y capaz de distinguir en un segundo una Minerva de una Albatros por el sonido repetitivo que hacen.

Para hacernos una idea de la historia de Tere Verdes basta con visitar una de las calles principales del Casco Viejo de Bilbao: la calle Correo. Allí, en el número 9, donde hoy se encuentra una tienda General Óptica, se levantaba el negocio familiar de los Verdes: la imprenta y librería Verdes Achirica. Un poco más adelante, en la misma calle (hoy hay allí un restaurante de ramen, precisamente), un grupo de jóvenes reunidos en torno a un tal Sabino Arana colgó la primera ikurriña de la historia, el 14 de julio de 1894. Un año después fundaron allí mismo el Partido Nacionalista Vasco, en aquel piso de la calle Correo, y un par de meses más tarde la ikurriña ya estaba incautada y toda la dirección del nuevo partido en prisión. En

la de Larrinaga, sí. Ya hemos dicho que el lugar tiene una larga historia.

Esto, por supuesto, sucedió antes de que naciera Tere Verdes, pero su padre no andaba muy lejos. Al contrario, Emeterio Verdes, en cuanto gran amigo de Sabino Arana, siguió de cerca todo aquel despertar: la ikurriña y el nacimiento del PNV, la euforia del blanco, rojo y verde y la represión consiguiente. Todo, sin moverse de su taller, apenas unos metros más allá.

Quizá nos hayamos quedado cortos con el contexto. Demasiados datos y nombres, una narración seca. Así que, por si acaso, contemos ahora un cuento a nuestro querido público.

Sí, eso también podemos hacerlo. ¿A quién no le gusta una buena historia?

10

Había una vez, hace mucho muchísimo tiempo, un joven gallego de la Costa da Morte. Se llamaba Verdes, Domingo Verdes, y también tenía los ojos de ese color.

Un buen día, instigado por el hambre y (que esto no salga de esta sala) también hambriento de aventuras, se enroló en un barco, dejó Malpica y, no sabemos muy bien cómo ni por qué, recorrió la costa cantábrica hasta recalar en Bilbao.

Imaginaremos que le gustó la ría, que calmó su hambre con las sardinas más sabrosas que había probado nunca, que trabó amistad con los mineros al calor de las tabernas más oscuras y alegres de la villa. Sea como fuere, echó raíces en Bilbao, y bien echadas, además. En aquella pequeña localidad que aún estaba por crecer comenzó a trabajar, primero como jornalero. Sin que la compañía de los mineros lo echaran demasiado a perder, Domingo incluso logró casarse, con una enérgica mujer de Busturia, llamada Balbina, de apellido Achirica. Pero, ay, llegó la guerra, otra más, y con ella el hambre de nuevo, aquella hambre maldita que había querido dejar atrás en la Costa da Morte.

Pero no hay mal que por bien no venga, y cuando los carlistas sitiaron Bilbao, le surgió a Domingo una nueva oportunidad laboral: comenzó a trabajar como barrendero para el ayuntamiento de la villa, aprovechando que la mayoría de los hombres estaban en el frente. Fue su primer empleo con sueldo fijo. Domingo y Balbina vivían en la calle de la Estufa, la que hoy es Viuda de Epalza, una

calle elegante como pocas, aunque ellos vivían en una buhardilla, como correspondía a los sirvientes. Porque Balbina había llegado de Busturia siendo muy joven para trabajar como criada, y así seguía, en lo más bajo de la pirámide social, aunque ya era madre de cinco criaturas.

De esos hijos, en este cuento nos quedamos solo con uno, con Emeterio. Dejaremos tranquilos a Domingo y a Balbina en la calle de la Estufa, envejeciendo deprisa y siempre en lo más bajo de la pirámide social.

Emeterio Verdes era un muchacho vivo e inteligente, algo serio para su edad, pensaba su madre. Le gustaba leer, aunque apenas había ido a la escuela. Se le daban bien los números y tenía una bonita caligrafía. No heredó los ojos verdes de su padre, pero sí una sonrisa que iluminaba todo su rostro, aunque la mostrara en contadas ocasiones. A los catorce años consiguió un buen trabajo muy cerca de casa: portero en una librería e imprenta. El trabajo era sencillo pero no muy bien pagado: saludar a los clientes, abrir la puerta y cuidar de los paraguas, poco más. Pero en aquel elegante establecimiento de la calle Correo tenía a su alcance montones de revistas, periódicos y libros. Para él, aquello era el paraíso.

Su jefe, de nombre Juan Delmas, tomó cariño desde el principio al muchacho serio, y fomentó la afición lectora de Emeterio. No solo eso: también le transmitió las nuevas ideas que se estaban expandiendo entonces por Bizkaia. Los fueros, el liberalismo, la constitución... De labios de Delmas fue aprendiendo el joven Emeterio la importancia de todo aquello. Fue como un padre para él.

Delmas, aunque de origen italiano y con verdadero nombre Del Mazzo, era un vasquista convencido, uno de los fundadores del periódico fuerista liberal *Irurac bat*. Gracias a él Emeterio descubriría un mundo nuevo. Pronto dejó de ser portero y Delmas lo puso como

librero, detrás del mostrador, saciando el hambre libresca de los clientes. Se había acabado para siempre el mojarse y pasar frío en la calle.

La librería e imprenta Delmas era un establecimiento de categoría, de techos altos, con estanterías que llegaban hasta arriba, llenas de libros. Emeterio conocía de memoria la ubicación de cada uno, llevaba aquel mapa en su cabeza, y se movía frente a las estanterías como danzando todo el día, a veces con ayuda de una escalera, a veces agachándose, a veces saltando, siguiendo una melodía secreta que solo él escuchaba.

En la parte trasera del establecimiento estaba la imprenta. No era tan elegante como la librería, allí se apelotonaban los trabajadores con las manos manchadas de tinta: cajistas y tipógrafos, oficiales y aprendices, unos cuarenta en total. Pero era fascinante seguir el proceso: cómo se colocaban los tipos móviles en la componedora, cómo se alineaban las líneas rectas en la galera, la elección de tintas, la fuerza de la prensa Marinoni y los cortes de la guillotina. Cuando no había nadie en la librería, allí estaba Emeterio, observando a los oficiales de la imprenta, charlando de esto o de lo otro con ese ritmo continuo tan tranquilizador.

Cuando Emeterio Verdes tenía treinta años, la muerte sorprendió de repente a Juan Delmas, estando en Madrid en un viaje de negocios. Para Emeterio fue como perder a un padre, un golpe durísimo e inesperado. Pero la vida, como se suele decir, continúa.

El italiano fuerista no dejó herederos y Emeterio asumió la responsabilidad de la imprenta y librería de Delmas. Cambió el nombre, y desde entonces el negocio del número 9 de la calle Correo se llamaría Verdes Achirica. Para entonces, Emeterio ya se había hecho amigo de Luis Arana, quien le presentó a su hermano Sabino, y en 1895 formaba parte del pequeño grupo que fundó el

PNV. Lucía ya un frondoso bigote negro, y cada vez estaba más cautivado por el blanco, el rojo y el verde.

A partir de entonces, además de libros, revistas, periódicos y artículos de papelería, Verdes Achirica se convertiría en la imprenta oficial del PNV, «la rebotica del partido» como se la conocía coloquialmente. Innumerables libelos, carteles y panfletos saldrían del taller de Verdes proclamando que la patria de los vascos era Euzkadi, unas veces de forma abierta, otras en la clandestinidad, según lo permitiera la turbulenta política española del momento.

Entre tantos panfletos, proclamas, dioses y leyes viejas, Emeterio también tendría tiempo para juegos de amor. Y un día se casó con Blasa Elorriaga, con quien trajo cinco hijos al mundo, o más exactamente a Bilbao, uno tras otro: primero Encarna, luego José María, enseguida Rosario, después Pepe y por último la más joven, María Teresa. Con la llegada de Tere, alcanzamos el momento en que este cuento se funde con nuestra película, y por un rato no sabremos si estamos escuchando un cuento o disfrutando frente a la pantalla. ¿Importa acaso?

Como recordarán los espectadores, estamos en 1937, un año especial para la familia Verdes, pero no especial en el buen sentido, sino especial en el sentido más desdichado posible, en el sentido de una pesadilla interminable. En definitiva, lo que las reinas llaman un *annus horribilis*. En abril Tere cumplió treinta años, entre bombas y sin celebraciones. En mayo murió el viejo Emeterio, aún con el bigote frondoso pero con el espíritu marchito, tan marchito que ya no encontró fuerzas ni razones para correr al refugio antiaéreo, y allí se quedó, en la cama, aunque las sirenas advirtieran que Junkers y Heinkels se acercaban; y con esa desesperanza, a los pocos días, murió en la cama, como él quería. Una desgracia, pero no la única de ese año.

En junio, con el último bombardeo, Bilbao cayó en manos de los fascistas: rojigualdas por todas partes y desfiles en las calles principales. El fin. Inmediatamente, el joven Pepe Verdes fue apresado en El Dueso y poco después en Larrinaga. Sin derecho a despertar de la pesadilla, Tere Verdes, la hermana menor, soltera, acostumbrada a cerrar la boca con fuerza, tendría desde ese momento que sacar adelante el negocio familiar desde las Siete Calles de la ciudad vencida.

El padre muerto, el hermano preso, la madre consumida por la pena y bajo la obligación constante de responder a las citaciones del recién creado Tribunal de Responsabilidades Políticas. Y Tere Verdes, que cerraba la boca, levantaba cada día la persiana e ignoraba a los hombres de gabardina oscura y sombrero aún más oscuro que merodeaban por la tienda, sin saber de dónde sacaba las fuerzas.

Así estaba, sin poder tragar aún la amargura de la derrota, una tarde lluviosa y sombría de noviembre de 1937, con las huellas de los bombardeos de la primavera aún visibles en las Siete Calles, cuando Itziar Mujika, sombrerera de profesión, entró en la librería del número 9 de la calle Correo. Preguntó por Tere Verdes a la muchacha pálida que trabajaba allí de empleada. Tere apareció enseguida desde la parte trasera. Se miraron. Se conocían, porque ambas habían militado en Emakume Abertzale Batza, pero no se habían visto desde que empezó la guerra.

No era el momento de recordar mítines y talleres de otros tiempos. Se estrecharon las manos rápidamente por encima del mostrador. A Tere le bastó con mirar el rostro de Itziar para saber que no venía a comprar un libro. El sonido repetitivo de la imprenta cubría lo que Itziar intentaba decirle de manera discreta.

—Aquí no —respondió Tere, cortando la conversación con frialdad —. Ven a mi casa dentro de una hora.

Y luego, en un susurro lo bastante bajo como para que lo tapara el traqueteo de la Minerva:

—Aquí estamos muy vigiladas.

Escribió una dirección en un trozo de papel, metió el papel en un libro, se lo dio a Itziar, y le dio la espalda a su vieja amiga fingiendo ordenar libros. Y así, rápida y discretamente, nació el hilo en la muñeca de la nieta del gallego Domingo, y ese hilo mágico, ya conocido para nuestro público, envolvió también la muñeca de Itziar. Y ahora Itziar tenía tres hilos: en un extremo estaba Tere, en el otro Bittori y en el tercero Delia. Aquellos tres hilos se fueron alargando aquella misma tarde, mientras Itziar daba vueltas y más vueltas a la plaza Nueva (es decir, la plaza de los Mártires), matando el tiempo hasta la hora del encuentro. Dar vueltas a la plaza de los Mártires de Bilbao parecía una buena idea: primero porque no quería perderse en una ciudad que le era desconocida y, sobre todo, porque llovía sin tregua, y no había mejor refugio que aquellos soportales, tanto para los bilbaínos como para las forasteras venidas a tejer hilos.

Y no importaba cuántas vueltas diera aquella tarde lluviosa: los hilos se alargaban, la madeja se desenrollaba, y nada era capaz de cortar aquello.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

11

Por fin se ha ido el bobo de Balerdi. El lehendakari Agirre se tiene por un hombre de gran paciencia, pero lo cierto es que este zoquete lo saca de quicio. Si lo piensa un poco, se da cuenta de que no hay nada especialmente malo en él, y cumple su trabajo con aceptable corrección —aunque sin el menor entusiasmo, eso es cierto—, pero cada vez que entra por la puerta lo único que despierta en el lehendakari es la impaciencia por verle salir. Es joven, lento y calvo. Siempre tiene las manos sudorosas. Hoy Agirre no se ha levantado de su mesa, no ha soltado la estilográfica y apenas ha alzado la cabeza, esquivando así el repulsivo apretón de manos. Hoy no tiene buen día.

La mañana no ha empezado bien. Y la tarde tampoco promete. A primera hora, un telegrama de Irezabal desde Argentina: la expedición del equipo de fútbol Euzkadi, iniciativa querida del lehendakari para la propaganda a través del deporte, ha llegado sana y salva a Buenos Aires, pero los partidos previstos están ahora en suspenso. River, Boca, Racing... iban a jugar contra los mejores de Argentina, pero las cosas no están saliendo bien. La España de Franco se ha impuesto en la FIFA, que ha prohibido todos los partidos del equipo vasco. La guerra va de mal en peor, y eso se nota en la esfera internacional: todos se preparan para dar la bienvenida al nuevo régimen. Incluida la FIFA.

Menos mal que en Europa las cosas no se han torcido tanto. Aún llegan buenas noticias. En este caso las trae el propio Balerdi, que

trabaja en la oficina de prensa de Eresoinka, un grupo de música y danzas tradicionales. La gira holandesa ha sido, al parecer, un éxito rotundo. No se puede interpretar otra cosa del dosier de prensa impecable que Balerdi le ha dejado a Agirre, con sus manos sudorosas, sobre el escritorio. Todos los periódicos más prestigiosos del país se han hecho eco de los conciertos. «El canto del alma vasca», «Un pueblo que no quiere ser vencido, canta y baila», y titulares similares han salido de las redacciones holandesas, al parecer fascinadas por los coros, las danzas y la escenografía vanguardista. Ha llegado bien, pues, el mensaje que querían transmitir. Menos mal.

Mañana mismo el grupo estará de vuelta en París, y aquí seguirá ofreciendo actuaciones. Balerdi aún sigue hablando de los periodistas avisados y de las invitaciones enviadas, aunque Agirre ya tiene la cabeza en otra parte.

Al fin se ha marchado el zoquete. El lehendakari ha pedido a su secretario que lo archive todo: las buenas noticias de Eresoinka y las malas del equipo Euzkadi. Ahora otra cuestión atrae toda su atención.

Han llegado desde Bayona a París varios documentos. Todos están ahora sobre la mesa del lehendakari Agirre, bien clasificados. Algunos son informes mecanografiados en Villa Mimosas, otros son cartas escritas a mano desde la cárcel por Ajuriagerra, bajo el seudónimo de Jacinto. También hay escritos de otros dirigentes cautivos. Todos esos documentos unidos, sin embargo, forman una imagen hermosa, brillante. Así le parece a José Antonio Agirre, que siente tener entre manos algo bello y poderoso. Es bastante dado a ese tipo de sentimientos, la esperanza se le presenta continuamente delante de los ojos. Enciende un cigarrillo y se acerca a la ventana. Mira hacia la acera de enfrente. La embajada española parece

tranquila, sin movimiento en las ventanas o en los jardines. La República ha enviado a un nuevo embajador, recién llegado de Moscú, un reputado médico socialista. Quién sabe cuánto durará en su puesto.

Una larga calada, y Agirre queda envuelto en ese humo azulado tan cinematográfico. Vuelve enseguida a su mesa.

Llama entonces a Landaburu. Desde el piso de abajo, el alavés ha llegado enseguida, tan elegante como siempre. Hoy el lehendakari evita las bromas futbolísticas que suelen endulzar sus conversaciones, quiere ir directo al grano.

—Landaburu, debo tomar una decisión importante y necesito escuchar tu opinión.

—Por supuesto, lehendakari. ¿De qué se trata?

Apenas tiene tiempo de tomar asiento Landaburu.

—De esto no debe saber nadie más que tú y yo, huelga decirlo.

—Dalo por hecho, lehendakari.

—Este es el asunto. Si lo que dicen estos papeles es cierto —explica Agirre señalando el informe de la mesa—, y no hay motivo para dudar de su precisión, se ha formado en el interior un servicio secreto casi perfecto, mucho más importante, grande y discreto de lo que Lasarte y yo imaginábamos, un servicio en constante crecimiento bajo las narices del enemigo, y sin levantar sospecha alguna.

Y ha florecido por sí solo, le habría gustado añadir al lehendakari, como la flor silvestre que brota en las grietas de una muralla destruida. Pero sabe que es mejor contener sus arrebatos poéticos. Landaburu declina la invitación a fumar y Agirre se enciende otro cigarrillo. El alavés parece en verdad intrigado ahora. Agirre dibuja una amplia sonrisa en su rostro, comparte ahora con Landaburu una anécdota que se le ha hecho especialmente simpática. Al parecer

hay un camarada de Azpeitia, cestero de profesión, ya experto en construir cestas de doble fondo. Son esas cestas las que están entrando, sin despertar ninguna sospecha, en todas las prisiones de Franco.

Agirre querría mantener el tono informal con su viejo amigo, pero el tiempo se echa encima y quiere llegar al meollo de la cuestión.

Y es que los documentos muestran lo bien que funciona la red, cómo han conseguido mantener varias cárceles conectadas con el exterior de manera fiable, cuántos voluntarios, cuántas mujeres han llegado a implicarse. Porque sí, Landaburu, le dice Agirre mirándole fijamente a los ojos, en el centro de todo esto están nuestras mujeres, mujeres que están arriesgando la vida en las peores circunstancias...

Los documentos traen también recomendaciones de futuro: cómo fortalecer la red, cómo financiarla mejor e incluso cómo llevar a cabo misiones más ambiciosas.

—Es nuestro servicio interior, amigo mío, y deberíamos sacarle el mayor partido posible.

Landaburu, cada vez más interesado, acerca la cabeza hacia el lehendakari, por encima del escritorio. Querría escuchar y retener todo lo que está a punto de contarle.

—En Navarra tenemos a una tal Bittori Etxeberria —le explica Agirre—, ahora al frente de un gran grupo de *mugalaris* del Baztán.

Landaburu nunca ha oído ese nombre, pero se le encoge el corazón y empieza a comprender por qué está él aquí, destinatario de estas confidencias.

—En Gipuzkoa, Itziar Mujika —sigue Agirre—, que bajo la tapadera de una tienda de moda mantiene contacto con colaboradores de toda la provincia, y puede viajar con frecuencia a Bilbao en autobús. Porque en Bilbao está Tere Verdes, la hermana de Pepe Verdes, mi

amigo de la infancia, te acordarás de él. La buena de Tere también es bien conocida entre nuestra gente, qué te puedo decir de los Verdes que no sepas ya. Y por último, los informes dedican un lugar especial a Delia Lauroba, la agente con mayor movilidad, que siguiendo los pasos de su marido preso ha dejado Donostia y Santoña para asentarse en Bilbao.

Ellas forman el corazón de la organización, le resume Agirre a su amigo, y han ido reclutando hombres y mujeres valientes en un número imposible de precisar. A juzgar por el volumen de información que circula, el partido tiene ahora ojos y manos en todas partes.

¿En todas partes? Las preguntas retóricas suelen ser del gusto del lehendakari. No, todavía no. Hay huecos evidentes. Es imprescindible extender la red a Álava, estar presentes en todos los territorios.

—Como comprenderás, querido Xabier —ahora el lehendakari se pasa al nombre de pila, señal de que está a punto de llegar al grano —, Vitoria es especialmente importante. Desde allí tendríamos a mano Burgos y Miranda de Ebro. El primer objetivo es fundamental, por la cantidad de presos que tenemos allí; y el segundo, por ser un nudo clave de conexiones ferroviarias. Además, y por eso te he llamado, Xabier, hace falta alguien que asuma la dirección de toda la red. Ajuriagerra propone que el nuevo delegado de Álava sea el dirigente de la operación entera. Y no solo eso: en su última carta me envía un nombre. Tenemos un candidato.

El lehendakari abre la ventana: sabe que a las visitas no les suele gustar todo este humo. Además, necesita ahora una pausa dramática. Según el calendario, acaba de entrar la primavera, pero hace un frío endiablado, y la cierra de nuevo, temeroso de un inoportuno resfriado que pueda ralentizar su labor.

—¿Y quién es ese candidato? —pregunta Landaburu, aunque solo se le ocurre un nombre.

Ajuriagerra, aún vivo, aún encarcelado, propone a Luis Álava, pariente suyo, militante desde hace años y hombre de total confianza.

—Lo conoces bien, ¿verdad?

Asiente Landaburu:

—Un gran amigo. Mientras estuve escondido, casi el único que venía a visitarme.

—Entonces, los rumores son ciertos, ¿no?

Otra vez asiente el alavés.

—Cuéntame todo lo que sepas de él, por favor.

Ahora Landaburu, con sus treinta años recién cumplidos, sí necesita fumar. Se toma dos segundos para encender un cigarrillo con el pesado mechero que le ofrece Agirre.

Don Luis. ¿Qué decir de él, por dónde empezar? Soltero, responsable, con la sangre fría de un ingeniero, tiene un trabajo fijo y respetable en una fábrica de celulosa y, lo más importante, aunque es *jelkide* desde joven, los militares no lo ven como una amenaza en su ciudad. Vive, al parecer, con relativa tranquilidad en Vitoria. ¿Por qué? Porque ha pasado años fuera, explica Landaburu, en Extremadura y Andalucía, por motivos laborales. Luego, al inicio de la guerra, cuando Vitoria quedó en manos de los militares, fue él, en nombre del Buru Batzar[1] alavés y bajo presión militar, quien viajó en coche hasta la frontera vizcaína con la misión de entregar una carta al lehendakari Agirre.

Esa carta, subraya Landaburu con humildad y cierto sonrojo al recordarlo. Pero el lehendakari no tiene intención de hurgar en la

herida: tantas cosas han pasado desde entonces, ¿cómo juzgar aquello con lo que hoy se sabe?

En *esa* carta, recuerda Agirre, se le pedía que abandonase la República, que negociase con los golpistas, y que todos los *jelkides* de Bizkaia y Gipuzkoa se mantuvieran en la neutralidad, convencidos de que los valores cristianos del partido eran incompatibles con las posiciones extremas del Frente Popular. Y el propio Xabier Landaburu, ese hombre elegante que ahora tiene delante, fue uno de los firmantes. Agirre recuerda la carta, recuerda haberla leído y recuerda haberla desechado de inmediato. Han pasado menos de dos años desde aquel día, pero le parece una historia de otro universo, quizá un sueño, o una de esas películas de guerra que solía ver de joven en los cines Trueba. En aquella película, el protagonista —él mismo— pasea por el frente con chaqueta de cuero, botas de montaña y un bastón en la mano. Agua pasada, en cualquier caso. Agirre no es de los que se detienen a mirar atrás ni de los que pierden el tiempo preguntándose ¿qué habría pasado si...?

Así pues, continúa Landaburu, por haber llevado en persona aquella carta favorable a los golpistas y haber regresado a Vitoria sin cruzar el frente, quedó neutralizado a ojos de los militares, que lo dejaron tranquilo desde el otoño de 1936. Pero Ajuriagerra sabía muy bien —y lo subrayaba en su carta— que aquella supuesta neutralidad no era real. Pregúntale a Landaburu —escribía de manera enigmática al final—, él te lo contará. Aunque ante los militares pareciera dedicarse solo a ir del trabajo a misa y de misa al trabajo, había otro Álava que sabía pasar desapercibido.

—Don Luis es un hombre bueno, y está totalmente entregado a nuestra causa, si eso es lo que me estás preguntando, José Antonio.

—Pero necesito detalles. Así que cuéntamelo todo, por favor.

Landaburu, sintiendo un ligero mareo, vuelve en su memoria a aquella noche de temblores y miedo, de olor a gasolina y falta de oxígeno, y le cuenta todo, usando las palabras justas, ni una más, ni una menos.

Agirre ha terminado su cigarrillo y de inmediato siente ganas de encender otro. Así lo hace. Terminado el relato de Landaburu, el lehendakari se queda mirando la cruz que tiene en la mesa, en busca de inspiración, como suele hacer.

Su razonamiento es del todo estratégico. Es cierto que los militantes de Álava han quedado en una situación algo ambigua desde el inicio de la guerra, e incluso algunos han mostrado abiertamente una postura favorable a la neutralidad. Podría pensarse que, siendo minoría en Álava, y habiendo optado muchos por la pasividad desde el éxito del golpe militar, los rebeldes se han olvidado de ellos. Mucho peor es la situación de los dirigentes vizcaínos, todos señalados, en el exilio, encarcelados o fusilados.

¿Deben entonces estos servicios internos dirigirse desde Álava? Agirre no está seguro: la guerra le ha enseñado a ser prudente. ¿Cómo saber si los alaveses tienen realmente más libertad de movimiento? ¿Está Luis Álava de verdad libre de toda sospecha? No olvida cómo Jose Luis Abaitua, el más tibio de entre los dirigentes alaveses, partidario de dejar hacer a los golpistas, bien relacionado con la derecha de Vitoria, fue asesinado a sangre fría en marzo de 1937 en una carretera de montaña, en Azazeta, junto al alcalde de la ciudad y otros catorce políticos locales. Nunca pudo uno confiarse con Mola, y ahora que Mola está en el infierno, no puede bajarse la guardia tampoco ante sus herederos.

Aun así, Agirre también ve la necesidad de dar cuerpo a la red: la labor de las mujeres es admirable, no hace falta decirlo, pero dentro hace falta una figura de peso del partido, con experiencia y

madurez. Un hombre bueno. ¿Será Luis Álava el hombre adecuado? Da la última calada a su enésimo cigarro.

Xabier Landaburu siente el corazón encogido. Quizá ha respondido demasiado deprisa, quizá no ha pensado lo suficiente en las consecuencias. Desde aquí, desde una elegante y segura oficina parisina, le parece que están empujando a Luis Álava, una fuerza que el hombre no percibe desde su ciudad, pero que tarde o temprano lo arrinconará contra la pared. Ya puso en riesgo su vida una vez, ya le pidió un sacrificio, y no menor: ¿con qué derecho puede hacer lo mismo una segunda vez? Sin embargo, si debe responder con sinceridad, sí, Luis Álava es sin duda su hombre.

El lehendakari también lo ve así. Se le nota en el rostro sereno y satisfecho. Da una palmada, gesto de despedida para su amigo. La decisión está tomada.

—Eso sería todo, Landaburu —dice—. Puedes marcharte ahora, sé que tienes que coger el último tren a San Juan de Luz. No conviene dejar esperando a la novia, ¡recuerdos a Konstan! —añade, bromista.

Y luego, para que no se pierdan las viejas costumbres, cuando Landaburu ya está en la puerta, le grita:

—¡Ánimo, pues, valiente Deportivo!

Se le ruborizan las mejillas a Landaburu, y se despide con un gesto cortés, aunque sabe que el lehendakari esperaba un «¡Aúpa Athletic!» o algo parecido, pero lo cierto es que se siente todo revuelto por dentro y no le sale ninguna chanza.

De nuevo el silencio del humo azul en el despacho del lehendakari Agirre. La sombra de la cruz —ahí está, al final, el sol primaveral— sobre el escritorio.

Jose Antonio Agirre, treinta y cuatro años recién cumplidos, enciende otro cigarrillo y se pone enseguida a escribir una carta. Si

lo hace rápido, llegará a tiempo a la misa en la iglesia recién inaugurada de la avenida Marceau. Agirre ha visto la mano de la Providencia en la reciente inauguración de esa iglesia, nada menos que a cien metros de su lugar de trabajo. Poder oír misa tan cerca le ahorra varios minutos cada día. Allí suele encontrarse con Cristóbal Balenciaga, lo cual siempre le reconforta. La última vez que coincidieron, el modisto de Getaria estaba preocupado por el destino de la jefa de su taller en Donostia, la pobre María Luisa. Viuda desde que fusilaron a su marido en la playa de Berria, y sin recursos, con el taller parado, las estaba pasando canutas para sacar adelante a sus tres hijos pequeños. Entonces Agirre le dijo que no se preocupase, que la ayudarían a cruzar la frontera y a establecerse en Francia. Los familiares de Francisco Rabaneda estarían pronto en París. Y así será: a finales de esta semana estarán en la ciudad de la luz. Uno de esos hijos, llamado también Paco, llegará a ser él mismo un famoso modisto después de afrancesar su apellido y hacerse llamar Rabanne. Pero eso será después.

Tras la misa, suelen dar un breve paseo, sin muchas palabras, como le gusta al modisto, y se despiden en el portal de la casa de Balenciaga, en esta misma avenida Marceau.

Con esa perspectiva, Agirre escribe rápido la carta, como si quisiera transmitir esperanza con cada tecla.

Y como el cigarro que se consume en el cenicero a su lado, así se funde a negro nuestra pantalla, y cuando vuelve a encenderse ya no estaremos en París, en la ya familiar avenida Marceau, sino en Vitoria-Gasteiz, una ciudad que hasta ahora no había aparecido en pantalla, y que quizá un rótulo debería por ello anunciar así:

VITORIA - ESTACIÓN DEL NORTE

Y de esta manera no quedará duda alguna para nuestro estimado público.

12

Haec est victoria quae vincit. Vitoria, ciudad sometida desde el primer día del alzamiento. Colina que se yergue en mitad de la llanada alavesa. Almendra medieval. Vitoria, punto caliente de la retaguardia fascista: desde su aeródromo en Salburua, han despegado la mayoría de los aviones que han bombardeado Gernika, y se han emborrachado en el hotel Frontón los aviadores nazis después. Y ahora, simplemente, Vitoria, la ciudad fría, la ciudad triste, sede de los ministerios de Justicia y de Educación Nacional de Franco. Vitoria, a la vanguardia del nuevo Estado fascista. Ciudad de primavera marchita, de días soleados de invierno precedidos por una densa niebla, colmada de sotanas y militares. Vitoria.

Estamos ahora en la estación de tren de Vitoria, lo hemos dicho, lo decía nuestro rótulo, lo ha leído nuestro público, estamos esperando al tren que llega desde Estella, del que descenderá en pocos segundos ni más ni menos que Bittori Etxeberria.

Se nos aparece tan rotunda como siempre, la baztanesa. Seguiremos entonces sus pasos, que avanzarán tan firmes en este paisaje llano y urbano como cuando suben la montaña. No en vano, se ha aprendido de memoria, sobre un plano, el recorrido: todo recto, a la izquierda, a la derecha, recto otra vez. Siempre que aparece Bittori podemos estar seguros de que la escena será viva, llena de ritmo y energía. Así es también en esta ocasión. La música acompaña, eleva el espíritu, mantiene viva la esperanza en esta ciudad gris y desventurada.

De un portal de la calle San Antonio recibirá la navarra una maleta de madera, sin intercambiar palabra con nadie, y seguirá adelante con la misma seguridad, como si la maleta fuera ligera. A la izquierda, recto, a la derecha, y allí se adentrará por fin en la calle Manuel Iradier.

Luis Álava no espera ninguna visita, y el corazón le da un vuelco al oír el timbre.

Apaga el cigarro que estaba fumando, se abrocha de nuevo el último botón de la camisa y camina apresurado hacia la puerta. Ya está anocheciendo, y como no ha encendido las luces del pasillo le cuesta reconocer a Bittori. Pero al fin lo hace: esos ojos miopes, esa robustez, esa media sonrisa que quiere decir que todo va bien, o casi. Y sin decir nada la hace pasar dentro, cierra rápido la puerta, incapaz de contener la sorpresa.

Luis siente el impulso de abrazar a Bittori, pero no lo hace. Solo se han visto una vez, pero fue uno de esos momentos que quedan para siempre en la memoria. Luis recuerda un viaje nocturno en coche. Aunque solo han pasado unos meses, parece toda una vida. En su recuerdo llueve, las carreteras son cada vez más empinadas, cada vez más estrechas. Aquello no fue fácil. Todavía le sudan las manos al recordarlo, como cuando agarraba con fuerza el volante, tenso.

En Irurzun se perdió y tuvo que dar media vuelta, malgastando así minutos valiosísimos. Porque los minutos son valiosísimos cuando llevas a alguien escondido en el maletero, alguien cuya vida corre peligro de muerte. Especialmente cuando ese alguien es un compañero de partido que ha pasado trece meses escondido en un agujero de una casa. El topo es Xabier Landaburu. Aunque fue él quien redactó la carta en la que se pedía a Agirre abandonar la República, desde entonces los golpistas lo han detenido dos veces. A comienzos de agosto del 36, en vísperas de la Virgen Blanca, un

amigo carlista le avisa: «Van a por ti por tercera vez, y esta será la última». Incapaz de salir de la ciudad, busca escondite en el interior, más al interior todavía, con la esperanza de que la guerra no dure mucho. Landaburu se refugia en el desván de la casa de sus hermanas y se convierte, como tantos otros, en topo. Pero como la guerra no acaba, y el frente del Norte está cada vez peor, tras llegarle la noticia del fusilamiento de Abaitua, al final le dicen: «Como sea debes llegar a Elizondo. Son órdenes directas del lehendakari. Allí te recibirán buenos amigos y te harán pasar al otro lado. No hay otra salida».

La cuestión entonces era salir de Vitoria y llegar a Elizondo, como si aquello fuera simple. Tras considerar varias vías de escape, Landaburu pensó en su amigo ingeniero, el más confiable, el único que tenía coche: Luis Álava. Luis venía de una familia aficionada al automovilismo, su hermano Emilio había abierto en Vitoria el primer concesionario Citroën, Álava Lascaray, y había subido hasta la cumbre del Gorbea con uno de sus coches, ganándose cierta fama por ello. Luis también tenía, si no le fallaba la memoria, un Citroën C3 y fama de excelente conductor. Con un poco de suerte quizá no se lo habían requisado y podrían utilizarlo. Además, Luis era valiente, como ya demostró en aquella misión de mensajero al comienzo de la guerra. Sabía que pedía mucho, pero pedir era su única esperanza.

Y así, como ha ocurrido hoy, alguien tocó el timbre en casa de don Luis, y le hizo una petición arriesgada. La más arriesgada que le habían hecho nunca hasta entonces. Luis Álava Sautu tenía cuarenta y seis años en ese momento, y aunque su vida entera la habían guiado el sentido común y la prudencia, sabía bien que hay en la vida encrucijadas especiales que exigen abandonar esas virtudes. Y aquel día fue una de ellas. No sabía que habría muchas más en adelante, no podía imaginar qué sería de su vida en los años

venideros. Por eso no necesitó pensárselo demasiado. Dicho y hecho. Llevaría a su amigo hasta el valle del Baztán, por supuesto, al día siguiente si era posible, saldrían al anochecer. Y todo se hizo según lo acordado: Landaburu se escondió en el maletero, y Álava luchó por dominar las curvas que subían hasta Elizondo.

No podemos interrumpir la narración con un *flashback* para contar en detalle esta primera hazaña de Luis Álava, digamos solo que el maletero de aquellos Citroën de la época no era como los de hoy, sino una simple caja detrás del asiento del conductor, del mismo ancho que este, es decir, de menos de un metro. Allí, encogido, respirando por unos agujeritos hechos para la ocasión, hizo el viaje entero el pobre Landaburu, rumbo al valle fronterizo.

Llegaron por fin al corazón del valle, y al entrar en la fonda Polonia y pronunciar la contraseña, Luis vio por primera vez el rostro de Bittori y sintió moverse en las sombras un pequeño grupo. Eran los hermanos Felicitas y Agustín Ariztia, y con un enorme alivio sintió que dejaba a su amigo en buenas manos. No hubo grandes palabras, nadie se presentó formalmente.

Cuando lo sacaron de aquel escondrijo improvisado Landaburu apenas podía moverse. Se despidieron como pudieron:

—Xabier, ten fe —le dijo Luis.

Xabier Landaburu solo pudo devolverle un leve gesto con la cabeza, tan mareado, débil, desorientado y asustado como estaba. Le habría gustado decir: «Gracias, Luis, gracias de corazón», pero no le salió palabra alguna. Y ya nunca volverían a verse.

Landaburu necesitará cuidados y descanso antes de subir al monte, Felicitas y Agustín le darán todo lo necesario en una borda cercana, pero Luis no verá nada de eso, pues su misión termina aquí: ha tenido que emprender el camino de regreso, a la mañana siguiente debe presentarse a trabajar como si nada hubiera pasado.

Y he aquí que meses después de todo aquello, el ángel navarro se presenta en su casa, con una maleta de madera en la mano, un sobre lleno de dinero que ha dejado sobre la mesa, y cuenta mil y un detalles de una red al parecer vibrante. Bittori se lo intenta explicar todo en pocas palabras: los presos, el partido, Ajuriagerra y Agirre, la ayuda que ahora precisan. Porque vuelven a pedirle ayuda. Le cuenta exactamente lo que esperan de él, que no es poco, aunque la sonrisa de Bittori lo suavice todo.

Luis Álava ha encendido otro cigarro, contempla por la ventana la noche precoz. Le pregunta a la visitante si quiere una taza de achicoria. Bittori niega con la cabeza. Luis se desabrocha de nuevo el botón superior de la camisa, da largas caladas a su cigarrillo. Parece que la escena deba alargarse así, reflexión y humo, humo y reflexión, pero recordemos que con Bittori todo es movimiento y velocidad.

—Don Luis, usted me perdonará, pero debo volver hoy mismo a Elizondo... con una respuesta. Y el último tren está a punto de salir.

De manera sutil, los espectadores verán entonces el nacimiento de un hilo mágico, que saldrá de la muñeca de Bittori y rodeará la muñeca de Luis Álava.

El nudo del destino queda atado.

13

Lo que viene ahora suele denominarse una secuencia de montaje. Es un tipo de montaje que se utiliza para contar una sucesión de varias acciones o un periodo de tiempo relativamente largo, compuesto por fragmentos, sin continuidad formal, pero unidos por su temática. Suelen enlazarse mediante una voz en *off* o música. La particularidad de estas secuencias es que no importa la coherencia temporal o espacial, como en los montajes convencionales; de hecho, no se nos dice exactamente el dónde ni el cuándo, pero sí el qué. Con esta técnica de montaje puede contarse una historia de amor, desde que los amantes se conocen en un campamento de verano hasta que la muerte los separa en la vejez, en dos minutos. También puede narrarse el desarrollo de un niño, desde que nace hasta que, por no ser aceptado en la Escuela de Arte, se deja crecer el bigote y se convierte en un completo depravado, en tres minutos. Incluso podría narrarse la caída de Bilbao, desde que los rebeldes toman el casino de Artxanda hasta que la rojigualda queda colgada del balcón del ayuntamiento, en minuto y medio.

Pero lo que mostraremos en la secuencia de montaje que viene ahora será el funcionamiento eficaz de una red. Un engranaje a todas luces perfectamente engrasado. Tendrá un ritmo ágil, un espíritu alegre. No necesitaremos voz en *off*—sería extraño introducir una voz cualquiera en este punto de la película—, pero no prescindiremos de la música. No hace falta épica, pero sí deberá ser emocional.

Acompañada de la música de nuestro virtuoso clarinete, por lo tanto, esto es lo que veremos:

1. Delia Lauroba en la cárcel de Larrinaga: lleva una cesta. Los soldados la registran, pero como no encuentran nada sospechoso, le permiten ver a su marido. Se encuentran en el patio, los separa una valla, pero Delia le pasa la cesta a Joxe Azurmendi por encima de ella.
2. Joxe Azurmendi, un hombre apuesto aunque algo demacrado ahora, en su celda. Nervioso, con un abrigo fino y guantes desgastados, descubre el fondo doble de la cesta: hay papeles dentro.
3. Esos mismos papeles pasan de mano en mano, por celdas oscuras y pasillos húmedos. ¿Adónde van? Aún no lo sabemos.
4. Ahora sí. Llegan a la celda 21, la que llaman *la oficina,* la de Ajuriagerra. Allí, las manos del dirigente trabajan organizando los papeles: cartas escritas a mano, informes mecanografiados, un periódico clandestino llamado *Espetxean...*
5. Así como entran algunos papeles, otros salen, por el mismo camino: plano detalle de la mágica cesta de Delia otra vez.
6. Luis Álava, paseando por la calle Dato, oculta varios papeles dentro de un periódico. Al pasar frente a la relojería Bajo, los deposita en una papelera. Una mujer que viene en dirección contraria —a quien no logramos identificar— los recoge enseguida. ¿Es Itziar? Podría serlo.
7. Delia Lauroba entra en la imprenta Verdes Achirica, en pleno invierno: guantes y bufanda. Entrega un libro a Tere. Ella lo esconde con gesto serio. No dice nada.

8. De nuevo en la celda de Ajuriagerra. Parece que lo que aquí acontece es una reunión clandestina de presos; se nota, quizá por los diferentes tipos de boinas y gorras que llevan los reclusos, que son representantes de diferentes partidos políticos. Discuten de manera acalorada, pero sin querer levantar la voz.
9. Más documentos en manos de Ajuriagerra. En algunas cartas se distinguen los nombres de los destinatarios. En una de ellas, leemos claramente: Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*. La red ha empezado a hacer favores a otros partidos.
10. Luis Álava, en su casa. Sobre la mesa el maletín de madera que le pasó Bittori. Vemos que es un telégrafo portátil. A su lado otro hombre, un amigo de su edad, que le enseña cómo usar el aparato. Aún no lo sabemos, pero el amigo se llama Víctor. Ambos llevan las mangas arremangadas hasta los codos, empapados en sudor, a pesar del invierno vitoriano.
11. Tere y Delia, en casa de la primera, arrancando la última hoja del calendario de 1937 para colocar el de 1938. Ha acabado el año funesto. Llega otro año funesto. Dan un sorbo a una copa de vino dulce y se abrazan.
12. Itziar Mujika intercambia un libro con Tere Verdes en la librería.
13. Ajuriagerra, desde la ventana de su celda en Larrinaga, observa la fila de presos que están sacando al amanecer. Hoy tampoco le toca a él. Sigue vivo. ¿Por qué? Quién sabe.
14. Itziar Mujika subiendo al autobús que va a San Sebastián, mirando a su alrededor, nerviosa pero elegante como siempre. Lleva un bonito atuendo de primavera color malva, y sombrero a juego.

15. Itziar y Bittori juntas en la tienda Múgica Hermanas Modas de San Sebastián. Itziar sostiene un sombrero y comenta con Bittori las últimas tendencias.
16. Bittori en su casa de Elizondo, en el piso superior de la fonda Polonia, en una habitación bañada por el sol, rasga el forro del sombrero y saca de él unas cuartillas escritas a mano.
17. Delia subiendo la empinada cuesta de Zabalbide, con su célebre cesta, sudando, camino de la cárcel.

En el momento en que Delia llega a la entrada de la prisión de Larrinaga, la música intensa y emotiva se interrumpe. Señal de que la secuencia de montaje ha terminado. Se oyen ahora los ruidos del entorno: carros, niños jugando en la calle, algún claxon, gritos que llegan desde la prisión. El soldado que cuida de la entrada le hace un gesto a Delia. La conoce bien: a pesar de ser la esposa de un rojoseparatista, en estos meses se ha ganado la simpatía de todos. El soldado repite el gesto: le pide con la mirada que mire hacia la derecha.

El corazón de Delia se detiene. Sabe lo que hay ahí, clavado en la pared junto a la entrada. Los nombres de los que han sacado durante la noche. Quiere acercarse a la lista, y al mismo tiempo no quiere: preferiría huir, salir corriendo, cerrar los ojos para siempre.

Quizá los cierre, pero solo por un segundo. Tiene que abrirlos. Debería estar preparada para este momento, porque lo ha vivido muchas veces.

Dentro, los presos no saben cuándo los van a matar ni cómo. Cada vez que se abre un cerrojo, piensan que ha llegado el momento. Cada vez que se acuestan, cierran los ojos para siempre. No saben cuándo los matarán, lo que significa que los están matando sin cesar. Puede ser hoy, mañana o pasado, puede ser por

fusilamiento o a garrote vil. Así, la imaginación no tiene límites y el rizoma del pánico crece sin medida, hasta el infinito. Los presos mueren simultáneamente hoy, mañana y pasado, mientras sus pechos reciben las balas del máuser y sus cuellos se quiebran como ramitas endebles.

Para quienes aguardan fuera, el sufrimiento es muy parecido. Delia, por ejemplo. Hoy, mañana y pasado. Y cada vez que sube por Zabalbide. Pero hoy parece más hoy que nunca. Dios ha querido clavar este día como se clava una mariposa en la pared de un museo. Hoy, hoy y hoy.

No sabe cómo, con el corazón aún detenido, ya apenas sin corazón en realidad, ha subido los peldaños que la llevan hacia el papel clavado en la pared: uno, dos, tres. Y no sabe cómo, con el pecho ahogado y atado, consumido por una angustia que no cesa, logra leer el primer nombre de la lista, ese apellido que empieza con A, el único que alcanza a leer:

Azurmendi Goicoechea, José.

El soldado de la entrada ha bajado la cabeza; ahora no se atreve a mirarla. Delia se aleja de ese papel. No ve nada, no oye nada, su visión se estrecha y sus oídos se taponan. Desde los días de Santoña no ha pasado un solo amanecer sin imaginar el cuerpo desangrado de su marido. Casi un año entero muriendo cada día, y hoy también, pero hoy más.

Azurmendi Goicoechea, José, escrito con letras de imprenta, y ahora impreso en su retina para siempre.

Azurmendi Goicoechea, José, muerto cada día durante casi un año, y hoy también. Hoy, sobre todo.

Y con el sello de esas letras impreso muy dentro, entra Delia en la prisión, con los ojos abiertos, como siempre (el soldado no se ha atrevido a levantar la cabeza al verla pasar), y como siempre la

registran de arriba abajo, aunque quizá hoy con más suavidad, sin la mirada desafiante, y una vez dentro Delia ve a Pepe Verdes en el patio, y él no puede hablar, tiene la cabeza baja, el mentón tembloroso. Delia sí, no sabe cómo, sin corazón ya en el pecho, pero dice:

—Esto, de parte de tu hermana; cuidado, que viene con el género de Orbegozo, el de Azpeitia.

Y, tras pasarle la cesta, sin añadir nada más, se da la vuelta, sin llegar a ver las lágrimas de Pepe Verdes, entre el tintineo de llaves y cerrojos, puertas y rejas, silbatos y alaridos, y ya está en la calle. Solo queda bajar los escalones: uno, dos, tres. No mirar la lista, no mirar la lista, no mirar la lista.

Y está por fin en la calle Zabalbide, y justo allí, en mitad de la carretera, frente al joven soldado que ahora no le quita los ojos de encima, Delia Lauroba cae al suelo. Delia Lauroba, la que llevaba casi un año sin corazón. Y hoy, 28 de mayo de 1938, la que definitivamente lo da por perdido.

Dios así lo ha querido.

Acto II

14

Se despierta Bilbao con la primera resaca estival. No habrá ocasiones para muchas más durante este verano, pero la de hoy será de campeonato. Porque se ha acabado la juerga de la víspera, la jornada de euforia fascista, la fiesta del aniversario de la liberación. Lo que toca ahora es un amanecer pegajoso, un día largo y dolor de cabeza.

Tranquilamente se han disuelto las bandas de música traídas para la ocasión desde Pamplona y Segovia, las trompas, trompetas, tubas y trombones; han llegado a su destino los desfiles marciales de falangistas y requetés; se han pegado al asfalto los insultos y maldiciones lanzados desde la tribuna contra los rojoseparatistas; se han silenciado los *Te Deum* que resonaban desde la basílica de Santiago, como se han acallado las campanas y repiques, *Te Deum laudamus te Dominum confitemur;* se han apaciguado las banderas rojigualdas colgadas en balcones y ventanas; empieza a marchitarse el retrato gigantesco de Franco instalado en la plaza del Sagrado Corazón de Jesús FRANCO FRANCO FRANCO; se han vaciado las copas de vino y los barriles llenos de cerveza alemana; han bajado todos los brazos, casi entumecidos ya; han caído al suelo con gracia las boinas rojas y negras arrojadas al aire; se han dado por saldados los favores y honores debidos a los mártires; se han suspendido las ejecuciones previstas para hoy en el cementerio de Derio (mañana continuarán); se ha relajado el bigote de Serrano Suñer; el general

Moscardó ha limpiado sus gafas con parsimonia; los ojos del conde de Rodezno se han hundido en su tristeza habitual.

También se han dado por reconstruidos e inaugurados los cuatro puentes destruidos por el terror rojoseparatista en su huida cobarde: reconstruidos, inaugurados y rebautizados los cuatro. El que ahora cruzan esas dos mujeres que vemos a lo lejos se llama puente de Sanjurjo. Antes de que lo destruyera el terror rojoseparatista, se llamaba puente de la Merced.

Las mujeres han llegado por la calle Ribera, a paso ligero, vestidas de negro, con la cabeza gacha pero alerta; para ellas no ha habido fiesta ni celebración por el aniversario de la liberación. Lo más probable es que sean un par de beatas, prematuramente ajadas, camino de la iglesia de la Merced para oír misa; o quizá vayan a cumplir algún recado para las monjas del convento cercano. Eso podrían pensar los dos jóvenes que bajan desde el barrio de San Francisco, que en breve se cruzarán con las mujeres justo en mitad del puente de Sanjurjo.

Uno es italiano y el otro navarro, ambos mutilados de guerra y, desde la noche anterior, amigos íntimos. Son los últimos juerguistas que quedan en Bilbao, expulsados a escobazos hace apenas diez minutos del burdel más mugriento de la calle Cortes. Pero están tan borrachos y alegres, y se quieren tanto de pronto, que las dos mujeres vestidas de negro les han pasado completamente inadvertidas; por tanto, no han hecho suposiciones ni han sospechado nada.

Uno, llamado Jesús, natural de Corella, apoya su único brazo, el izquierdo, sobre el hombro de su amigo. El otro, al que todos llaman Gigi y es oriundo de un pequeño pueblo cercano a Turín, cuyo nombre ya hemos olvidado, intenta seguir con su única mano, la derecha, el ritmo de una alegre canción que habla de Dios, de la

patria y del rey. Pero para los últimos juerguistas de Bilbao es difícil seguir el ritmo, imposible alcanzar una mínima afinación, incluso recordar la letra les cuesta un triunfo, por muy simple y directa que sea.

En ese estado, claro está, no han tenido tiempo ni ganas de seguir con la mirada el rumbo de las mujeres. Si lo hubieran hecho, habrían visto que, tal como era de prever, estas se dirigían hacia la iglesia de la Merced, sí, pero que, tras echar un vistazo desde el pórtico, en lugar de entrar en la iglesia seguían hacia arriba por la calle Hernani, cruzando la calle San Francisco y continuando hacia esa zona prohibida que todos llaman la Palanca, hasta llegar a la calle Cortes. No han entrado en el burdel del que ellos mismos fueron expulsados de manera tan abrupta, pero sí en uno de al lado, un poco más elegante, con los neones ahora apagados, la barra recién limpiada con ginebra barata, la tapa de la pianola bajada; en definitiva, un establecimiento que a primera vista pareciera respetable, y que en esos momentos sobrelleva la resaca con cierta dignidad.

Es la primera vez que Tere y Delia cruzan el puente de Sanjurjo. Es lógico esto: el puente fue bautizado la víspera. También es la primera vez que entran en un lugar como este de la calle Cortes. Han oído contar muchas historias, claro está —relatos sórdidos todos, la perdición de los hombres débiles—. Pero esta vez no tienen ni tiempo de mirar a su alrededor ni deseo alguno de escandalizarse. Dicen la contraseña, y la dueña del local —una mujer corpulenta y rubia— les hace un gesto para que pasen, corre una cortina, les muestra un pasillo estrecho y, al final de este, les abre una puerta.

Dentro las esperan Itziar, Bittori y don Luis. Los tres se levantan de un sofá elegantemente tapizado para dar la bienvenida a las recién llegadas. Itziar ha extendido un pañuelo blanco sobre el sofá antes de sentarse. En el aire flota el aroma de la juerga de la noche

anterior: perfume, tabaco, champán, y tal vez algo más. Alfombra gruesa, cortinas pesadas que cubren nada más que paredes. En la mesita baja, ceniceros vacíos, una jarra de agua y, a un lado, un cubo de aluminio de esos que ayudan a mantener el champán frío. ¿Quién habría imaginado que la dueña de este lugar sería miembro del partido?

—Si necesitan algo, estaré arriba —dice la mujer rubia y fuerte—. Si no, cuando terminen, cierren la puerta y listo.

Se quedan los cinco a solas, sumidos en un silencio denso.

Entonces Itziar se quita el sombrero y, como si aquel gesto fuera una señal convenida, todos expresan su pésame a Delia. Ella responde con una leve sonrisa y busca asiento en un sillón tapizado igual que el sofá. No le gusta el protagonismo. Ser viuda no es algo tan especial hoy en día. Aun así, debe repetírselo de vez en cuando: *viuda,* cuando camina por la calle; *viuda de veintinueve años,* cada noche antes de cerrar los ojos.

Pero no ahora. Ahora lo importante es acabar la reunión lo antes posible. Es la primera vez que los cinco están juntos en una misma habitación, y la situación es realmente peligrosa. Menos mal que a estas horas la ciudad liberada duerme a pierna suelta.

Toma la palabra Luis Álava. Trae noticias de su territorio, sin vanidad alguna. Pero es sorprendente cómo crece la red en Álava, y con qué rapidez. Don Luis incluso ha conseguido informantes entre los militares, o eso ha dejado entrever, sin revelar jamás una pista importante. Así lo repite siempre Bittori, tal como le enseñaron: hay que saber lo justo, y a partir de ahí, mejor no saber nada más. Además, ha logrado un pequeño grupo activo en Miranda de Ebro, más allá de sus límites, lo que facilitará mucho los esfuerzos que deben duplicarse en la prisión de Burgos a partir de ahora. Porque allí están, tras un nuevo traslado, las autoridades del partido —

Ajuriagerra y Artetxe, por ejemplo—, y también el hermano de Tere, Pepe Verdes, y el de Itziar, Ángel. Siete mil hombres en una prisión pensada para setecientos reclusos.

Itziar ha bajado la cabeza.

Es el turno de Tere. Un suspiro. Un esfuerzo visible por abrir la boca. En Bizkaia se nota desde hace tiempo que hay poco movimiento, precisamente en la región donde el partido estaba más arraigado. Pero, dice Tere, es normal; y Luis asiente. En ningún lugar la represión ha sido tan dura como aquí. La mayoría de los compañeros han escapado, están en prisión o bajo tierra, ya lo sabéis. Y los que aguantan, quisieran desaparecer, escondidos, invisibles, hasta que todo esto pase. *Todo esto.*

—Porque todo esto pasará —dice Bittori, tomando el turno—. Pero mientras pasa, debemos mirar hacia fuera, eso dicen en Bayona. Dentro del país la esperanza se agota.

Y la baztanesa saca de debajo de la blusa un fajo de recortes de prensa. Las noticias están escritas en un idioma que no entiende; la colección le ha llegado del otro lado, pero no es francés, es inglés. Pueden leerse los nombres de las cabeceras: *The Times, The Manchester Guardian* y otros periódicos.

Luis Álava, que estudió en el extranjero y domina varios idiomas, toma los recortes. Se pone las gafas para leer e intenta descifrar lo allí consignado, concentrándose especialmente en las palabras y frases subrayadas. No entiende demasiado: tiene el idioma más oxidado de lo que pensaba. Por suerte, alguien ha añadido a los recortes una nota mecanografiada.

—Ahora lo entiendo... —dice Luis, con su habitual calma—. En todos estos periódicos británicos, tanto de izquierda como de derecha, repiten la misma idea: que las cárceles controladas por los rebeldes están llenas, sí, pero que la pena de muerte solo se aplica a

los que han cometido delitos de sangre..., que el gobierno de Franco es compasivo.

—¿Y de verdad se creerán los ingleses esa sucia propaganda? —dice Delia, mirando al suelo.

¿Cómo se puede ocultar que en la propia Larrinaga han fusilado a periodistas cuyo único delito de tinta eran los artículos publicados en sus periódicos? ¿Cómo esconder que, al día siguiente del fusilamiento de Joxe Azurmendi, ejecutaron a garrote vil a cuatro jóvenes de Laredo solo por tener el carné de la CNT?

—Tal vez se lleva mejor la mala conciencia tragando mentiras así —añade Tere.

—Pero ¿por qué nos mandan esto a nosotros? ¿Qué podemos hacer? —dice Itziar Mujika incómoda, deseando que la reunión termine cuanto antes.

—Necesitan pruebas —responde Álava—, los expedientes de las condenas a muerte para enviarlos a los británicos, donde se verá que a los condenados no se les imputa ningún crimen de sangre, que estos asesinatos son pura venganza. Y debemos conseguir esas pruebas. Ellos se encargarán de hacerlas llegar de Bayona a Londres.

—Fácil, ¡claro! ¿Cuándo empezamos entonces? —dice Delia, recuperando su sonrisa habitual.

Itziar Mujika da varias vueltas a su sombrero antes de hablar:

—Si conocieran la situación en Burgos... Son cientos los que están allí condenados a la pena máxima sin que se les acuse de un delito real. ¡Y llevamos así más de un año!

El hermano de Itziar, Ángel, ha recibido una condena de doce años, pero ella siente como propio el sufrimiento de los que han recibido las penas más duras.

—Eso es —dice Luis Álava—. Lo que necesitamos es información precisa de Burgos. Es la capital de Franco, ¿no? Explicando lo que ocurre allí, quedará al descubierto lo que sucede en todo el país. Y los británicos no podrán seguir repitiendo esta mentira. —En la mente de Luis, todo funciona como un reloj.

Delia toma la jarra y llena los vasos. Da un largo trago al suyo antes de hablar:

—Pero esto es otra cosa, ¿verdad? Esto no lo hemos hecho antes. Si lo he entendido bien..., nos están pidiendo robar documentos a los sublevados, y no solo eso, sino luego pasárselos a una... —busca la palabra— ... a una potencia extranjera.

—Sí, esto es otra cosa —dice Bittori, pensativa, antes de dar un sorbo a su copa.

—¿Y cómo vamos a hacerlo...? —Itziar no termina la pregunta; ha pensado que no hace falta.

El silencio vuelve a llenar la habitación; ahora es más palpable el olor a pecado de la noche anterior. Entonces Tere lanza una idea audaz:

—Sé por dónde deberíamos empezar.

Nadie pregunta nada, aunque todas las miradas lo hacen. Y con esa mirada, con esa curiosidad, todos expresan que están dispuestos a seguir adelante, dispuestos a hacer *eso otro,* y lo que sea que el futuro les reserve.

—Puede que nuestro contacto en Burgos esté listo para dar el siguiente paso —dice Tere.

15

Nadie ha preguntado el nombre. Ese es un secreto que solo Tere guarda. Así compartimenta la información esta red. Y tan bien lo hace, tan bien ha sabido callar Tere, que el nombre de este valioso activo no caerá nunca en manos de la policía: se mantendrá oculto incluso cuando caiga la noche y la red se derrumbe.

Pero ahora queremos poner ante la cámara a nuestro héroe y acabar con su histórico anonimato.

Como Tere Verdes guardó tan bien el secreto, no podemos ofrecer al departamento de *casting* información demasiado precisa. Tendremos que inventar, fantasear, fabular, añadiendo literatura a los tres únicos y desnudos datos que conocemos sobre este agente. La magia del cine hará el resto.

Veamos, pues. He aquí a Aniceto Antón. Honor y gloria para él. Este bilbaíno tiene cuarenta y dos años en 1938. Es calvo y barrigón. Simpático. Afable. De esos que acostumbran a hacer el gesto de robarles la nariz a los niños, aunque él no tenga hijos. Nunca se ha casado. Es evidente que las mujeres no le interesan demasiado en ese sentido.

Ha pasado diez años trabajando como chef en el exclusivo club La Sociedad Bilbaína, donde se reúne la élite de Bilbao para hablar, beber, conspirar, fumar, escuchar música y, en general, convencerse de que son élite. Pero cuando el club vuelve a abrir sus puertas en 1938, tras los vaivenes de la guerra, todos los empleados y socios nacionalistas son purgados. Purgar, palabra terrible. Pero necesaria

esta vez. Él, Aniceto, es uno de los purgados, porque alguien explicó a las nuevas autoridades que había sido visto en un mitin de Agirre durante un Aberri Eguna,[1] y que incluso llegó a aplaudir. O algo así.

En busca de un nuevo oficio, Aniceto se traslada a Burgos, y allí, con la ayuda de algunos amigos, empieza a trabajar en una fábrica de cerveza llamada La Cervecera del Norte.

Vamos a imaginar —con la esperanza de que resulte creíble— que Aniceto y Tere se conocieron una tarde de marzo de 1936, en aquellos días alegres y ligeros de preguerra, en la propia La Sociedad Bilbaína, durante una velada poética organizada por el recién fundado grupo literario Alea.

Tere y su hermano Pepe han ido a ver al poeta Lauaxeta, buen amigo de la familia y miembro ilustre del partido, y allí han conocido también a otros escritores, entre ellos a un tal Jaime Delclaux, de cara aniñada y mirada turbada.

Ha sido una tarde memorable. A los invitados especiales se les ha ofrecido una cena tras el hermoso recital, y el chef ha salido luego a saludar a los presentes. Ha saludado a todos por su nombre: estimado Jaime; cómo estás, Esteban; cuánto tiempo, Antonio... Todos le han respondido con abrazos y palabras amables.

Vemos a Aniceto en su hábitat natural, contento y suelto. Como sabe que los hermanos Verdes están entre los invitados, tras la cena ha querido mostrarles la magnífica biblioteca del club. Enseguida se organiza un pequeño *tour*. También el chef es un gran amante de los libros: puede recitar de memoria el *Romancero gitano* de Lorca. Él mismo escribe poesía en secreto, de madrugada.

Y allá que van, a contemplar aquella espléndida colección de libros, Lauaxeta, Tere, Pepe y una curiosa mujer que acaban de conocer, de nombre Juanita Mir, quien, les explican, es la única mujer periodista de Bilbao.

En la sede del club se guardan más de veinte mil volúmenes, en una biblioteca de techos altísimos, donde las estanterías se elevan varios metros hasta casi rozar las molduras. A lo largo de las paredes, se extienden pasarelas y galerías de madera finamente talladas. En vitrinas, los incunables duermen a buen recaudo. Un retrato de Cervantes preside el recinto. Las gruesas moquetas absorben los pasos emocionados de los visitantes.

Aniceto disfruta de la visita entre bromas y chanzas. Lauaxeta mira hacia arriba, boquiabierto. Pepe y Tere se sienten un poco incómodos entre tanto lujo libresco. Juanita Mir, en cambio, ignora los libros y no le quita ojo a Lauaxeta: llega a decir —más de uno lo oye— que está dispuesta a aprender euskera solo para leer su poesía. El poeta le responde cualquier cosa tartamudeando, algo ruborizado, y enseguida cambia de tema.

Salen tarde de la sede del club, y cruzan juntos el puente del Arenal, los Verdes, Lauaxeta y Juanita Mir. Como en un sueño o en un cuento, empiezan a caer entonces algunos copos de nieve. Frente al teatro Arriaga comienzan las despedidas, confeti blanco alrededor.

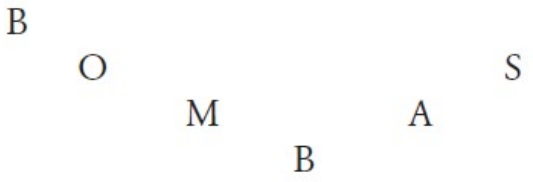
—Esta nieve de primavera es la mejor —dice Juanita Mir, abriendo la boca y atrapando un copo con la lengua.

Al final, se despiden. Pepe y Tere entran en la calle Correo, con una amplia sonrisa: la noche les ha dado mucho más de lo que esperaban. Lauaxeta se aprieta la bufanda y dice que caminará ría abajo, para ver cómo se derrite la nieve al posarse sobre el agua. Juanita, discretamente, le sigue de inmediato.

Parece el comienzo de una amistad poética, y así debería haber sido, pero estos cuatro amantes de los libros, estos jóvenes de letras, no volverán a verse nunca más.

He ahí la trampa del destino.

Porque poco después llegará la guerra. Y del cielo, en lugar de nieve, caerán



Para cuando Aniceto y Tere vuelven a encontrarse, es larga ya la lista de los poetas muertos. La poesía se recita ahora casi con repugnancia.

A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.

Un año y medio después del recital poético en la Sociedad —la ciudad ya *liberada* para entonces, todos sus puentes destruidos y a punto de ser rebautizados—, Aniceto entra por sorpresa en la librería Verdes Achirica. Tere es ahora la encargada del local, pues su padre ha muerto y su hermano Pepe está preso. Se observan. Se les cae el alma a los pies. Aniceto ha adelgazado bastante. Incluso sonreír le cuesta horrores ahora. Ya no escribe poesía, ni en la intimidad ni en ningún sitio. A veces se le vienen a la cabeza algunos versos sueltos, pero los ahuyenta como hace con las pesadillas.

Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo,
mientras el cielo reluce
como la grupa de un potro.

Sin hacer ningún gesto que delate que ya se conocen, Aniceto le pide a Tere un libro de poesía: no le viene a la memoria el nombre del autor, vaya por Dios, se trata del poeta que cumple años hoy. Y Tere, con el corazón desbocado y los ojos húmedos desde que ha visto entrar por la puerta a Aniceto, le hace un gesto de espera al antiguo chef y pasa a la parte de atrás, para volver a aparecer al poco, después de haber rescatado un ejemplar de *Arrats-beran* de entre unos rollos de papel. Se trata del último poemario de Lauaxeta, un ejemplar ahora clandestino del poeta que tal día como aquel habría cumplido treinta y dos años. Pero no los ha cumplido, porque hace cinco semanas la Guardia Civil lo fusiló en Vitoria, tras detenerlo cuando intentaba llegar a Gernika con unos corresponsales extranjeros. Aniceto quiere averiguar si Tere lo sabe, y los gestos abatidos de Tere, así como sus ojos a punto de desbordarse, le confirman que efectivamente está al corriente.

Lo que ninguno de los dos sabe es que Jaime Delclaux, aquel poeta con cara de niño, acaba de morir de tuberculosis en Albacete, mientras trataba de huir de los horrores de Madrid. Y tampoco sospechan que Juanita Mir, periodista del diario *La Tarde,* autora de la mordaz columna «La mujer escribe», aquella curiosa mujer que comía nieve y bebía los vientos por Lauaxeta, será fusilada dentro de dos días en el cementerio de Derio. Para aquellos que acaban de liberar la ciudad, lo escrito por Juanita sobre el bombardeo de Gernika ha sido suficientemente grave como para condenarla a muerte. En un atroz amanecer de agosto, dos días después del cumpleaños de Lauaxeta, ella también recibirá dos tiros en el pecho, y uno de gracia en la cabeza.

Dios así lo querrá.

Pero como Tere y Aniceto no reciben noticias de Albacete y, sobre todo, como carecen del don de profetizar el futuro

(afortunadamente), las lágrimas de hoy solo son para el poeta de Mungia.

Los guardias civiles beberán
el mejor vino en casa Gómez.
¡Rojas minas de mi Bizkaia,
herida de la verde montaña!

Aniceto ha guardado el libro de Lauaxeta dentro de la chaqueta y le ha dicho a Tere que se marcha a Burgos, que no puede quedarse aquí, en la ciudad liberada, porque está demasiado señalado y nadie le da trabajo, así que debe empezar de cero en otro lugar. Le pasa entonces una dirección escrita en un trozo de papel. Si alguna vez va a Burgos, allí podrá encontrarlo, para lo que sea. Y lo ha repetido, mirándola directamente a los ojos: para lo que sea.

Así supo Tere que tenía un amigo en la capital de Franco. Y así nació otro hilo mágico, uno que pasó inadvertido en aquel momento, en aquella librería, pero que pronto sería parte esencial de aquella urdimbre palpitante.

Y ese amigo hizo otros muchos amigos en Burgos, hilos y más hilos, ovillos cada vez más numerosos, que partían desde la cervecería donde trabajaba. Alrededor de Aniceto Antón se reunió un grupo de jóvenes vascos que cumplían el servicio militar allí y acudían a ver al chef por la cerveza barata que les conseguía, por sus chistes y chascarrillos, y por otras muchas cosas también después. Y así, con la magia del lúpulo, fueron tejiendo poco a poco una red de confianza, hablando de asuntos cada vez más profundos. Y en aquel grupo había un chico —uno en especial—, alto, de ojos verdes y espalda ancha, que antes de la guerra había jugado en el Athletic, pero que ahora trabajaba en la auditoría donde se archivaban las condenas a muerte. Este chico en concreto, cuando la

noche se alargaba entre trago y trago y nadie los miraba, le contaba a Aniceto cosas cada vez más peligrosas.

Por eso, un día del otoño de 1938, una mujer no identificada —¿Delia quizá? ¿Itziar tal vez? ¿La propia Tere? No lo vemos bien— ha bajado en Burgos de un tren recién llegado de Irún con una bolsa de una corsetería en la mano y, cuando nadie la observa, la ha arrojado a una papelera frente a un estanco. Veinte segundos después pasa por allí Aniceto y recupera la bolsa.

En casa, tras correr las cortinas, abre la bolsa Aniceto Antón. Dentro del paquete, cuidadosamente envuelta en una enagua de encaje, encuentra una Riga Minox, una cámara para fotografiar miniaturas, capaz de enfocar a veinte centímetros, ideal para sacar fotos de documentos.

Después, la cámara y el carrete de negativos pasan de mano en mano, desde La Cervecera del Norte hasta la Capitanía General de Burgos. Allí está el amigo de Aniceto, el de ojos verdes y espalda ancha, auxiliar en el archivo de la auditoría de guerra, que, prolongando sus jornadas y con infinita paciencia, fotografía doscientos expedientes con aquella Riga Minox que lleva en el bolsillo. Con paciencia, sí, pero también con urgencia, porque en todos esos expedientes aguarda una promesa de muerte. Una promesa que puede cumplirse cualquier día. Hoy, mañana o pasado.

Terminado el trabajo, los carretes de negativos regresan desde la Capitanía —la verdadera guarida del lobo— hasta la cervecería, y de allí viajan en tren a Bilbao y, por fin, por el valle del Baztán, pasan hasta el otro lado. Ese camino que ya conocemos.

Y una vez allí, los servicios acuden directamente a la embajada británica, instalada en Hendaya desde que abandonara Madrid al comienzo de la guerra. Lo que ocurre dentro de esa embajada no podemos saberlo, ni vale la pena inventarlo, porque las

consecuencias fueron claras y fundamentales para la vida de muchas personas: en cuestión de días, doscientos condenados a la pena máxima que languidecían en la prisión de Burgos se despertaron de pronto más ligeros, como si levitaran. Les habían conmutado la pena de muerte por la de prisión perpetua. Entre esas penas conmutadas estaban también las de Juan Ajuriagerra y Pepe Verdes, hermano de Tere.

Ninguno de ellos oyó jamás hablar de un tal Aniceto Antón. Ni de su amigo el futbolista de espaldas anchas.

Avanzamos ahora: *fast forward*. Las puertas de la librería e imprenta Verdes Achirica se han vuelto a abrir, ha vuelto a sonar la campanilla y vemos de nuevo a Aniceto, de regreso en Bilbao para pasar la Navidad. Está delgado, pero al menos ha recuperado la sonrisa: sigue siendo el mejor haciendo cocochas, contesta a quien le pregunta qué tal la nueva vida. Por fin ha quedado atrás el maldito año de 1938, y quizá este 1939 traiga buenas noticias.

La batalla del Ebro ha terminado, la esperanza republicana se agota, pero el clima que se está gestando en Europa parece cargar el aire de esperanza. A ese hilo de anhelo se aferran los derrotados, los de dentro y los de fuera.

—¡Feliz Año Nuevo! —le dice Aniceto a Tere, entregándole dos botellas de cerveza—. Y felicidades a todos los Verdes —añade, guiñando un ojo.

Tere se queda sin saber qué decir.

—Aniceto...

—Solo he venido de visita, un par de días. Mi idea es seguir en Burgos. De eso quería hablarte. Tenemos grandes planes allí para este año nuevo.

Tere le pide que baje la voz. Ya no se le acercan tanto los hombres de gabardina oscura, pero no se puede una confiar. Guarda

las botellas bajo el mostrador y le hace una seña para que pase a la parte de atrás.

Allí, entre las viejas máquinas de imprenta, ya no hay el bullicio ni la alegría de antaño: todos los jóvenes empleados se fueron al frente, y tras dos años y medio ninguno ha regresado.

Solo quedan aquí dos oficiales de la época del viejo Emeterio, grises sus boinas y canosos los pocos cabellos que les quedan: suficientes manos para los pocos encargos que aún entran. Tere les dice que den por terminado el día, que ya cerrará ella enseguida, que la jornada ha sido floja y no vale la pena alargarla. Ambos se marchan sin añadir palabra, sabiendo que la indiscreción de la patrona —quedándose a solas con un hombre, a oscuras— estará seguro justificada.

Se quedan solos Tere y Aniceto. Él le muestra una sonrisa amplia.

—Tranquila, que no voy a tardar mucho en decirte a qué he venido.

Se sienta en una silla, con las piernas abiertas, pero Tere, incapaz de relajarse, permanece de pie. Es cierto que han pasado unas Navidades alegres desde que supieron que a Pepe le habían conmutado la pena de muerte. Pero la situación sigue siendo grave: el más pequeño error podría arruinarlo todo.

—En Burgos pensamos que podríamos hacer mucho más... si nos consiguieras un pequeño regalo —dice Aniceto con ligereza.

—¿Qué regalo? —Tere no tiene intención de sonreír. Han tenido suerte con esos doscientos expedientes, pero sería un error confiarse ahora.

Aniceto saca unos papeles amarillentos de debajo de la camisa.

—Al principio pensamos que podríamos hacer desaparecer algunos expedientes, ya sabes, despistes... como este, por ejemplo.

Tere —y con ella, cualquiera que se asome a la pantalla en estos momentos— lee por encima el documento que le muestra Aniceto: «Don Federico Gurtubay Esteban, auxiliar del cuerpo jurídico militar, encargado del archivo de sumarísimos de pena capital de la auditoría de guerra, CERTIFICO: Que en la causa sumarísima número 262-37 de la plaza de Santoña, existe una sentencia que copiada literalmente dice...».

—¿Esto lo habéis robado de la Audiencia? —pregunta Tere, sosteniendo el papel como si le quemara las manos.

Aniceto asiente con una sonrisa pícara. Las manos de Tere se humedecen, devuelve el documento de inmediato.

—Así es —dice él—, otra sentencia que nunca se ejecutará. El amigo de un amigo. Rojillo. Aunque algún día lo buscaran, no lo encontrarían. Y tranquila, sé lo que estás pensando, pero nadie se dará cuenta. ¿Sabes cuántos expedientes hay ahí dentro? ¿Cuántos archivos, cuántos pasillos llenos de papeles? Sacar uno, sacar este... no es un problema. Pero no podemos sacar todos sin que alguien lo note. Y menos si todos son de los nuestros. Al final alguien sospecharía, y se acabó el fandango.

—¿Entonces? ¿Cuál es el plan?

—Podemos falsificar los expedientes. Cambiar las penas. Así como la pena de muerte se cambia por cadena perpetua, podemos convertir las condenas a perpetuidad en sentencias de cinco años. ¡Alehop!

—Ah, ¿sí? —Tere no cree que sea tan fácil.

—Claro, tenemos amigos dentro, acuérdate.

—¿De total confianza?

A Aniceto se le escapa un suspiro al recordar a su amigo de ojos verdes y fuertes espaldas. Encoge los hombros, disimulando la debilidad, y guiña un ojo a Tere para reafirmarse. Tere,

desconcertada por tantos gestos, siente, sin embargo, que están en buenas manos, y con la mirada le pide que continúe.

—Veamos. Necesitamos máquinas de escribir, una Hispano Olivetti M40 concretamente; papel..., te diré el gramaje exacto, lo tengo apuntado, pero eso no será un problema..., papel tenéis de sobra aquí —dice mirando a su alrededor—, y lo más difícil, claro, será esto..., un sello.

Señala de nuevo el documento, pidiendo a Tere que mire la parte inferior: *Auditoría de Guerra de la 6.ª Región Militar.* Y encima de esas palabras mecanografiadas, un sello estampado.

—¿Lo ves? Ese sello solo lo tiene el juez. Necesitamos una copia. Sin eso, no podremos engañar a nadie.

Tere Verdes suspira. Quiere pensar bien su respuesta. Como miembro de la familia que más sabe de artes gráficas en Bilbao, pronto le viene un nombre a la cabeza, claro. Pero ¿volver a mezclar en esta aventura sombría a gente que solo desea dejar atrás la guerra? ¿Es lícito ir puerta por puerta, explicando otra vez que necesitan ayuda, que es peligroso, que puede acabar mal pero que también es indispensable, primordial, del todo necesario? Llevan más de un año involucrando a mucha gente, lanzando hilos, ensanchando la red. Si algo saliera mal, ¿podría dormir por las noches? Son preguntas que la asaltan de pronto, en los momentos menos pensados, difíciles de aclarar.

Luego piensa en las vidas que podrían salvar si el plan de Aniceto saliera bien, en su hermano, en el marido de Delia, bajo tierra, en Lauaxeta, que quedó para siempre en Vitoria sin llegar a cumplir treinta y dos años. Y piensa también que bajo esa capa de sumisión y resignación, bajo toda esa podredumbre y esa claudicación, aún hay quienes desean rebelarse, o que tal vez ella misma pueda avivar ese fuego si acerca la chispa adecuada.

Entonces, Tere ahuyenta las dudas y concierta con Aniceto una cita dentro de tres semanas, en una papelera concreta de Burgos. Le dice que lo deje en sus manos, que conseguirán lo que Aniceto pide, que sabe adónde acudir y que el sello lo tendrán, de un modo u otro.

Guarda contra su pecho el documento que él le ha traído: lo necesitarán como modelo.

Y es por eso por lo que en la siguiente secuencia solo vemos unas manos trabajando sobre una mesa, en una habitación a oscuras salvo por el círculo de luz de una lámpara. Una lupa. Un trozo de goma. Con un punzón, las manos esculpen hábilmente unas letras. Son catorce letras: cinco vocales y nueve consonantes, todas invertidas.

Estas:

U T S R O N M L I G E D C A

No parecen gran cosa, pero combinadas con acierto, repetidas lo justo y dispuestas en un círculo, pueden llegar a hacer mucho. Tanto, que llegarán a salvar vidas.



Pero las letras no bastan: necesitan tinta, y esa tinta debe imprimirse sobre documentos precisos, y para imprimir esas letras entintadas hacen falta manos, y ojos, y una valentía muda de varios cuerpos derrotados. Y de todo eso habrá, vaya si lo habrá, y así ocurrirá que los cuerpos vencidos, los ojos cansados, las manos temblorosas y las letras negras harán pronto su magia imperceptible y vital.

16

Una nueva luz se derrama desde la pantalla. Un mar, un nuevo mar que no es el Cantábrico, ese mar afanado aún en limpiar la sangre que mancha sus costas. Algo nuevo se percibe aquí, otro color y —si algo así fuera posible en el cine— también otro olor. Este es el Mediterráneo: tibio, turquesa, saladísimo, campo de batalla milenario. La cámara se aproxima a la costa desde el aire y llegamos a ver una bahía cerrada. Un puerto, un gran puerto. Esa hora incierta del amanecer, esos barcos que duermen arrullados por un bamboleo apacible. El vuelo y el graznido de las gaviotas. Otro rótulo ahora, para que quede claro que hemos llegado al sur de la Península ibérica:

ALGECIRAS, CÁDIZ, INVIERNO DE 1939.

La guerra está a punto de acabar, pero eso no cambiará nada para los presos de los batallones de trabajo. Seguro que mejorar, no mejorará.

Dentro de una tienda de campaña montada para protegerse de la lluvia, con un mapa en las manos, este joven que habla con otros soldados prisioneros, por ejemplo, prefiere no pensar en el futuro. En año y medio le ha pasado todo esto: estuvo preso dentro de una alambrada en Laredo, luego le juzgaron y encarcelaron en El Dueso, después lo llevaron a Bilbao en barco, a la cárcel de Larrinaga, y tras eso empezó el infierno de los batallones de trabajo: en el Cabo Villano al principio, todavía cerca de casa, y después a Cádiz, a la zona de Algeciras, tras un viaje terrible de cinco días del que pensó

que no sobreviviría. Allí ya se ha ganado una buena reputación entre los captores por ser honrado y trabajador, fuerte y hábil, y enseguida le han dado labores de capataz. Por eso ahora tiene un mapa en las manos y da instrucciones a otros soldados prisioneros. Digamos que se llama Eusebio y que es de Rentería. Joven y moreno, incluso podría decirse que guapo, sin duda de buen talante.

Eusebio y los demás presos pasan el día construyendo o reconstruyendo carreteras. Moviendo piedras. Arriba. Abajo. Cada día. La noche, en cambio, se va de miseria en miseria: aquí todo el mundo se rasca la sarna, caza piojos, improvisa almohadas para aliviar la tos cavernosa de los compañeros enfermos. Aquí todo el mundo vive amontonado en barracones con olor a mierda.

La guerra está a punto de terminar, pero aquí se van a quedar las miserias, los ácaros, los piojos y las bacterias. Aquí se quedará el olor a mierda. Aquí se quedarán todos estos soldados prisioneros, cada cual con su desdicha bien guardada en el estómago, con la esperanza de que, tras todo este trabajo y todos estos piojos, su pena acabará por reducirse.

Pero este olor va para largo.

A la mañana siguiente no queda rastro de lluvia y Eusebio se separa un poco del grupo, sube por un senderillo para hacer una lista de los trabajos por hacer, para tomar perspectiva desde lo alto. Está en el barrio de Puente Mayor, en San Roque. De pronto se topa con una casa que parece abandonada. Se pone a fantasear con abrir la puerta y quedarse allí (¿y si nadie viene a buscarlo?), hacer suya la casa, limpiarla, plantar flores alrededor, incluso montar un gallinero y desayunar huevos frescos cada mañana... Vuelve a recordarse a sí mismo que es mejor abandonar esos sueños de futuro. No le hacen bien. De repente, de la casa que parecía abandonada salen dos hombres, dos soldados.

Eusebio se esconde tras unos matorrales, con las botas clavadas en el lodo, por si acaso, por puro instinto. Observa con atención a esos hombres. No se parecen a los soldados a los que está acostumbrado; con uniforme negro, diría que son extranjeros. Manteniendo la distancia y espoleado por un ansia antigua que no sabría explicar, los sigue a la zaga.

Unos días más tarde, frente al bonito escaparate del Café Navío de El Puerto de Santa María, Delia Lauroba —un rostro que nos es ya bastante conocido a estas alturas de la película— sueña con tomarse un café, pero va escasa de monedas y teme que en lugar de un café de verdad le den una infusión de cáscara triturada de cacahuete, quizá endulzada con un poco de sacarina si hay suerte. Hoy se llama café a cualquier cosa: las guerras enmarañan los diccionarios, como enmarañan todo lo demás. Finalmente decide quedarse en el exterior del local, aguantándose las ganas de café. Está helada: no había previsto que el invierno andaluz fuera tan duro, y sobre todo que lloviera tanto. Casi sin querer, se mira en el escaparate del local. Tiene treinta años y se siente muy vieja. Si echa la vista atrás, se abre a sus pies un abismo horrible, un hueco negro y pantanoso detrás de los talones; por eso prefiere no pensar en el pasado, no mirar al abismo y fijar la vista hacia delante.

Hoy tenía que volver a San Sebastián, haciendo noche en Madrid, pero una de las chicas le ha dicho que tenía que hablar con ella, que era importante, y ha tenido que cambiar el billete de tren y pagar otra noche en la pensión. Por eso anda sin dinero. Por este día imprevisto. Ha venido para asegurarse de que todo va bien con los presos de El Puerto de Santa María, a ofrecer ayuda a las chicas que están allí colaborando, a enseñar o repasar todos los trucos: mensajes escritos con zumo de limón, uso de la tinta simpática, papel de cebolla doblado en las perneras de los pantalones recién

planchados, la famosa cesta de doble fondo de Orbegozo..., el pan de cada día para Delia. Pero ahora, cuando ya iba a marcharse, le han dicho que hay una chica de Rentería que necesita hablar con ella, que se trata de un asunto urgente, y que por favor espere.

Delia aparta la vista del escaparate cuando llega la chica, con una bufanda roja ondeando, tal y como habían acordado. Sin decir palabra, Delia le hace un gesto para que la siga. Mejor que hablen mientras pasean, a pesar del frío.

Se dirigen entonces a la playa caminando a paso vivo —no pueden permitirse el lujo de pasear tranquilamente, eso levantaría sospechas—, y por el camino la chica le habla a Delia de Eusebio, su novio, destinado en los batallones de trabajo de Algeciras. Los fines de semana lo va a ver, con ropa limpia y un puchero bien caliente. En la última visita Eusebio dijo haber visto algo, algo interesante, y le insistió con que debería contárselo a las mujeres con las que mantiene contacto. Submarinos en la bahía de Algeciras, eso es lo que Eusebio había visto: una pequeña base en una cala cerrada. Parecían italianos, dijo, seguro que no son de Franco. La chica aún no entiende del todo la importancia del asunto, le confiesa a Delia. Una potencia extranjera en una guerra que es, en apariencia, civil, le ha dicho Eusebio. Pero en 1939 nadie se asombra ya por eso, ni la chica de Renteria. No en vano ha perdido a sus tíos en el bombardeo de Durango, y esos aviones que escupían muerte tampoco eran precisamente españoles.

En cualquier caso, Eusebio había apuntado la ubicación de la base y, cuando le devolvió el puchero a su novia, también aprovechó para pasarle con sigilo el papel. Por eso Delia ha sentido ahora la mano caliente de la muchacha contra su mano fría, y no ha tenido más remedio que coger el papel que le entrega. Antes de guardarlo en el bolsillo ha visto una lista de números escritos con tinta negra.

Coordenadas. Delia se queda sin saber qué decir. Pero está acostumbrada a preguntar lo menos posible, a saber lo menos posible. Puede que ese papel diga algo más importante de lo que parece. Lo mejor es que lo añada al resto del correo reunido en la cárcel de Puerto de Santa María y no le dé más vueltas. ¿Qué es un papel más? No añade riesgo: si en el tren algún soldado se pone a husmear en su equipaje, ese pliego no aumentará el pánico del momento.

—Gracias —le dirá Delia a la chica—. Buena suerte. Con todo.

Y sin añadir nada más la ve alejarse, bufanda roja ondeante. Desde la distancia le desea que tenga la oportunidad de gozar de una larga vida con su novio de Rentería: algo le dice a Delia que así va a ser. Arriba los corazones. Olvidar el pasado. Mirar hacia delante. Siempre hacia delante.

Y así, en tren, a pie, en coche, con riesgo, sudor y ganas, la localización de la base submarina será transmitida de mano en mano por la vía habitual. Ya decidirán qué hacer con esos números en Villa Mimosas. A los franceses quizá no les parezca de gran interés, pero los servicios en Villa Mimosas saben que en la embajada británica de Hendaya lo tomarán en serio.

El estrecho de Gibraltar es un punto internacional caliente, siempre lo ha sido. En la guerra que ya termina ha sido una conquista indispensable; los futuros historiadores dirán que Franco ganó la guerra cuando se apoderó de aquel paso. Ahora viene otra guerra y Gibraltar está de nuevo en el punto de mira. Ese apéndice del Reino Unido, ese punto débil. Los italianos se han acercado demasiado. Los británicos deben mover ficha. Y a cambio, como muestra de agradecimiento por esa información tan precisa, insistirán para que Franco alivie la situación de los presos vascos.

Y cómo es la vida. Meses después, de la base secreta italiana de Algeciras salen Andrea y Guido en un sumergible tipo Scirè, con otros veinte hombres. Aire viciado y un solo retrete para todos. Andrea y Guido son torpedos humanos, entrenados durante meses en el Adriático para subirse sobre esos proyectiles, dirigirlos con pericia y, llegados al objetivo, lanzar la carga. Hoy es su día D particular, la primera acción contra Gibraltar, organizada hace tiempo con la ayuda de la España de Franco. Todos están nerviosos, pero lo afrontan con confianza, el *duce* espera lo mejor de ellos. *Avanti!*

La confianza no dura mucho. Cuando han terminado las oraciones de rigor y se están poniendo el traje de buceador para subirse a los torpedos, suenan todas las alarmas: han sido detectados. ¡Quién sabe cómo, *cazzo!* Al intentar retirarse, los destructores británicos logran cortar la trayectoria del sumergible y no tienen otra opción que salir a la superficie. Andrea y Guido, con el resto de la tripulación, emergen con las manos en la nuca. *La commedia è finita.*

Ni Andrea ni Guido lo saben, pero la verdadera aventura está en realidad a punto de comenzar. Travesías, trenes, hambre, barracones, miserias, ácaros, sudores y humillaciones, piojos, bacterias y olor a mierda: todo eso les espera a partir de ahora. Durante varios años. En el campo de prisioneros de Yol, nada más y nada menos que en la India, al otro extremo del mundo. Las crueles bromas de la vida. Hoy en el cálido Adriático y mañana en el aún más cálido Yol.

Como imaginarán nuestros espectadores, Andrea y Guido maldecirán su destino a menudo, sobre todo en la estación de los monzones, cuando las manos y los pies se les hinchen por el calor, o cuando al amanecer deban cavar tumbas para enterrar a los

compañeros muertos por la malaria. Y culparán de su situación, alternativamente, a la *santa madonna eterna,* a esos británicos secos y grises, a esos indios sucios y repugnantes, y a los enormes mosquitos que los asedian noche y día. Pero nunca sabrán cómo todo lo que les sucede está ligado a Eusebio, el chico moreno y guapo de Rentería que subió a una colina a tomar perspectivas y descubrió esos submarinos italianos. Ni cómo están realmente los tres, Andrea, Guido y Eusebio, en situaciones muy parecidas: en barracones, rodeados de miseria, de ácaros, de bacterias y de olor a mierda. Y, sin embargo, los días siguen pasando, se suceden los meses, las estaciones, los monzones, y los esclavos de los campos de trabajo entierran a sus compañeros, porque los hombres mueren igual allá en la India y aquí en Cádiz: llorando y con la foto de la madre en el pecho. Es el tifus un día, después una herida gangrenada, también malaria muchas veces, y si no hay muerte hay trabajo, y sudor, y mover piedras sin cesar, arriba y abajo, y el *Cara al sol* cada mañana para Eusebio, y el parte de guerra cada vez menos halagüeño para los italianos. Así hasta 1943, cuando perdemos la pista de los italianos *(ciao, Guido! ciao, Andrea!,* la verdad es que ya empezábamos a cogeros cariño) y Eusebio queda libre y vuelve al pueblo y se casa con la chica de la bufanda roja. Pero eso, claro, es otra película que otra persona tendrá que contar. Volvemos a la nuestra sin desviar más nuestra mirada.

De nuevo el mar. El mar que oculta celosamente lo que sucede en sus aguas. Ahora no sabemos si seguimos en el Mediterráneo o hemos vuelto al Cantábrico. Porque tanto en el norte como en el sur, en el oeste como en el este, hay miles de vascos presos, trabajando a la fuerza o haciendo el servicio militar. Y entre ellos, a los más

audaces, les llega antes o después un mensaje, una llamada: si tenéis información, guardadla y pasadla. Alguien la recibirá y sabrá qué hacer con ella. La guerra no ha terminado, la esperanza no se ha agotado. Alguien consignará esa información en un papel y hará magia. Y así ha empezado a ocurrir. Cada vez más a menudo, cada vez más organizados. Cientos de ojos, manos y cuerpos, siempre listos y atentos. Incluso en esta derrota, incluso cuando se les dice que ya no hay nada que hacer, que todo ha acabado, hay gente con ganas de arriesgarse.

Camiones llenos de wolframio que parten de Galicia y van a Alemania: cuántos, con qué frecuencia, por qué rutas y con qué matrículas.

El desembarco de autoridades nazis en Pasaia, junto a militares franquistas. Si es posible, con fotos, para identificar mejor a los implicados.

La construcción de fortificaciones en Cataluña, en la frontera con Francia, y de dónde provienen los materiales para erigir esas fortificaciones.

Cualquier movimiento sospechoso en baterías costeras y puertos. Apuntar. Guardar. Y pasar.

La otra guerra está a punto de terminar, pero la esperanza no se ha agotado. Incluso en la derrota hay cosas que se pueden hacer.

Números, medidas, fechas, cantidades, distancias, frecuencias, nombres, matrículas, horarios, coordenadas. Todo se vuelve información. Oro puro que puede intercambiarse en cancillerías extranjeras.

17

Eulalia Ariztia vuelve con malas noticias a Elizondo, su pueblo natal. Trae con ella a su hijo pequeño, Migueltxo, y ojos de no haber podido dormir en varios días.

Y así es, no ha pegado ojo desde el miércoles, cuando una brigada del SIPM, el Servicio de Información y Policía Militar, ha entrado en su piso de la calle Navarrería y se ha llevado a su marido Javier. Amparada ahora por su hermano Agustín y su hermana Felicitas, llora desconsolada e intenta explicarles la situación.

—Javier había salido a por pasteles con el pobre Migueltxo, y a los diez minutos entraron en tromba aquellos hombres, ¡ay, madre!, sin dar explicación alguna, sin preguntar nada. Y el cordero en el horno, casi listo, ¡imaginaos!

Cordero y pasteles: ese era el menú pensado para celebrar el cumpleaños de Eulalia, la fiesta que la policía arruinó.

—Entraron en todas las habitaciones, buscaban algo, yo qué sé, lo revolvieron todo y lo dejaron hecho uno zorros, pasó todo tan deprisa..., no pude decir ni una palabra. Y entonces llegó Javier.

Y Javier Ziga, el pintor que combinaba su pasión artística con la dirección de una funeraria, un hombre fornido de cincuenta y nueve años, con bigote, cristiano como pocos, exconcejal del PNV en el Ayuntamiento de Pamplona, no podía imaginar lo que se le venía encima. Y, guiado por su instinto, lo primero que hizo al cruzar la puerta fue pedir explicaciones, gritando, furioso:

—Pero ¿qué demonios está pasando aquí?

Entonces se le echaron encima los cuatro policías, le retorcieron los brazos a la espalda. Los pasteles se cayeron al suelo, y Migueltxo pisó sin querer toda aquella nata.

—¡Menuda desgracia! —dice ahora Eulalia, mientras Migueltxo baja la cabeza—. Y aquella mirada de Javier, ese gesto de no estar entendiendo nada..., eso no se me va a olvidar nunca.

—Ten fe, Eulalia —intenta consolarla su hermano, que muchas veces se ha imaginado escenas parecidas, aunque no en casa de su hermana mayor, sino aquí mismo, en su casa de Elizondo—, estoy seguro de que Javier...

En mitad de esas palabras de consuelo, pronunciadas sin mucha convicción, alguien llama a la puerta. Agustín Ariztia se calla.

—¡Adelante! —dice Felicitas, con el corazón en la boca del estómago.

No tienen por qué preocuparse: es Bittori Etxeberria. Ya está al tanto de lo ocurrido. Llega preocupada, pero entra en casa de los Ariztia con palabras de calma. Tras los abrazos, quiere saber cuántos días han pasado desde las detenciones.

—Dos días —responde Eulalia, aunque le habría gustado decir «una eternidad».

—¿Y sabes dónde lo tienen, Eulalia?

—En el depósito municipal, ya sabes, ese agujero al que llaman «la perrera» —responde la mujer, conteniendo las lágrimas.

Dos días no son muchos. Dos días se pueden resistir, incluso en una perrera. Pero ¿tres días? ¿Cuatro? ¿Una semana? A Javier Ziga apenas lo conoce, sabe que es un hombre mayor, de gran fe, serio, que pasó la juventud en París aprendiendo a manejar el pincel. No sabe si esas cualidades le servirán de algo ante los golpes de la policía.

Desde que se enteró de la caída de Ziga, Bittori está alerta. Pero quiere transmitir serenidad al mismo tiempo, y eso no es fácil. Se sienta con los tres hermanos. Le aprieta la mano a la esposa del pintor. La mira con sus ojos miopes, directa, como acostumbra.

—Eulalia, dime, ¿se llevaron algo de tu casa? Piénsalo bien, por favor.

Eulalia le devuelve la mirada y responde con seguridad:

—Tranquila, Bittori, en cuanto oí el ruido de los motores puse a salvo el correo.

Y saca del pecho unos papeles. No son pocos. Han llegado de Burgos y de Vitoria. Todos tienen los bordes chamuscados.

—Y podéis estar tranquilos los tres —añade Eulalia—, Javier no sabe nada de esto. Han venido a por él por la redada del Katatxu, seguro, alguien habrá mencionado su nombre para salvar el cuello. No creo que estéis en peligro.

Entonces Eulalia mira a su hermana y a su hermano:

—Pero no volveré a hacer esto. Tengo que pensar en mis hijos. No sé cuándo volverá Javier, si es que vuelve..., e imaginaos si a mí también...

Eulalia no puede terminar la frase. Felicitas abraza a su hermana mayor, y esta se derrumba en sus brazos.

El hilo que sale de la muñeca de Eulalia es ahora finísimo, casi invisible.

—Lo habéis entendido, ¿verdad? ¡Se acabó! —dice aún, desde el regazo de Felicitas.

Bittori suspira, recoge los papeles aún tibios que estaban sobre la mesa, y los guarda deprisa en su regazo, con un gesto aprendido.

—¿Y por qué están chamuscados estos papeles? —pregunta entonces Bittori, por simple curiosidad.

Eulalia, después de salir del abrazo de su hermana y limpiarse los mocos, responde:

—No sabía dónde esconder el correo y lo metí en el horno, con el cordero. Por suerte, apenas se quemaron. El cordero, en cambio..., ¡hubo que tirarlo entero!

18

Observe ahora nuestro público a esta persona: gafitas redondas, discreto bigote, proclama firme siempre en mente y boca. «Cada día de resistencia es una victoria.» Así lo repite día y noche en pasquines, carteles y retransmisiones el doctor Juan Negrín, el último presidente que tendrá la República. «Cada día de resistencia es una victoria.» Así se lo dice también a quienes, desde la posición Yuste, nombre en clave del último reducto gubernamental, resisten con él. Ha caído Cataluña, no hay ninguna razón para creer en la victoria, pero el canario Negrín resiste. Espera la guerra europea. Intenta negociar con Franco. Se encomienda, en secreto, a Dios. Resiste.

Casi todo está perdido, pero «casi todo» no es «todo». Aún queda Madrid en pie, firme. La capital. La ciudad heroica. Mientras quede Madrid, aún se puede resistir un día más. Y otro. Y otro.

Y es precisamente en Madrid donde nos encontramos a esta otra persona: rostro adusto, vestimenta siempre negra, disciplina comunista. *No pasarán*. Así lo dice y lo repite Dolores Ibárruri, la Pasionaria, desde pancartas y pintadas diseminadas por todo ese Madrid obstinado. *No pasarán.* Así lo repite ella misma a quien quiera escucharla. La Pasionaria, nacida en el poblacho minero más infecto de Bizkaia y ahora capaz de insuflar ánimos en los últimos resistentes.

No pasarán. Ya van casi tres años con ese soniquete. Ya es mucho lo que han tenido que sacrificar para que no pasen. Y el cansancio

se acumula.

Tanto, que llega marzo de 1939 y el coronel Casado se rebela. Ya no quiere resistir más el jefe del ejército del centro Segismundo Casado: rostro cadavérico, dentadura prominente, estratégico lunar en pómulo izquierdo. Si tienen que pasar, pues que pasen. Y ahora en Madrid luchan los fieles a Negrín contra los fieles a Casado. Y mientras, los facciosos aprovechan la oportunidad y pasan.

Observe el público atentamente las caras de incredulidad de Juan Negrín, de Dolores Ibárruri. Observe el derrumbe cósmico cuando las palabras ya no representan los hechos. Observe, incluso, el ambivalente alivio de ambos, pues no hay nada más agotador en esta vida que resistir.

Así pues, todo se acaba. O todo empieza. Por lo menos para Francisco Franco Bahamonde, esta otra persona que se nos presenta ahora en pantalla: voz aflautada, calvicie prematura, rostro perfectamente anodino. El país es suyo, por fin. Y todo se lo debe a su paciencia. Ha dejado que los enemigos se desangren poco a poco, y uno a uno han ido muriendo también sus aliados. Ya está solo. En la cumbre. El Generalísimo. El Generalisísimo.

Y entonces pondrá fin a la guerra en cuanto llegue abril, pero los consejos de guerra continuarán en mayo, junio, julio, y en todos los meses del año. Y los calendarios seguirán girando, y a un año le seguirá otro, y el rito será siempre el mismo: las sentencias firmadas, los verdugos al amanecer, los zapatos calzados a toda prisa, las últimas cartas, las órdenes al pelotón, las ráfagas y los tiros de gracia.

Y así, las manos de Franco seguirán matando, firmes, año tras año, calendario tras calendario, hasta el 27 de septiembre de 1975, día en que mandará fusilar a los últimos cinco rojoseparatistas que quedaban en el país. Y entonces sí, con esa España limpia,

limpísima, inmaculada, habiendo cumplido a la perfección la misión que Dios le encomendó, morirá en paz, satisfecho, y será enterrado con todos los honores, a los pies de una cruz gigantesca.

Así lo querrá Dios.

Pero eso no se lo podemos adelantar a los personajes de nuestra historia, porque no nos creerían.

Al contrario, muchos aún mantienen la esperanza, aunque el ejército rojo esté cautivo y desarmado. Y hacen bien, claro que sí. En los campos de concentración de Francia, en los barcos que parten hacia México, o en el crudo invierno del exilio interior, siguen creyendo. La pesadilla no puede durar mucho. Y nosotros, desde el futuro, les mentiremos, y nos uniremos a su profecía: la pesadilla no puede, en efecto, durar mucho. Lo haremos por puro egoísmo, porque sin esperanza no podrían seguir adelante, y nuestra película acabaría aquí mismo, con este anticlímax redondo. Pero no, apenas hemos llegado a la mitad. Nuestros espectadores quieren más, merecen más, y se les dará más. Merecemos llegar al final llenos de esperanza.

Así que, terminada la guerra, cautivo y desarmado el ejército rojo, seguimos adelante con nuestra película.

¿Y ahora qué?

Pues observe ahora el público lo que acaba de hacer Hitler: ha ocupado toda Chequia, ha establecido el Protectorado de Bohemia y Moravia. Esta vez Francia y Gran Bretaña tendrán que moverse, ahora sí.

Así lo cree José Antonio Agirre: el gesto siempre amable, el afeitado perfecto, los nervios aplacados con tabaco. Pero no ocurre nada de eso, y desde su oficina de la avenida Marceau ha tenido que ver cómo huía el último embajador enviado por la República, aquel médico socialista que apenas llevaba un año en el cargo, y cómo

entraba en su lugar el diplomático enviado por Franco: nada menos que el funesto Lequerica, último alcalde de Bilbao, hijo de una familia burguesa bien conocida por Agirre, políglota, *gourmet,* anglófilo, solterón, adorador de Proust, supuesto artista, *bon vivant* corrupto y fascista redomado.

Pero esto no es más que un tropiezo de la historia, piensa Agirre, y también lo dice. No debemos perder la visión a largo plazo, repite a los suyos. Esperar, creer y actuar.

Y de pronto, Mussolini invade Albania. La gota que colma el vaso. Ahora sí, ya viene. ¿Lo veis?, dice Agirre.

Pero no, la primavera se hace larga, se arrastra penosamente la primavera, y los aliados no se mueven. Dicen que Hitler se calmará tarde o temprano, que no hay que precipitarse, que sería contraproducente.

Menos mal que Agirre tiene información privilegiada y sabe que, detrás del escenario del mundo, todos se están preparando para la guerra, aunque se quiera hacer creer lo contrario a la opinión pública. En gran medida, puede decirse que la guerra ya ha empezado. La flecha ha sido lanzada, aunque nadie sepa con exactitud cuándo ni dónde caerá. Pero no quedará suspendida en el aire. Eso es seguro.

Y la enésima prueba de ello es el último informe que acaba de llegarle desde Villa Mimosas. El mejor hasta ahora del servicio interior. La organización funciona de maravilla. Según el informe, continúan los contactos puntuales con la embajada británica, pero en los últimos meses se han multiplicado y profesionalizado también los que mantienen con el *deuxième bureau* francés. Ahora, la información que envían los vascos, esa abundancia de datos que recogen las mujeres, la recibe a diario un tal capitán Simon,

redactada en forma de boletín en el francés impecable de Juanjo Mitxelena.

Este último informe es realmente sorprendente: cincuenta páginas densas y sustanciosas, anunciadoras de grandes cosas. El informe está escrito con orgullo y honestidad, y no es para menos. Después de leerlo, Agirre lo deja sobre la mesa, quizá para repasarlo al día siguiente. El día siguiente es sábado, pero el lehendakari tiene la costumbre de trabajar también los sábados, al menos hasta el mediodía.

Apaga el cigarrillo, se pone el sombrero y se dispone a salir del despacho. Tiene prisa. Le esperan en el teatro Chaillot.

Hoy, viernes 26 de mayo de 1939, el grupo de coros y danzas Eresoinka va a ofrecer su última función. Nadie lo ha dicho así, nadie lo ha tallado en palabras, pero es evidente, se siente: esta aventura también ha dado de sí todo lo que podía. Después de recorrer Francia, Bélgica, Holanda y el Reino Unido, el trabajo está hecho: la guerra a través del arte. Y como la guerra ha terminado, la guerra a través del arte también. Ya no hay ambiente receptivo en Europa, y se está volviendo imposible continuar la gira, encontrar teatros, despertar el interés de la prensa extranjera. Terminada esa pequeña guerra del sur europeo, el continente se prepara ya para otra mucho mayor.

Entre los músicos de Eresoinka reina el mismo ambiente: con la guerra española acabada, muchos cantantes y bailarines se preparan para un exilio más largo. Dicen que hay oportunidades en América: unos hablan de Venezuela, otros de México. Algunos han recibido ofertas tentadoras desde el otro lado del océano. Otros calculan el riesgo de volver a la España de Franco. Entre los coralistas y bailarines han surgido parejas. Todos son jóvenes, y todos quieren un futuro. Todos lo merecen.

Estos pensamientos llenan la cabeza del lehendakari mientras cruza el Trocadero, sin poder ni imaginar que en poco más de un año el propio Adolf Hitler pisará los mismos adoquines que él pisa ahora.

Pero para eso falta aún un año entero, una eternidad, una vuelta completa al sol y unos cuantos días más.

Hoy lo que importa es lo que ocurrirá en el teatro Chaillot, porque será memorable. Todas las entradas agotadas, tres mil almas expectantes, todos los notables presentes: el diseñador Cristóbal Balenciaga, el escritor François Mauriac, el mecenas Manu Sota, que también estará allí despidiendo su creación. Y Agirre, por supuesto, en el palco de honor, intentando ocultar las lágrimas de emoción en la oscuridad del teatro Chaillot.

El único futuro que importa aquí y ahora es este: dentro de una hora, la solista Pepita Embil cantará *Aurtxoa seaskan,* y todo el teatro se derretirá dulcemente al calor de su voz.

19

No hay nada más anticinematográfico que un informe. Pero nuestro público ya se habrá dado cuenta de que esta película tiene sus rarezas y excepciones. Y una de ellas es ofrecer el tiempo y la calma necesarios para leer un informe.

Queremos volver ahora a ese informe que hemos visto por encima, el que ha quedado sobre la mesa del lehendakari Agirre, con el título SERVICIO INTERIOR en la portada. Lo leeremos con la última luz de los largos días de mayo.

Se perciben desde aquí las caras de aburrimiento. De acuerdo, no obligaremos a nadie a leer el informe completo. Como cortesía hacia el estimado público, prepararemos un resumen del contenido. Ya hemos dicho que esta película es peculiar, pero no tanto como para obligar a leer cincuenta páginas una a una.

En resumen, esto es lo que dice el informe que Agirre ha dejado sobre su mesa de la avenida Marceau, antes de partir hacia el teatro:

- Detalles de los viajes realizados por la red al otro lado de la frontera (71).
- Número de documentos trasladados (1.242).
- Libros, revistas, boletines, partituras y ejemplares de prensa transportados (sin contar).
- Cartas y documentos movidos solidariamente para otros partidos (sin contar).

Después, la información se divide en cinco bloques, y la abundancia de datos recogidos resulta evidente:

1) Información militar:

Composición y organización del ejército franquista; ubicación de todas las divisiones franquistas; composición de la Legión de Flechas Verdes y de la Legión Cóndor; organización de los grupos Savoia; movimientos de tropas; desembarcos de tropas y materiales en Galicia y Euskadi; vigilancia intensiva sobre los puertos de Vigo, Ferrol, Santurce y Pasaia; información sobre los mandos y guarniciones de zapadores en San Sebastián; mapas topográficos italianos; estado de los servicios de transmisiones, de hospitales y personal sanitario, de las telecomunicaciones; información sobre las fortificaciones a lo largo de toda la frontera francesa; ayuda de instructores extranjeros en academias militares; estadísticas de producción de Firestone España, Josefina, Altos Hornos y Euskalduna; detalles sobre el mortero llamado «Franco» y otras armas nuevas.

2) Información política:

Composición de las juntas locales que se están formando en el nuevo Estado; textos íntegros de las nuevas leyes; cartas que reflejan el descontento de falangistas y carlistas; datos sobre tiradas de la prensa franquista, ejemplares de carteles, pasquines y folletos usados para la propaganda.

3) Información sobre la represión:

Situación penal y anímica de los presos, multas, denuncias, nombres de delatores, juicios, penas de muerte, datos sobre batallones de trabajo y campos de concentración, traslados, sección

especial sobre sacerdotes encarcelados, inventario del archivo de Lauaxeta.

4) Información económica:

Datos precisos sobre la hacienda franquista, exportaciones e importaciones, estadísticas agrícolas, dividendos de diversas empresas, situación de la deuda de guerra, racionamiento y escasez de distintos productos.

5) Información sobre intervención extranjera:

Participación diversa de Italia y Alemania: navegación, comercio, tráfico de obras de arte, actividades de diferentes sociedades alemanas, y actuaciones de la Gestapo alemana y la policía italiana Ovra.

Al final, una mención especial para quienes recogen toda esta información, los verdaderos activos de la red. Presentamos esto sin resumir, ofreciendo a nuestro público la oportunidad de leerlo con detalle. Además, les propondremos un juego, para que la lectura no se les haga pesada: aunque los personajes se presenten con sus nombres en clave en este informe, los espectadores pueden intentar adivinar los nombres reales que se esconden bajo esos alias, una pesquisa que la policía no tardará en iniciar. Como pista adelantaremos que todos los personajes resultarán muy conocidos a quienes no se hayan despistado durante la proyección.

¿Todo el mundo listo?

Entonces, adelante.

PEPITA ETXANO

De Pepita nació la organización. Ella dio los primeros pasos. Ella la amplió. Hoy sigue siendo la base absoluta de toda relación.

Nos entrevistamos con ella y nos encontramos con algo providencial: conocía medios y conocía muy bien a patriotas que, aislados y por iniciativa propia, venían actuando en una arriesgadísima empresa humanitaria a la que ella no era ajena.

Es preciso que digamos que esta red estaba compuesta, casi totalmente, de elemento femenino. Pepita captó y convenció a Shalus. Al poco tiempo se unía a ellas la esposa de uno de los presos: María Elortegi. Seguidamente se captó a Timotea Ariz. De las *emakumes*[1] partió el impulso.

En la región de Araba se entrevistó con Vicente Viteri. Le transmitió nuestro nombramiento de Delegado; le enfervorizó y le hizo incorporarse al trabajo.

Sobre su principal misión —la del enlace— baste decir que por sus manos han pasado setenta y un correos de ida y sesenta y nueve de venida, correos con anejos de volumen verdaderamente aparatoso.

Omitimos el decir lo que supone únicamente este hecho, en zozobra, riesgo, responsabilidad, previsión y ocupación. Basta con que se medite el hecho.

El hecho de lo reducido de la población en que habita y su destacada personalidad patriota hacen que se halle muy expuesta, hasta el extremo que hemos solido temer muchas veces serios contratiempos, de los que hemos de creer que únicamente ha sido la Providencia quien nos ha salvado.

Además es objeto en el negocio que regenta, base de su sustento, de un boicot total, pues basta únicamente la asistencia a su establecimiento para estar tachado de desafecto.

SHALUS LASALDE

Fue nuestro primer representante en la región. Con Pepita Etxano y María Elortegi, dio el primer impulso a nuestro designio. Es de la talla de ellas. Baste esto para perfilar su personalidad. Lleva todo el dinamismo de esta región. Mantiene el

enlace con María Elortegi, con el informador militar de aquella región, con el informador de puertos, con el informador de Galicia. Se encarga de enlazar con Bizkaia. Además de todas estas actividades, es la informadora, como decimos, más constante que tenemos.

Todo esto requiere una movilidad constante y una habilidad prodigiosa. Nunca ha tenido un tropiezo, a pesar de registros y vigilancia.

Es acompañante de María Elortegi en las actuaciones más arriesgadas.

Destacadísima es la labor de esta agente, por la que todos tienen gran admiración.

Nos ha aportado gran cantidad de documentaciones. Mantiene enlace con presos de Donostia, de los que nos ha suministrado numerosas listas. Se encarga de dirigir la difusión de la propaganda. Ha adquirido entre nosotros una gran competencia y autoridad en los asuntos de nuestro servicio.

MARIA ELORTEGI

Al tener que entablar nuestra obligada relación con los presos, se halló en ella el más favorable vehículo, ya que su marido se hallaba entre los vascos que capitularon en Santoña. Por medio de ella se enlazó con El Dueso. Posteriormente, y también por el mismo medio, se enlazó con el nuevo domicilio de los condenados a muerte, después de su traslado a Bilbao. Más tarde, fue ella también la que en Burgos hizo las primeras gestiones y consiguió pasar las primeras comunicaciones con aquel punto.

Para dar una idea que permita formar juicio aproximado sobre el temple moral de este enlace, baste decir que el día en que su marido fue fusilado, mantuvo una admirable actitud: la de acudir a confortar a los demás presos y llevarles nuestras comunicaciones.

Conocemos otro rasgo que demuestra su determinación y sangre fría. Interesaba alcanzar con nuestra propaganda al cónsul italiano. María consiguió

llegar a su despacho e hizo entrega del pliego en sus propias manos, sin despertar ninguna alarma.

TIMOTEA ARIZ

Nuestro representante en Bizkaia. Su labor personal solo puede compararse con la de Pepita y sus compañeras ya citadas. Su labor informativa, grandísima; su labor de asistencia a presos, imponderable; sus servicios constantes de enlace con nosotros y con las cárceles, incontables.

Se ha cuidado del reparto de propaganda en aquella región. Consiguió la ayuda de un colaborador en Burgos, cuyo nombre desconocemos, gracias al cual se han salvado innumerables vidas.

Nos ha informado muy bien sobre producción industrial. Sobre entradas y salidas de barcos, por medio de su enlace en el Upo-Mendi.

Su extensísimo conocimiento del patriotismo de esta región hace de ella una ayuda inestimable para aquella Delegación.

VICENTE VITERI

Es nuestro primer Delegado en el interior. Antes de entablar su relación con nosotros, había efectuado, por propio impulso, innumerables acciones de evasión y de ayuda a los patriotas.

Estas actuaciones nos fueron comunicadas por un patriota a quien él había facilitado su evasión. Abordado por Pepita Etxano, no titubeó. Desde entonces nos ha proporcionado extraordinaria labor.

Muchas de sus informaciones militares son tan completas que solo pueden haber sido conseguidas y tratadas por elemento especializado y en activo, o sea, muy bien colocado. Es él quien nos procuró el archivo de Lauaxeta. Conoce bien

las interioridades del Obispado. Mantiene un enlace muy estrecho con los sacerdotes vascos presos.

Enlaza con Burgos, donde mantiene contactos en ámbitos militares y políticos.

Toda la labor de este Delegado denota, además de una gran capacidad de trabajo, una extensión grande de relaciones utilizables y unas cualidades intelectuales escogidísimas.

20

Dejamos aquí el informe, de momento. Avispado como es nuestro público, ya habrá identificado a Pepita Etxano, Shalus Lasalde, María Elortegi, Timotea Ariz y Vicente Viteri. Respecto a las agentes que se ocultan bajo estos nombres en clave, volveremos a ellas enseguida.

Pero ahora nos permitimos el lujo de regresar a la noche del último concierto de Eresoinka, en París, el 26 de mayo de 1939. Una noche mágica. Recordemos que aquel día era viernes.

Si esta película quiere deslumbrar, deberá alejarse de vez en cuando de las miserias de la guerra y ofrecer también destellos del *glamour* de la noche parisina. El departamento de vestuario sin duda nos agradecerá la oportunidad de jugar con la seda, el tweed y las notas de color.

Hemos dicho que es viernes, pero no que la primavera tiene un aroma especial ese día. No en vano, es la última primavera de la paz en París, y algunos ya empiezan a sospecharlo.

Jose Antonio Agirre, primer lehendakari del Gobierno vasco, ha ido caminando desde la avenida Marceau hasta el teatro Chaillot. Se trata de un trayecto corto en realidad: ha cruzado la explanada del Trocadero, ha entrado en el teatro entre los aplausos de los presentes, se ha quitado el sombrero y se ha desabrochado los botones de la chaqueta antes de sentarse en su palco de honor. Elegancia en el aire, emoción contenida, perfumes caros. La función está a punto de comenzar. Oscuridad. El temblor de las pestañas. Ese momento mágico que nuestros espectadores conocen bien.

Justo entonces, las agudas notas de un *txistu* rompen el silencio solemne del teatro. Se oye *Mendiko Martxa,* un *zortziko* alegre.

El público contiene la respiración.

Ya vienen.

Y allá van.

Todo sale a pedir de boca, si bien a nadie se le escapa que el acto está empapado de una nostalgia inminente. En este escenario se está representando un tiempo que nunca volverá; el público está atento a unas melodías que, más que calentar los corazones, a partir de ahora los quemarán.

Tras los aplausos dedicados a los jóvenes artistas, el público pide también que se levante el lehendakari. Agirre lo hace, desde el palco. Emocionado y honrado, saluda a todos llevándose la mano al corazón. Arrecia la lluvia de aplausos.

—Pronto tendremos ocasión de escuchar a Eresoinka en el teatro Arriaga, ya lo veréis —ha dicho, con aquel tono seguro que usaba en los mítines de antaño, pero nadie le ha oído, tal es el clamor eufórico que llena el teatro.

Todo ha ido de maravilla, sí, pero a la salida ha tenido que venir el mequetrefe de Balerdi a estropear el dulce momento. Cuando el público se ha marchado y su eco ya se ha apagado, Agirre, Basaldua, Sota y Landaburu esperan en el vestíbulo del teatro, comentando sus próximas citas. En un par de días, partido de pelota. Y hoy mismo, tienen reservada una cena espléndida en el restaurante La Coupole, con los primeros espadas de Eresoinka: un último agasajo antes de que cada cual tome su camino y la misión cultural se dé por concluida.

Están por llegar Gabriel Olaizola, director del coro y compositor de *Aurtxoa seaskan;* Enrique Jordá, joven director musical, y Pepita Embil, la estimada solista de veintiún años, estrella fulgurante de Getaria. Gracias a ella han convencido también a Balenciaga para que acuda a la cena, sabiendo que le agradará conversar con su paisana.

Y así ha sido: Balenciaga recuerda a la pequeña Pepita, cómo no. Su padre tocaba el órgano en la parroquia de Getaria y su madre era amiga de la madre del modisto. Qué recuerdos tan dulces...

Ahí viene Balenciaga, del aseo al parecer, con su habitual gesto prudente, dándole la forma perfecta al pañuelo blanco que siempre lleva en el bolsillo superior de la chaqueta. Pero no viene solo: con él está ese tal Balerdi. Conversan tranquilamente; Balenciaga asiente con la cabeza, sin mostrar incomodidad, aunque sin prestar gran atención tampoco.

Aun así, el lehendakari se pone en alerta. ¿Qué demonios hace aquí todavía ese zoquete?

Balenciaga, sonriente, se acerca al grupo, no escatima cumplidos, felicita a los organizadores y, según dice, está deseando saludar y felicitar también a los músicos. No puede describir la punzada que ha sentido en el corazón al oír *Aurtxoa seaskan,* cómo le ha hecho pensar en su madre, su querida madre, esperándolo allá en Getaria. No es habitual ver al modisto en un estado de ánimo tan tierno.

Y a su lado, siguiendo la animada charla, sin mostrar intención alguna de marcharse por su propio pie, sigue Balerdi. De vez en cuando asiente con la cabeza, taimado. Actúa como si fuera uno más del grupo, como si estuviera invitado a la cena.

¿Y quién es, al fin y al cabo, este joven calvo? El encargado de prensa de Eresoinka, nada más. Nadie le ha dicho que esté invitado, aunque es cierto que fue él quien recibió el encargo de hacer la

reserva, y por eso conoce todos los detalles del encuentro. Pero, pero..., por favor, ¿quién se cree este memo que es?

A Agirre le empieza a hervir la sangre. La charla continúa con cortesía, pero ver cómo se pega el tal Balerdi le enciende las entrañas al lehendakari. Y entonces recuerda de dónde le viene la antipatía hacia el tipo: precisamente de esa manía suya de estar donde no lo quieren.

Debió de ser en el otoño de 1937, cuando alguien se lo presentó. Venía a encargarse de la prensa de Eresoinka. Era, le explicaron, donostiarra y músico él mismo. Más en concreto, barítono.

—Lehendakari, un verdadero honor —dijo Balerdi, zalamero.

—Bienvenido. Poca gente sabe que yo también fui barítono en el orfeón de Algorta —le respondió el lehendakari, estrechando su sudorosa mano, y acto seguido dirigió su atención a otro asunto.

Pero poco después le llegaron los rumores. Aquel puesto que le habían ofrecido a Balerdi solo podía entenderse como un premio de consolación. Al parecer, su primera intención había sido participar en Eresoinka, como coralista. Se había presentado a las audiciones que habían tenido lugar en Sara, y no lo había hecho del todo mal, según se decía. Olaizola, el director, pensaba que podía unirse a la cuerda de los barítonos, e incluso funcionar como bajo si fuera necesario.

Pero entonces ocurrió algo. La propia Pepita Embil habló con el director y, aunque lo hizo con la elegancia que la caracterizaba, dejó claro que si aquel Balerdi se incorporaba al coro, ella se marcharía. Era un viejo conocido suyo: habían cantado juntos en el Orfeón donostiarra, y una noche, después de un concierto..., bueno, había tenido con ella un comportamiento completamente inapropiado.

Las mejillas de Pepita se encendieron de vergüenza e indignación. Su voz, aquella maravillosa voz de soprano, se quebró en ese instante. Luego se recompuso y reiteró con firmeza que no podría

volver a compartir un escenario con aquel hombre. Olaizola no tuvo ninguna duda: no iba a perder a su estrella destacada por culpa de un barítono mediocre y baboso.

Al día siguiente de la audición, Balerdi se acercó confiado al tablón de anuncios del hotel Ihartzeartea de Sara, y encontró su nombre en la lista de rechazados, cuando la víspera casi se le había dado a entender que había sido admitido. Le costó creerlo.

Aquel día, el joven se entregó a la bebida en el propio alojamiento, tan desconsideradamente, que tuvieron que echarlo del hotel a altas horas de la noche entre insultos e improperios. Sin duda había dejado un recuerdo nefasto entre clientes y propietarios.

Aun así, por ser hijo de una buena familia *jeltzale,* el propio Manu Sota sugirió poco después que se trasladara a París y se encargara de la prensa de Eresoinka. Y así sucedió. Le dieron un escritorio en la avenida Marceau, un teléfono, y el encargo de no molestar a los artistas bajo ningún concepto.

Y he aquí que, casi dos años después de aquel desagradable episodio, ahí sigue Balerdi, como un tumor que le haya salido a la élite del exilio vasco. ¿Por qué demonios no se marcha de una vez?

Agirre hace entonces un gesto a Basaldua. No va a ser él quien eche al tipo —solo faltaría—, pero ha desarrollado con su secretario un lenguaje secreto que no precisa de palabras, y este lo entenderá.

Y así es: Basaldua asiente con calma, asegurándole al lehendakari que lo ha entendido, y coloca amistosamente una mano sobre el hombro de Balerdi. Con un leve empujón, imperceptible para los demás, alejándose poco a poco del grupo, le dice:

—Bueno, Balerdi, excelente trabajo el de hoy, de verdad, magnífico. De los que se recuerdan durante mucho tiempo. ¡Y cómo ha estado nuestra Pepita, madre mía! ¡Una auténtica estrella! ¡Y tan joven! Dará que hablar sin duda. Y tú..., estarás cansado, ¿verdad?

Anda, ve a descansar que te lo has ganado, y disfruta de este precioso fin de semana de primavera.

El lehendakari suspira aliviado al ver alejarse la silueta del joven. Balenciaga, por suerte, no se ha dado cuenta de nada. Y lo más importante: Pepita tampoco.

Y justo entonces aparece la diva de Getaria, la que pronto será conocida en todo el mundo como la Reina de la Zarzuela, con un ramo de flores en las manos, resplandeciente.

Es su momento. Y Balerdi no se lo ha estropeado.

Todos esos hombres elegantes del *foyer* la reciben con calurosos aplausos.

—¡Brava, Pepita, brava!

21

Casi sin darnos cuenta hemos llegado al verano de 1939. Vamos a quedarnos ahora con un día concreto de mediados de julio. Porque en ese día dos personas muy diferentes van a cruzar casi al mismo tiempo la línea imaginaria que separa España de Francia.

Podríamos enseñarlo en pantalla con esa técnica denominada montaje paralelo.

Dos cruces, cada uno por su lado, pero más o menos simultáneos.

Uno ha cruzado de manera legal, en su propio vehículo, mostrando con orgullo su pasaporte y su placa de policía, convencido de que el mundo está a sus pies. La valla se ha levantado sin problemas para él. El hombre no es más que un agente de segunda clase, pero ve con claridad que el futuro le reserva sorpresas gloriosas, y también un coche más grande, entre otras muchas cosas. Así que ¿por qué no comportarse como si ese futuro ya estuviera aquí? El pelo fijado hacia atrás con firmeza, fiera la mirada, leve sonrisa burlona. Es Pedro Urraca Rendueles, ya lo hemos mencionado aquí, le hemos visto el rostro, el cabello, la mirada.

La otra persona en cruzar la línea imaginaria lo ha hecho por la montaña, vestida con los pantalones de su hermano y las alpargatas gastadas en otras excursiones parecidas a esta. Bajo su blusa, documentos secretos, información que podría llevarla a la muerte. El cabello recogido en un pañuelo, sudorosa pero feliz. Porque siempre es feliz en la montaña, fuera del tiempo y libre del peligro. Así lo

siente. Así se siente. Ella es Bittori Etxeberria, nuestra pasadora, que a estas alturas de la película no necesita más presentación. Tenemos claros sus rasgos: vitalidad, fuerza, una determinación modesta, miopía.

Por ahora, Urraca está destinado en la comisaría de Valladolid y va a pasar las vacaciones con su esposa y su hijo en París.

Bittori, en cambio, realiza uno de sus setenta y tantos pasos de frontera. El de hoy es uno más, ya rutinario, aunque no por ello menos arriesgado. Cada vez más peligroso, habría que aclarar, aunque nuestra protagonista no lo sienta así, o prefiera ignorarlo. Si en otro tiempo el peligro estaba en el sur, hoy la desgracia puede llegar más fácilmente del norte.

Bittori no entiende el porqué, pero el ambiente está enrarecido, todo el mundo lo sabe. Por el momento son solo rumores, saludos que se le niegan, miradas torcidas. Pero no por ello deja de cruzar la frontera. ¿Cómo iba a hacerlo? Podemos llamarlo valentía, o la convicción de que no hay otra elección posible.

Pero así son las cosas, y nuestros espectadores deben saberlo. Las tendencias derechistas han empezado a imponerse en Francia. Incluso hay quien ve con buenos ojos a Hitler. Al fin y al cabo, todos han aceptado el gobierno de ese tal Franco. Y el mundo no se ha acabado, ¿veis? El diputado Jean Ybarnegarai, que pronto será ministro de la República Francesa, siempre lo ha tenido claro, y lo sigue afirmando ahora: «¡Los vascos de Francia estamos con los vascos de Franco!».

La opinión pública, también, acobardada ante la masa miserable que llega del otro lado de la frontera, empieza a unirse a los manejos de Ybarnegarai. Faltan unos meses para las detenciones masivas, para los campos de concentración, para las deportaciones a Mauthausen, para el espectáculo de la vergüenza. Todo eso también

llegará. Pronto. Por ahora, el viento está cambiando y, en este verano de 1939, la policía está en guardia, preparada. Y ya todo refugiado que venga del otro lado sabe que puede pasar la noche en el calabozo o, peor aún, ser devuelto en cualquier momento.

Pero Bittori se siente libre en la montaña, no puede evitarlo. El aire puro y la luz de la mañana. La montaña la protege. El sol de verano calienta su piel. Y allí ve Aldudes, el lugar donde suele encontrarse con su contacto, su pueblo querido, donde siempre la acogen con cariño, y hasta le ofrecen un trago de vino y un pedazo de pan cuando se sienta a descansar.

Así que hacia allí emprende el camino, el último tramo, disfrutando del buen tiempo veraniego, porque realmente le gustan estos viajes, y así olvida las ampollas y los peligros. Y entonces, cuando está a punto de entrar en el pueblo, una patrulla de gendarmes sale de entre unos matorrales, dos jóvenes imberbes, bruscos.

Mientras tanto —recordemos que estamos en un montaje paralelo —, Pedro Urraca recorre San Juan de Luz, mirando desde su coche el punto donde el mar se une con la tierra. Baja la ventanilla para que el sol de verano avive su rostro de burócrata. Se siente como la fortaleza de Sokoa: sólido y de piedra. Escupe por la ventanilla. Le gusta este pueblo, sí señor. Podría ser un buen lugar para retirarse, pero aún no es el momento de pensar en eso.

La estaban esperando. Bittori no tiene dudas de que alguien les ha avisado. Ha hecho este camino demasiadas veces, es un rostro conocido en la zona y no todos los vecinos están entregados a la causa. Maldición. Siente el sudor enfriársele en la frente. El corazón le late con fuerza. Los documentos le queman el pecho ahora. Los policías le preguntan algo que no entiende. En su torpe francés intenta responder que va a Aldudes, a casa de un familiar, y que además está enfermo, *il est malade, monsieur,* no sabe por qué ha

dicho eso, quizá porque cree que los detalles hacen más creíble la mentira. En cualquier caso, no son muy dados a conversar, estos gendarmes:

—*Vos papiers, madame!*—le ladran.

¡Claro, *mes papiers!* ¿Cómo no ha pensado en ello antes? Siempre los lleva en el bolsillo, desde que el capitán Simon se los dio en Villa Mimosas hace seis meses, un pliego de papeles grises que, según le dijo, debía mostrar en caso de tener problemas con los gendarmes. Ahora va a comprobar si lo que dijo el capitán Simon era cierto. Hace un gesto a los policías para que esperen. Tiene que encontrar el documento correcto, sería un desastre sacar otro ahora. Aquí está. Se lo tiende con una sonrisa. Primero a uno, y como este no reacciona, al otro. Este último lo coge al fin.

En las llanuras infinitas de las Landas, Urraca conduce solo por una carretera vacía. Detiene el coche junto a unas dunas para orinar. Contempla el mar. Este espectáculo de la naturaleza siempre le ha mareado. El mar salvaje le hace sentirse pequeño. El protagonista de sus recuerdos de juventud, cuando navegaba por todo el mundo en la marina mercante, de África a Cuba, le parece otro hombre, no él. Ahora prefiere la tierra firme, siempre la tierra. Regresa al coche sudando.

Volvemos a Aldudes. Por unos segundos, silencio y desconcierto. Un codazo de un gendarme al otro, palabras en voz baja que Bittori no entiende. De repente, el que tiene el documento cambia de actitud. Le devuelve los papeles a Bittori y, poniéndose firme, se lleva la mano a la frente. El otro, sin entender del todo la situación, repite el gesto marcial de su compañero con un par de segundos de retraso.

Bittori tiene la sensación de estar ante una obra de teatro, aunque no sabe muy bien qué papel debe interpretar en esta escena. Pero la

función va bien: ahora tiene de nuevo los papeles en la mano, los hombres se han relajado y la saludan cortésmente, dejándole el camino libre.

¿Qué ha pasado? Bittori no entiende del todo lo que dicen esos papeles que le acaban de salvar el cuello. Pero sabe que allí está su nombre, y su foto, y, sobre todo, dos palabras mágicas: *Honorable correspondant.*

Pedro Urraca Rendueles ha llegado a Burdeos. Aquí pasará la noche antes de llegar a París al día siguiente. No tiene más que unos pocos francos para una miserable pensión del barrio de Saint-Michel. Para compensar la deshonra, mirará con desprecio a la anciana que, desde detrás de un mostrador agujereado por la carcoma, le entrega una llave grande y pesada. Comerá un filete reseco en una taberna de mala reputación, acompañado de un vino agrio. En la habitación, las sábanas le darán asco, y los suspiros y gemidos del cuarto contiguo no le dejarán dormir.

Bittori ha respirado aliviada, ha vuelto a guardar rápidamente los papeles, ha comprobado que los otros siguen en su sitio. Todo está bien. Por ahora, como decía el capitán Simon, esto ha funcionado. Pero la preocupación no la abandona en todo el día, ni siquiera cuando da el primer trago de vino y llena el estómago con pan; porque hasta entonces ninguna patrulla le había cortado el paso en este lado. Las cosas están cambiando, y para peor.

Prueba de ello es que Urraca ha llegado por fin a París. Allí abraza a su esposa Hélène como un pulpo. Y sale a pasear con ella después de dejar a su hijo pequeño, al que apenas ha palmoteado la cabeza, al cuidado de su abuela. Han caminado por el Quai d'Orsay, en el atardecer veraniego, y al cruzar el Pont de l'Alma, ocultando sus verdaderas intenciones, Urraca ha llevado a su amada hasta la avenida Marceau. Cierra los ojos ahora, dame la mano, le ha dicho, y

Hélène ha obedecido. Ha dado siete pasos, guiada por su marido. Ahora, abre los ojos. Y así lo ha hecho. Primero ha visto la sonrisa contenida de su esposo, luego un edificio gris. Ahí, ahí trabajaré pronto, le dice él, señalando el edificio: se trata de la Embajada de España, la guarida del embajador Lequerica.

Y como Hélène aún no lo entiende del todo, Urraca insiste: se acabaron los días tristes en Valladolid, cariño, se acabaron las caras grises y el olor a tinta, se acabó esta vida separada, como se acabó también el sueldo miserable (esto no se lo dice, pero lo piensa), nos esperan grandes cosas, continúa sin poder contenerse, y pronto llegarán, muy pronto, todas esas cosas buenas y hermosas que merecemos y tanto tiempo llevamos esperando.

Hélène aplaude mansamente a Urraca, le da un beso ligero en la mejilla. Sabía que lo conseguirías, le dice, estoy muy orgullosa de ti. ¿Para cuándo será? Urraca no le da fecha, porque él mismo no lo sabe, y se guarda para sí que Serrano Suñer está presionando, escribiendo una carta tras otra, para conseguirle el puesto. No se lo contará, prefiere que su esposa crea que lo logrará por sus méritos, y no por ser amigo del ministro de Gobernación, cuñado de Franco. Y Hélène le cree, porque su marido siempre consigue lo que quiere, donde pone el ojo, pone la bala. Para celebrarlo, cogerán la línea 6 del metro y se irán a un tugurio de Montparnasse, donde Urraca disfrutará del dinero ahorrado en la espantosa noche en Burdeos y, más tarde, del bien provisto monedero de su esposa. Y entonces habrá champán y alegría hasta altas horas de la noche, y todo será por una vez como tiene que ser.

Bittori se acuesta preocupada esa noche.

22

Han contratado a una nueva empleada en la tienda. Una chica apañada y trabajadora de Tolosa. Los sábados por la tarde es ella la encargada de hacer caja y cerrar. Por eso Itziar ha podido salir con tiempo para disfrutar de este paseo estival, antes de volver a casa y, con lo que haya podido exprimir de la cartilla de racionamiento, prepararles la cena a su madre y hermana. Es 2 de septiembre, el verano ya se dirige hacia su fin, pero el día ha sido espléndido, pese al bochorno y a que cada vez hay menos horas de sol.

Itziar deja atrás Múgica Hermanas Modas y se encuentra con Delia en la esquina de la Avenida con Garibay, como tienen por costumbre. Su amiga la recibe con la amplia sonrisa habitual, y hasta le estampa dos sonoros besos, uno en cada mejilla. Lo único que hoy se sale de lo habitual es ver a Delia con *El Diario Vasco* bajo el brazo. Ambas son mujeres que no se meten en política, ajenas siempre a las zozobras de la vida pública. El mundo lleva ya varios años derrumbándose a su alrededor, pero ellas solo se encargan de sus oficios, de cuidar de los suyos, de limpiar y ordenar. Esa es la imagen que intentan proyectar en todo momento. Pero hoy Delia ha decidido arriesgar un poco e Itziar cree conocer el motivo. Antes de emprender el paseo y sin que medie palabra entre ellas, Delia le muestra a Itziar la portada del diario:

> PLANTEADA LA GUERRA ENTRE ALEMANIA Y POLONIA, INGLATERRA Y FRANCIA REQUIEREN AL REICH, POR MEDIO DE SUS EMBAJADORES, QUE CESEN LAS HOSTILIDADES Y RETIREN SUS TROPAS DEL TERRITORIO POLACO.

Vaya por Dios, piensa Itziar, un titular de cuatro líneas para explicarlo. Pero no dice nada, porque lo último que quiere es hablar sobre la guerra.

Ha salido de la tienda con la cabeza caliente: en el trabajo también han pasado la mañana escuchando la radio a ratos, queriendo saber qué demonios estaba ocurriendo allí en Polonia. Además, el día ha sido lento, apenas han entrado clientes. No ha sido un buen verano para el negocio, ni para nada en general, a decir verdad.

Calor, rumores y preocupación, una preocupación que, aunque adopte distintas formas, siempre es la misma. Así ha transcurrido el verano de Itziar, el que debía ser el verano de la paz, y que termina con el inicio de otra guerra.

Aun así, las dos amigas se aferran a la rutina. A veces no se puede hacer otra cosa. Esperar, creer y seguir adelante. Caminan con paso ligero desde Garibay hasta Alderdi Eder, con la intención de recorrer toda la Concha y llegar después a Ondarreta. Cuando acceden al paseo, ven que se avecina galerna: el horizonte se oscurece, las olas se agitan. Tendrán que acelerar el paso si quieren completar el paseo habitual. No suelen hablar mucho durante estas caminatas. Tienen miedo de que el euskera se les escape de los labios —la semana pasada un guardia municipal les llamó la atención, aunque al final no las multó—, así que prefieren guardar silencio. Pero hoy la inquietud de Delia es evidente, y no tarda en romper ese pacto de silencio.

Camina con el periódico en la mano y sin detener el paso, lee:

—«En caso contrario, las dos potencias cumplirán sus compromisos...». ¿Qué clase de lenguaje es ese? ¿Se plantea una guerra y se cumplen compromisos? ¿Así es como van a contárnoslo?

Franco y su prensa se encuentran en una posición algo delicada. Aunque deben mucho a Alemania e Italia, de momento necesitan mantener la apariencia de neutralidad, al menos hasta que las piezas del tablero estén claramente colocadas.

Desde la barandilla blanca, las dos mujeres miran hacia la playa. Aún quedan algunos bañistas exprimiendo las últimas horas del día. A pocos kilómetros de allí, está comenzando una guerra que será la mayor que sufrirá la humanidad, pero en la playa de la Concha un grupo de niños chapotea ajeno a todo, unos jóvenes tratan de meter una piragua en el agua, un matrimonio elegante avanza con paso torpe, y un anciano arrastra una cesta y vende patatas fritas.

Delia juraría que ese hombre enjuto era el mismo que tres veranos atrás les vendía patatas fritas a ella y a Joxe. ¿Es posible que en tres años haya envejecido tanto? Claro que es posible, se responde a sí misma; tan posible como que su Joxe esté bajo tierra.

—Sabes que no nos conviene hablar de estas cosas —le dice Itziar en voz baja, mirando el horizonte oscuro.

Pero no lo dice solo por prudencia, sino también por hastío, por puro cansancio. Itziar querría olvidarlo todo y pasarse la vida haciendo sombreros, sin pensar en nada más que tocados con alas de gasa, boinas de lana, pamelas de copa baja.

No están los tiempos para mucha tranquilidad, sin embargo. La semana anterior la Guardia Civil entró en la fonda Polonia y dejó patas arriba la casa de Bittori. No era la primera vez, pero esta vez actuaron con más violencia que nunca: revolvieron todos los cajones y rompieron casi todos los cristales de la cocina. Por suerte, no fueron lo bastante hábiles como para registrar el colchón de Bittori, donde escondía el correo que debía pasar al día siguiente.

Delia también se llevó un buen susto en el tren a Vitoria, cuando un falangista se ofreció a ayudarla con la maleta y se empeñó en

acompañarla hasta casa. Tuvo que llevarlo hasta el portal de otra casa en la calle Dato, donde por fin se despidió del amable señor. Hasta el último momento no supo si era una trampa o si el hombre realmente estaba siendo galante.

Está en el aire, y es innegable. La paz de Franco tiene cada vez más sitiadas a nuestras mujeres, y deberán actuar con más cautela que nunca. ¿Logrará la guerra en Europa desviar la atención hacia otro lado? No hay demasiadas razones para el optimismo. Francia está también en conflicto, y el hermano de Itziar, Iñaki, se encuentra allí. Por no hablar de los hombres que controlan los servicios en Bayona. ¿Podrían los alemanes llegar hasta allí? Por supuesto que podrían, piensa Delia. Ahora todo es posible.

Apartan la vista de la postal de la playa y reanudan el paseo.

—¿Sabes algo de Iñaki y de los demás? Los del otro lado. Deben de estar muertos de miedo —le pregunta Delia a Itziar.

—No creas; la semana pasada recibimos noticias de Iñaki y parece que todo está tranquilo en la delegación de París. Aunque Francia esté en guerra, nadie cree que los alemanes lleguen tan lejos...

Quizá estén demasiado tranquilos. La madre de Itziar dice que Agirre confía tanto en su propio don de gentes que se ve capaz de reunirse con el propio Hitler y convencerle de que abandone sus sueños de conquista global. Y mientras él diga que todo va bien y que están seguros en París, todos lo creerán.

Al llegar al balneario de La Perla, Delia le pide a Itziar hacer otra parada. Enrolla el periódico y lo guarda en el bolsillo del abrigo. El viento sopla con fuerza ya, e Itziar debe sujetar su sombrero con ambas manos en algunas ráfagas. Vuelven a mirar al mar. Itziar recuerda la breve travesía que hizo desde Laredo hasta Santoña. Ahí empezó todo. Ahora ya no sabe si lo hizo por su hermano, por la patria o por un impulso abstracto de responsabilidad, pero no

importa: lo único que de verdad querría saber es cuándo acabará todo esto.

«El cielo es un mar sucio», escribirá un poeta dentro de unas décadas, pero hoy el mar también es un mar sucio, espejo del alma turbia.

—No sé si llegaremos a Ondarreta... —dice Itziar.

Delia tarda unos segundos en responder.

—¿Sabes lo que cuentan? Que cuando capturaron al padre Aitzol en aquel barco y lo llevaron a Ondarreta, un soldado le dio un culatazo tan fuerte que le arrancó un ojo allí mismo...

—Delia, por favor... —protesta Itziar.

No sabe por qué lo ha dicho y se arrepiente al instante, pero hoy los pensamientos de Delia están llenos de golpes, torturas y fusilamientos. Los recuerdos pesan demasiado y tiene que sacarlos de alguna manera. Se conoce bien, sabe que mañana se levantará con otro ánimo, que volverá a ser la Delia de siempre, jovial, animada, pero hoy, en la pantalla interior de su mente, solo pasa la imagen de un ojo ensangrentado sobre la arena.

—Perdóname, Itziar..., de verdad lo siento.

Su amiga le aprieta la mano sin decir nada —no sabría qué añadir — justo cuando siente una tercera mano colarse entre ambas, que deja algo en el bolsillo del abrigo de Delia, dentro del cilindro formado con *El Diario Vasco*.

El gesto ha sido rápido y hábil, habría pasado inadvertido si no estuvieran tan cerca. Itziar da un respingo y alcanza a ver a una familia que se aleja: un padre, una madre embarazada empujando un cochecito, y un niño algo mayor corriendo a su lado mientras trata de llamar la atención del padre. El brazo era del hombre, eso seguro; la mujer quizá ni se dio cuenta. Y el niño mucho menos.

Solo nuestro público podrá ver el hilo invisible que une el brazo del hombre con el abrigo de Delia.

—¿Ese era el doctor Barriola? —pregunta Itziar, atónita.

—Un compañero. Mejor que no sepas su nombre —responde Delia, palpando el tesoro escondido dentro del periódico.

Pero Itziar lo ha reconocido: el doctor Barriola ha atendido varias veces a su madre cuando la gastritis ha arreciado. El cielo está completamente oscuro ya, y de la playa de la Concha han desaparecido los últimos bañistas.

A medida que el tiempo empeora, Itziar empieza a sentir una calma nueva; quizá sea por el encuentro inesperado, aunque ahora Delia deba irse deprisa a casa, a esconder la documentación. En ese momento, empiezan a caer las primeras gotas de lluvia.

—Será mejor despedirnos aquí, ¿no? —dice Delia.

—Y mañana más —responde Itziar.

—Y mejor.

No llegarán a Ondarreta. Ese día no verán la cárcel que se levanta allí. Cuando Delia se aleja, del bolsillo de su abrigo asoma un extremo de *ElDiario Vasco,* e Itziar, con su vista aguda, intenta leer lo que dice el anuncio impreso.

> PREVÉNGASE CONTRA LOS TRASTORNOS GASTROINTESTINALES, INFECCIONES Y COLITIS, BEBIENDO A DIARIO AGUACASTROMONTE «VITA». DELICIOSA AGUA DE MESA.

Itziar toma el sentido contrario. Por el momento su sombrero la protege de la lluvia, pero será mejor que acelere el paso.

23

Vamos a utilizar el poder de la elipsis para saltarnos los siguientes meses, que serán los primeros de una guerra después conocida como la Segunda Guerra Mundial. Esa guerra que en París aún llaman *drôle de guerre*.

Y es que en París la guerra no se hace notar tan áspera como el invierno. Algunos incluso dudan de que haya entrado. No lo veremos en pantalla, pero, aunque en noviembre hayan llegado las primeras nieves, los parisinos todavía tienen a su disposición carbón y mantequilla, aún no se escuchan cañonazos al amanecer, el cielo no está cubierto de humo negro, no hay toque de queda, ni censo ni redadas de judíos. Dicho de otra manera, todavía hay razones para creer que esta guerra es un juego.

Con esas primeras nieves, sin embargo, ha llegado un policía de segunda clase a la embajada de la avenida Marceau: trae consigo la placa número 1599 y un aumento anual de dos mil quinientas pesetas, pero por el momento, y aunque lo haya solicitado formalmente, no le darán coche; tendrá que conformarse con su viejo automóvil. La labor de Urraca será discreta durante los primeros meses de guerra, y esa es la razón de nuestra elipsis. En Marceau 11 no se darán ni cuenta de que ha llegado. Con el paso de los meses, su presencia se volverá cada vez más agobiante. Por ahora, y siguiendo una lista enviada desde Madrid, su misión es recorrer Francia y localizar a rojoseparatistas refugiados en el país vecino. Por el momento eso es todo.

Muchas de las figuras principales de la República están en Francia en el exilio, y son ellos quienes ocupan un lugar honorífico en la lista de Urraca: de Azaña a Zugazagoitia, nadie se le escapa al policía de Valladolid, cuya memoria y perseverancia ya comienzan a ser célebres. Largo Caballero, Federica Montseny, Victoria Kent: todos están en Francia y pronto caerán. También los separatistas, por supuesto, especialmente Lluís Companys.

Pero los movimientos deben comenzar ya, porque muchos rojos se están preparando para huir del país y emprender otro exilio: piden favores a la desesperada, ruegan en las embajadas o se esconden en los rincones más remotos de Europa. Lequerica le repite una y otra vez que tenga paciencia, que de momento no pueden hacer mucho más, que son invitados de un país extranjero. Urraca empieza a sospechar que este bilbaíno es un tibio.

De momento tiene cerca a los separatistas vascos, pero no se preocupa demasiado por ellos. Los controla incluso sin salir de la embajada, y está seguro de que caerán en la trampa. En la lista están todos los consejeros de eso que llaman el Gobierno vasco, salvo Alfredo Espinosa, de quien ya se encargaron los muchachos en 1937, y Astigarrabia, el único miembro comunista del Gobierno, que huyó a Panamá en cuanto tuvo oportunidad; no era tonto, no, Astigarrabia. Pero tiene cerca a todos los demás, le bastaría con cruzar la carretera.

Después de Agirre vienen, en orden alfabético, Aldasoro, Aznar, Gracia, Leizaola, Monzón, Nardiz, De la Torre y De los Toyos. Todos están por el momento en París, todos pasan por Marceau 11, algunos a diario, otros de vez en cuando. Urraca los tiene a mano, aunque por ahora esas manos estén atadas.

A pesar de la frustración laboral, estos primeros meses de guerra son dulces para Urraca, todos los indicios le dicen que pronto podrá

recoger la cosecha de lo que ha ido sembrando toda su vida. Mira su lista (ya es *su* lista) y percibe cada nombre como una casilla que lo acerca a la cueva del tesoro. Intenta practicar la paciencia que Lequerica le recomienda. Los fines de semana pasea por las playas de Normandía con Hélène, o cenan en los mejores restaurantes parisinos. El aumento de dos mil quinientas pesetas pronto se queda corto, pero da igual; si todo va bien —y todo irá bien—, pronto comenzará a entrar dinero a raudales. A veces sale solo, el vallisoletano, pone como excusa el trabajo y se pierde hasta el amanecer en los cabarets más licenciosos de Montparnasse. Le gusta esa vida, la sensación de que todo se puede comprar, la brisa marina de Deauville y los muslos más sabrosos de Montparnasse: siente que se lo merece.

Y precisamente, en uno de esos cabarets debemos colocar ahora nuestra cámara, porque allí ocurrirá un encuentro clave una noche de marzo de 1940. Nombre del cabaret: Carthage. Dirección: bulevar de Montparnasse, 81. Un fresco de la princesa Dido detrás de la barra, con túnica ligera, mirando directamente a los clientes del local. Mientras da un sorbo a su tercer coñac, Urraca se topa con un rostro conocido entre humo y luces rojas. Trata de hacer memoria. ¿Quién es ese joven calvo, sentado solo y que intenta ocultar la cabeza entre los hombros? En el escenario, una mujer con muslos robustos y bonito rostro de caballo canta con una voz incontrolable que escapa de sus labios pintados con exceso.

Brave marin revient de guerre,
Tout doux,
Tout mal chaussé, tout mal vêtu:
Pauvre marin, d'où reviens-tu?
Tout doux.

Ahora la cantante está recostada sobre el piano, desparramadas sus carnes, intercambiando miradas golosas con el pianista. Es una canción para niños, pero mueve tanto sus caderas, resultan tan peligrosas las curvas de sus muslos, que hace que Urraca se maree por un momento.

Sin embargo, no puede quitarse de la cabeza al joven de esa mesa. ¿De qué lo conoce? ¿Dónde lo ha visto? Otro sorbo y ¡clic!, le viene. Lo ha visto salir de Marceau 11 más de una vez. Entonces es eso: trabaja para los separatistas vascos, es uno de ellos. Extraño, sorprendente, porque los santurrones vascongados nunca se dejan caer por los antros de perdición de este Monte Parnaso. Urraca se siente ahora acelerado, el instinto policial despierto, atento a todos los movimientos del joven que parece querer saciar una sed antigua con mucho vino tinto.

Cuando tiene que girarse para hacer un gesto al camarero, el joven se topa con un hombre de mediana edad y entradas pronunciadas que le sonríe con una copa de vino en la mano, adelantándose a sus deseos:

—Paisano, ¿verdad? —le dice el policía—. ¿Te importa? —Y le pide permiso para sentarse sin esperar una respuesta.

Balerdi asiente, mirando fijamente la copa de vino que se le ofrece, y se sientan muy cerca uno del otro, sin decir nada más. En ese momento la cantante desciende del escenario y se mueve entre las mesas, firmeza en su rostro, preciso su gesto y profunda su voz; si no fuera por los pechos que se balancean bajo las lentejuelas, Urraca tendría la sensación de estar frente a un hombre. Pero no, desprende un aroma bien conocido por Urraca, uno muy parecido al de las chicas jovencísimas de los burdeles que frecuentaba en La Habana, y por un momento el agregado policial se pierde en recuerdos de juventud, envuelto en la voz gruesa de la cantante.

Brave marin vida son verre,
Tout doux
Sans dire un mot, tout en pleurant
S'en retourna son bâtiment,
Tout doux.

Urraca se presenta como hombre de negocios. Balerdi le dice que él es músico, barítono bajo para ser más exacto, o un *Heldenbaritone,* como dicen en Alemania. La pronunciación afectada del joven provoca la risa mal contenida de Urraca, y al mismo tiempo le ofrece mucha información sobre el sujeto que tiene enfrente.

—Está bien, muchacho, estupendo. ¿Y cuántos años tienes?

—Veintitrés, señor. Mañana cumpliré veinticuatro.

—¡Vaya! Felicidades por adelantado. Y dime, ¿te gusta la ópera?

—¿Gustarme? ¡Caray, señor! Qué puedo decirle: ¡no hay más dios que Wagner! —dice Balerdi, llenando de gotitas de saliva la cara de Urraca.

Y sobreponiéndose a la aversión que Balerdi le genera, un instinto se despierta en el estómago de Urraca, un hambre nueva y un plan para saciarla.

—Eso es maravilloso, un día de estos tendré que presentarte a mi gran amiga Germaine, entonces —dice Urraca, dando una palmada en el hombro del joven, sin poder creer su golpe de suerte.

—¿Germaine, señor? ¿A qué Germaine se refiere?

—Germaine Lubin, por supuesto, ¡sabrás de quién hablo!

Germaine Lubin es la gran soprano wagneriana francesa, la que cantó *Parsifal* frente al mismísimo Hitler en el festival de Bayreuth de 1938. Balerdi la conoce. Vaya si la conoce. Lo sabe todo sobre ella. Conserva todos sus recortes de prensa, suyos son los únicos discos que compra cuando logra ahorrar algo de dinero. Su adorada Kundry, con gusto abriría las puertas del infierno de la mano de

tamaña *femme fatale*. El que no sabe apenas nada sobre Wagner o Bayreuth o incluso Germaine Lubin es Urraca. Ha conocido a la soprano recientemente, en una recepción informal en la residencia privada de Lequerica, organizada en honor del embajador Pétain, donde se ha desplegado lo mejor de la cocina vasca para seducir al viejo mariscal.

Lequerica no le explicó demasiado el motivo del encuentro. Pero Urraca pronto sacó sus conclusiones. Durante la guerra, no todo el oro español había sido evacuado a Moscú, como creía la opinión pública; la República también había querido proteger parte importante de su patrimonio en Francia, y Franco intentaba ahora recuperar todo aquello. El mejor aliado francés era Pétain, héroe de Verdún, embajador en Madrid en esos momentos, por casualidad y fortuna. La gestión de Pétain era indispensable para que el tesoro volviera a España.

Lequerica estaba muy interesado en el asunto, porque sabía que había más de nueve mil cajas trasladadas por el Gobierno vasco a Francia: oro, joyas y dinero del Banco de Bilbao, obras valiosas de todos los museos vascos, piezas únicas del patrimonio religioso, fortunas de las familias más importantes...; pronto debía devolverse todo ello a sus legítimos dueños. Aquello era de justicia, y además, era necesario para acabar de una vez por todas con la farsa separatista: igual que se les había despojado de su territorio, ahora esos mequetrefes del Gobierno vasco exiliados quedarían económicamente desprovistos y la pesadilla habría acabado para siempre.

Para agradecer la gestión, y aprovechando la visita privada del mariscal, Lequerica organizó un banquete por todo lo alto, tratando de mantener su reputación a pesar de que cada vez sufría con más frecuencia de indigestión y ardor de estómago: porrusalda bien

cargada de mantequilla (innovación de su chef), chipirones en su tinta, bacalao a la vizcaína, *intxaursaltsa* de postre y champán francés, para no ofender al invitado de honor con un espumoso de menor categoría. Pétain (aunque notoriamente casado) se había presentado en la fiesta con su amante (al fin y al cabo, aquello era Francia), una soprano envarada y elegante que había cantado ante el mismísimo Hitler. Se trataba de Germaine Lubin, treinta y cuatro años más joven que el mariscal.

Pero la atención de Urraca no se había detenido en aquella mujer. Sabía que él mismo había sido invitado como figurante en aquella celebración, pero había acudido determinado a sacarle el mayor provecho a la oportunidad. Consciente siempre de los beneficios que la cercanía con el poder podía proporcionarle, trató de seguir la conversación entre Pétain y Lequerica. Quería saber si, al llegar a Madrid y presentar sus credenciales, Serrano Suñer había recibido al viejo Pétain tan fríamente como se decía. Se alegraría si fuera así, pues Urraca siempre había considerado ineludible cualquier lección de humildad dirigida a los franceses.

Pero, para frustración de Urraca, casi todas las frases que pudo escuchar entre el anciano mariscal y el *gourmet* bilbaíno tenían que ver con la gastronomía, incluso cuando se retiraron a fumar habanos. Urraca, que no acostumbraba a fumar, tuvo que esforzarse doblemente para contener las lágrimas mientras inhalaba el humo entre esos dos grandes hombres. Todo en vano. Aprendió cómo lograr un pilpil perfecto, pero nada más.

Ahora, sin embargo, la soprano wagneriana se le presenta como un activo tremendo, y se regocija de su prodigiosa memoria, capaz de recordar el nombre de esa amante envarada que una vez creyó irrelevante.

Entonces el recital de la cantante de rostro de caballo termina. El pianista y ella hacen una reverencia y salen del escenario, entre cuatro tibios aplausos.

—¿Nos vamos a otro sitio? —le pregunta Urraca a su nuevo amigo —. Me parece que tú y yo tenemos mucho de que hablar, y tengo el bolsillo lleno de francos. Además, debería felicitarte el cumpleaños enseguida, ¿no?

Sin decir nada, Balerdi se levanta y sigue cabizbajo al policía de segunda clase hasta el exterior del cabaret Carthage. Se siente aturdido, algo embriagado, totalmente despistado. Quedan cinco minutos para la medianoche.

24

Aintzane tiene cinco años y Joseba casi dos, y llevan más de un año sin ver a sus abuelas. A comienzos de mayo de 1940, el padre de Aintzane y Joseba, José Antonio Agirre Lekube, ha logrado al fin lo que llevaba tiempo planeando: obtener un permiso para viajar a Bélgica. No ha sido fácil: Xabier Landaburu ha tenido que hacer innumerables gestiones, aprovechar todos los contactos disponibles en el país e incluso llegar hasta un coronel del Ejército francés para conseguir un permiso especial para el lehendakari y su familia. El viaje ha tenido que ser retrasado en innumerables ocasiones por estas trabas burocráticas. Aunque, al final, parten.

El frente occidental permanece completamente inmóvil desde que comenzó la guerra, hace ya más de ocho meses, y no hay señales de que la situación vaya a cambiar pronto. El 8 de mayo hacen las maletas y se dirigen a La Panne, ciudad-balneario de la costa belga que desde 1937 ha sido refugio de buena parte de la familia Agirre. Solo serán unas pequeñas vacaciones de dos semanas, largas según el lehendakari, pero se repite a sí mismo que, tras los años de caos y vértigo recientes, su familia merece un poco de descanso y serenidad. «Dos semanas pasarán volando», piensa José Antonio, «estaré de nuevo en la oficina de Marceau antes de lo que imagino.»

Aunque Agirre debería saber que los planes, en tiempos de guerra, rara vez se cumplen.

La familia toma el tren en la Gare du Nord, y pronto llegará a la ciudad portuaria de Dunkerque, a diez kilómetros de la frontera

belga, localidad discreta que en breve —a finales de ese mismo mes, en realidad— estará en boca del mundo entero. Cambian de tren allí y llegan a La Panne al anochecer. Entonces el lehendakari se reúne con su madre, su suegra y siete de sus hermanos y hermanas. Los niños juegan en la playa, los adultos ríen hasta altas horas. Un encuentro feliz. Pero brevísimo. Apenas un hechizo de dos días.

El 10 de mayo, los alemanes pondrán en marcha el llamado Plan Amarillo: la ofensiva relámpago para apoderarse de los Países Bajos, Luxemburgo, Bélgica y, finalmente, Francia.

Como en Bizkaia tres años atrás, los cazas alemanes llegarán también veloces como rayos. Y como en Bizkaia tres años atrás, los Agirre tendrán que buscar refugios improvisados mientras afuera se oyen explosiones y resuenan los gritos. Pero, a diferencia de entonces, esta vez no todos podrán salvarse, y los aviones alemanes cumplirán, esta vez sí, su promesa de muerte: una bomba matará a Cesáreo Asporosa, íntimo amigo del lehendakari y empresario residente en Bélgica. En el mismo bombardeo resultará herida Encarna Agirre, la hermana menor del lehendakari, y tres días después morirá en un desbordado hospital belga, víctima de las heridas infectadas. Encarna Agirre, la tía de Aintzane y Joseba, muere con solo veintiocho años.

Así lo quiere Dios.

Atrapado en la ratonera en la que se ha convertido Bélgica, y tras sufrir las dos primeras bajas, la moral del grupo de vascos toca fondo. Los bombardeos, además, no cesan. Un sacerdote amigo les ofrece la absolución colectiva, convencidos todos de que esas dos primeras bajas no serán las únicas.

Aintzane tiene cinco años y ya sufre la que es la segunda guerra de su vida. Joseba, de casi dos, ya conoce el hedor de la guerra más grande que haya padecido nunca la humanidad.

El padre de Aintzane y Joseba, preparado para morir pero sin intención alguna de hacerlo, no regresará por el momento a su oficina de la avenida Marceau. En lugar de eso, emprenderá otra de sus innumerables huidas, con un nuevo bigote y un pasaporte falso.

Pero eso, como ya hemos dicho otras veces, es otra película, que hoy no vamos a contar. Por nuestra parte, volvemos a París, con la impunidad descarada de los espectadores de cine, a ese París paralizado, incapaz de reaccionar, de hacer otra cosa que no sea aguardar el golpe definitivo del enemigo. La ciudad de la luz se apaga para intentar esquivar los bombardeos.

Primero, incredulidad. Ya una vez estuvieron los alemanes a punto de entrar en París. Y como todo en la historia ocurre dos veces, los franceses piensan que esta vez también se quedarán a las puertas. Confianza total en la Línea Maginot. Sin embargo, bastan seis días de ofensiva alemana para hundir completamente el ánimo galo.

El 16 de mayo, pánico: Churchill vuela a París y se encuentra con un Gobierno que quema papeles a ritmo frenético y prepara la evacuación de todo el gabinete.

El 26 de mayo, desesperación: se pone en marcha la Operación Dinamo, la huida por Dunkerque.

Incredulidad, pánico, desesperación.

Esta vez, al parecer, los alemanes sí van a entrar.

En la sede del Gobierno vasco, en ausencia del lehendakari —sin saber siquiera si está vivo o muerto—, se repiten las mismas oscilaciones emocionales. Al principio, como Agirre había dejado a su marcha un rastro de optimismo, se muestran calmados y confiados: no pasarán. Pero cuando oyen hablar de los bombardeos en Bélgica (e incluso llegan rumores de que podría haber víctimas vascas),

aparece la inquietud. Y cuando se enteran de lo que está ocurriendo en las Ardenas, los tanques acercándose a París, el terror es absoluto. Empieza la cuenta atrás. Las decisiones que se tomen en los próximos días condicionarán por completo los siguientes acontecimientos de esta historia.

No os preocupéis —no es nuestra intención llenar de angustia el estómago de los espectadores—: todos los consejeros del Gobierno vasco lograrán salvar la vida, tras incontables dificultades, noches de insomnio, sobornos, oraciones, detenciones, mareos y lágrimas. También Agirre lo conseguirá.

Todos los consejeros, hemos dicho, pero no es cierto: habrá uno que, en medio del caos que domina Francia, se verá obligado a huir a pie, alimentándose durante días solo de terrones de azúcar, primero hacia el sur y luego hacia el norte, al comprobar que no hay escapatoria por ningún lado. Su salud no resistirá el penoso éxodo. Se trata de Juan Gracia, consejero de Asistencia Social, miembro del PSOE, responsable desde 1937 de ayudar a los refugiados dentro del Gobierno de Agirre. Ayudó a miles de personas, pero no pudo salvarse a sí mismo. Juan Gracia, dondequiera que estés, que sepas que, aunque solo sea un momento, en esta película te hemos tenido en mente.

Pero cuando los tanques se acercan a París, no solo comienza el segundo o tercer éxodo del lehendakari y sus consejeros, no solo empieza la última marcha de Juan Gracia. Ya lo hemos dicho: nuestra película no es esa. Nuestros protagonistas no son esos hombres de gobierno, sino los hombres y, sobre todo, las mujeres valientes que viven en la paz de Franco y cuyas vidas muy pronto van a verse sacudidas para siempre.

Dan ganas, desde esta posición de dioses, de gritarles, de atravesar el tiempo y el espacio con fuegos artificiales, de llamar su

atención y alertarles como sea: «¡Salvaos! ¡Aún estáis a tiempo!, ¡corred!». Pero somos dioses limitados. Podemos ver qué hacen nuestros protagonistas ahora, pero ellos no pueden vernos, ni percibir nuestra preocupación, ni nuestra alerta, ni nuestros gritos.

Por ejemplo, Delia. ¿Qué estará haciendo Delia Lauroba en su casa de Donostia? Pues, fiel a la costumbre adquirida desde que comenzó la guerra en Europa, está de pie en la cocina, sola, dejando que se enfríe una taza de achicoria mientras ojea *El Diario Vasco,* incrédula ante lo que acaba de leer:

> PARÍS ES DECLARADA CIUDAD ABIERTA Y SE RETIRAN LAS FUERZAS QUE LA DEFENDÍAN

El corresponsal extranjero cuyo nombre no figura da seguidamente las cifras de Dunkerque bajo el titular CIFRAS TREMENDAS:

> Soldados muertos y heridos 400.000
> Soldados capitulados 400.000
> Soldados belgas hechos prisioneros antes de la capitulación 80.000
> Soldados hechos prisioneros en la batalla 330.000
> Total de hombres perdidos 1.210.000

¿Y Bittori? Pues la vemos ocupada, como siempre, entregada a la acción. En las últimas semanas la historia ha cambiado de dirección: ahora los fugitivos llegan del otro lado, intentan pasar de Francia a España, y el grupo del Baztán se esfuerza por atender a quienes consiguen cruzar, aunque la Guardia Civil, como siempre, les pise los talones. A su lado están Agustín y Felicitas Ariztia, como de costumbre. Tras año y medio de prisión han dejado por fin en libertad a su cuñado, el pintor Javier Ziga, y la familia Ariztia respira algo más tranquila, por el momento.

¿Y en qué anda Itziar Mujika? Trabaja sin descanso Itziar, arrebatada, prepara el escaparate de verano, esboza nuevos

diseños, revisa facturas y albaranes, y compra huevos, cuando puede, con la cartilla de racionamiento. Eso, por fuera; pero desde aquí, en nuestra faceta de dioses limitados, podemos verla también por dentro, y enseguida sabremos que tiene las entrañas completamente revueltas, sobre todo por culpa de su hermano Iñaki, que sigue en París. La comunicación con él se cortó a finales de mayo. La madre pregunta a menudo:

—¿Alguna noticia de Iñaki?

E Itziar responde que no, todavía nada.

—Pero estará bien, ¿verdad, hija?

—Sí, seguro, cómo no, ¡ya sabe usted cómo es!

Pero no quiere pensarlo, no quiere pensarlo, no quiere pensarlo. Y entonces trabaja, trabaja, trabaja. En casa, en la tienda, en la cola del mercado. No puede estarse quieta.

Tere Verdes también pasaría muchas horas en la librería, buscando la calma en el arrullo repetitivo de la imprenta, leyendo una novela cuando no aparece ningún cliente; pero su madre está enferma desde comienzos de la primavera y tiene que cuidarla. La mujer ve la muerte cerca —Tere no cree que la situación sea tan grave, pero quién sabe lo que querrá Dios esta vez—, y se pregunta si podrá volver a ver a su hijo Pepe, preso desde el 37, siquiera una última vez antes de morir.

Y sí, de repente Pepe queda libre, quién sabe por qué. Del mismo modo que a otros los han puesto frente al muro del cementerio a Pepe Verdes lo han liberado, y la esperanza se enciende en casa de los Verdes, aunque la madre esté enferma y, de vez en cuando, el Tribunal de Responsabilidades Políticas siga imponiendo multas absurdas que hunden a los Verdes en una deuda gigantesca.

Y por último tenemos a Luis Álava, en su lugar de trabajo, repasando una prensa averiada y dando instrucciones precisas a dos

obreros para repararla. Sí, don Luis, claro que sí, don Luis, como usted mande, don Luis. Termina su jornada, coge el coche —el Citroën que ya conocemos— y, en lugar de ir a casa, se dirige a la prisión de Nanclares. Es el suyo un rostro familiar para los carceleros: el ingeniero acude cada semana, sin faltar ni una sola vez. También hoy estará allí, visitando a los sacerdotes presos, y les dirá que es cierto lo que se dice, que los rubios han entrado en París, que se ha firmado el armisticio, que todo se ha perdido, que así lo ha querido Dios.

25

Cuando los nazis entraron en París el pánico que se originó fue tan grande que incluso los amigos de los *boches* emprendieron la huida. La España de Franco trasladó su embajada a Burdeos, y allí se tuvo que instalar Lequerica, profundamente disgustado porque su chef había desaparecido en medio del caos de la evacuación.

Antes del amanecer del 15 de junio, presa del insomnio, también Urraca tuvo un mal presentimiento; así que despertó a su esposa, la subió al coche, y se unieron a aquel éxodo de millones. Dejaron la capital entre el humo negro, avanzando lenta, muy lentamente. Urraca temía que, en un momento de confusión, pudiera recibir un disparo de unos o de otros. Mejor huir, pensó. Y se marchó. Dejando a su hijo y a su suegra en la cama.

Pero ya sabemos —porque lo vimos en la primera secuencia de esta película— que poco después Urraca volvió a París. Fue una huida corta, la del matrimonio Urraca. Tan pronto como las cosas se calmaron —las esvásticas balanceándose ufanas aquí y allá—, regresaron. Y ahora Urraca se siente cómodo en ese París color *feldgrau*. Tan cómodo que, una tarde de julio, se presentó resolutivo junto a cinco miembros de la Gestapo hasta el número 11 de la avenida Marceau, sabiendo perfectamente lo que iban a encontrar allí.

Así empezaba nuestra película, ¿lo recordáis? Habíamos retrocedido en el tiempo, pero por fin hemos llegado al punto de

partida. Es decir, el *flashback* ha concluido. Ese largo *flashback* que comenzó cuando Itziar Mujika llegó a Irún en tren.

Y ahora sabemos —o al menos sospechamos— algo que antes nos resultaba misterioso.

Por ejemplo, por qué está ahí Urraca con la policía alemana.

Todo empezó a cocinarse una noche de marzo. Ha sido un trabajo sutil y lento, que le ha exigido mucha paciencia y pagar muchas copas de vino en todos los cabarets de Montparnasse —¡y hay tantos cabarets en Montparnasse!—. Pero Balerdi le ha proporcionado lo que necesitaba. Aunque la mayoría de los mequetrefes vascongados se le habían escapado, en el número 11 de la avenida Marceau aguardaban miles y miles de folios, decenas de cajas, bien ordenadas por el propio Balerdi. Al final, todo resultó más fácil de lo que parecía. *In vino veritas,* como suele decirse. Y Balerdi bebe vino en abundancia, sobre todo cuando es otro el que paga.

Así ha sabido Urraca del rencor de Balerdi hacia sus compañeros, de la frustración que le provoca su talento artístico —o más bien la falta de él—, del sueldo miserable que le paga ese Gobierno de separatistas que no le deja llegar a fin de mes, de sus deudas, del frío que pasa en su buhardilla de Belleville. Incluso resulta aburrido exprimir a un hombre con tantas debilidades. Pero, como profesional que es, Urraca no se detiene hasta alcanzar su objetivo.

Y durante aquellos días infames de mayo supo, paso a paso y casi en directo, cómo se había cocido el desorden y el caos en el 11 de Marceau: cómo los vascos habían perdido primero a su líder, y enseguida su serenidad y su proverbial *savoir faire*.

El primer plan, al parecer, fue quemarlo todo. En eso andaban Onaindia y los demás sacerdotes que permanecían junto al Gobierno vasco a mediados de mayo. Pero no había tiempo para quemarlo

todo (el papel arde más despacio de lo que uno imagina), había que huir, y además sería una pena arrojarlo todo a las llamas, se perdería para siempre un patrimonio valioso.

El diputado francés Ernest Pezet les dio una idea entonces: sacar todas las cajas de París y guardar la documentación en una residencia que él tenía en Bretaña. También les proporcionó el contacto de una empresa de transporte de confianza, con sede en el bulevar Garibaldi.

Jesús María Leizaola, que en estos días frenéticos ha asumido las funciones de mando ante la ausencia de Agirre, le confía la gestión nada menos que a Balerdi.

Como en la empresa de transportes no responden al teléfono, Leizaola le ordena a Balerdi que vaya en persona al bulevar Garibaldi. Le entrega un sobre con varios billetes. Antes de que Balerdi se ponga en marcha, le dice que ha conseguido dos billetes más, un pequeño extra para acelerar el transporte, no hay tiempo que perder. Y Balerdi guarda el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cuando regresa dos horas más tarde, solo quedan Leizaola y Onaindia en Marceau. La mayoría se ha ido a Burdeos; los más rezagados están en casa preparando las maletas. Toda la documentación del Gobierno vasco en el exilio está ya guardada, con esmero, en sesenta y dos cajas apiladas en dos salones de la primera planta. Balerdi les dice que todo está solucionado. Que los operarios de la empresa de transportes vendrán a las ocho de la mañana y que para antes del mediodía las cajas estarán fuera de París. Tranquiliza Balerdi a los hombres agotados, que no han dormido en tres días. Si quieren, se ofrece, él puede quedarse a pasar la noche allí —señala un canapé en uno de los salones—, para asegurarse de que no hay ningún problema y ayudar con el traslado

a primera hora. A los demás les parece bien. Le entregan incluso las llaves del edificio.

—Y cuando todo esté listo —le dicen—, tú también deberías marcharte de París, cueste lo que cueste.

Él les responde que sí, claro, que regresará con su familia a San Juan de Luz, que pronto volverán a verse, que se vayan ya de una vez y no se preocupen por nada. Pero Balerdi no tiene la menor intención de abandonar París. ¿Cómo iba a hacerlo ahora, si la gran soprano wagneriana Germaine Lubin está dispuesta a darle clases? Aún no conoce a Lubin, pero Urraca le ha asegurado que, en cuanto pase este delirio, se la presentará. Y cuando Balerdi, impaciente, ha insistido un poco, Urraca le ha garantizado que la cantante ya ha aceptado tenerlo como alumno protegido, que le dará clases una vez por semana en su piso de la avenida Foch.

No, no piensa huir de París: de momento comprará toda la comida y bebida que pueda y se esconderá en su pequeño apartamento de Belleville, hasta que pase todo el alboroto. Luego, el futuro le estará esperando. Lo único que tiene que hacer es coger el dinero de Leizaola y asegurarse de que las sesenta y dos cajas no se muevan del sitio. Eso le ha prometido Urraca.

Y así lo hará. Vaya que sí.

Y de esta manera es como llegamos al principio. Una avenida elegante, en París. ¿La naturaleza misma de la arquitectura no basta? Añadiremos entonces un rótulo. El rótulo dirá:

PARÍS. Y junto al nombre, el año: 1940.

¿Lo recordáis? Quizá, con todo lo que ahora sabemos, deberíamos repensar esa secuencia inicial, enfocarla de otra manera, cambiar algunos detalles.

Por ejemplo, no teníamos claro si Urraca y la policía alemana habían entrado por la fuerza en el número 11 de la avenida

Marceau. Ahora sabemos que tenían la llave: se la dio Balerdi.

Imaginamos a uno de los rubios sacando un informe de un archivo y pasándoselo enseguida a Urraca. Ahora sabemos que no había ningún archivo, o que, de existir, estaría vacío. Toda la documentación estaba en las cajas de los dos salones del primer piso: eso les dijo Balerdi.

Si lo pensamos bien, podemos suponer que cuando los *boches* y Urraca entraron en Marceau 11 probablemente ni siquiera miraron los papeles. Ya habría tiempo para eso después. Recorrerían de arriba abajo el hermoso *hôtel particulier,* comprobarían que las cajas llenas de documentos estaban en el lugar convenido, y se marcharían sin más, dejando la elegante mansión en manos de sus aliados españoles. Ahí acababa la tarea de los alemanes: tenían que conseguir muchos otros documentos, entrar en otros edificios, seguir con otras cacerías, conquistar toda Europa. *À chacun son truc!*

Y los camaradas españoles usarán bien el edificio a partir de entonces, aprovechando su cercanía a la embajada: agregaduría militar, Comisión de Recuperación de Bienes, servicios de seguridad y sede exterior de la Falange. Todo eso será a partir de ahora este inmueble que, hasta hace poco, hacía ondear la ikurriña en sus mástiles.

O dicho con otras palabras: aquel palacete de la avenida Marceau, antes símbolo de resistencia, se convertirá en el centro francés del fascismo español —un espacio de robo, persecución, delación, tortura, muerte—, el hijo pequeño, pero adelantado, de los otros fascismos que llegan a Europa.

Pero eso no ocurrirá en un solo día: sucederá a lo largo de los años siguientes, hasta el final de la ocupación, el 24 de agosto de 1944. Serán cuatro años, largos, llenos de miedo y miseria; cuatro años durante los cuales no será posible acelerar el ritmo de la vida

—no habrá *fast forward* posible— para ver qué viene después. Para muchos, millones y millones de personas, no vendrá nada: solo la eternidad ciega y muda de la muerte.

¿Cómo expresar eso a través del cine? No podemos.

Está claro que necesitábamos una imagen firme para abrir la película, un acontecimiento definitivo, un gesto que contara muchas cosas. Por eso colocamos en el centro de la secuencia aquel archivo, y las manos alemanas que extraían un informe: el que un año antes había estado sobre el escritorio del lehendakari Agirre, y que en nuestra película abreviamos bajo el título de SERVICIO INTERIOR.

Los espectadores sabrán perdonarnos la invención. Entienden ahora por qué lo hicimos. Necesitábamos a la Gestapo rasgando la pantalla y la maliciosa sonrisa de Unamuno helando la sangre del público. Porque lo que realmente ocurría en Marceau —la maquinaria burocrática de un Estado fascista, la rutina gris de la muerte por decreto, el sadismo velado de los memorandos y las circulares, el triunfo del reino de los eufemismos— es algo muy poco cinematográfico.

En cualquier caso —y sigamos adelante sin más debates artísticos —, sabemos con seguridad que aquel informe especial llegó a las manos de Urraca, y que él también, como hemos hecho hace no mucho, lo leyó: «Pepita captó y convenció a Shalus. Al poco tiempo se unía a ellas la esposa de uno de los presos: María Elortegi. Seguidamente se captó a Timotea Ariz. De las *emakumes* partió el impulso».

Y, reconociendo la importancia del informe, Urraca lo envió a Madrid. No sabemos si lo hizo de inmediato; quizá retrasó un poco el envío, pues tenía mucho trabajo entre manos en ese momento: su lista tenía setecientos nombres, y ahora sí, había recibido permiso para tacharlos uno a uno.

Primero va a por Azaña, el pez más gordo. Después, Lluís Companys. Los ministros Julián Zugazagoitia y Joan Peiró caerán también en su trampa. Todos ellos estarán muertos antes de lo que nadie imagina.

Tachando nombres, uno a uno, Urraca.

Muy ocupado, Urraca.

Pero sabemos que de algún modo encontró tiempo, y que el informe llegó a Madrid. Y que se pulsaron las teclas. Una letra tras otra. Y las letras formaron palabras. Y esas palabras, frases largas. Estas:

> **DILIGENCIA.-- EN MADRID Y SU COMISARÍA DE ESTADÍSTICA, SIENDO LAS DIECISIETE HORAS DEL DÍA VEINTIUNO DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA, SE EXTIENDE LA PRESENTE PARA HACER CONSTAR SE RECIBEN, PROCEDENTES DEL QUINTO NEGOCIADO DEL ALTO ESTADO MAYOR, LOS DOCUMENTOS QUE SE UNEN A LAS PRESENTES, CON LA ORDEN DE QUE, DADA LA IMPORTANCIA DE SU CONTENIDO, SE PRACTIQUEN LAS MÁS ACTIVAS GESTIONES PARA EL TOTAL ESCLARECIMIENTO DE CUANTO EN LOS MISMOS SE SEÑALA E INMEDIATA DETENCIÓN DE LAS PERSONAS RESPONSABLES.**

Y, poco después, empezó la cacería.

26

Un momento. ¿Tenemos la seguridad de querer ver lo que viene ahora? Sí, queremos ver la nieve, ¿quién no quiere ver la nieve, ese maquillaje perfecto del mundo? Queremos ver la versión invernal del valle del Baztán, blanca y silenciosa. El humo escapando de las chimeneas, promesa de calor bajo la capa helada. Ese cielo bajo, a punto de romperse. Crac. El vuelo del águila. Ecos salvajes en la distancia. La postal. Clic. Todo eso queremos verlo.

Lo que no queremos ver es cómo, cuando faltan dos minutos para las diez de la mañana, los motores de dos coches rompen el silencio blanco. Cómo ensucian la nieve recién caída con aceite y gasolina. Cómo ahuyentan al águila. Cómo quedan los habitantes de Elizondo petrificados, escondidos tras las cortinas, conteniendo el aliento para ver dónde se detendrán los vehículos.

Y se detienen justo frente a las casas que todos sospechaban: el primero, delante de la de los Ariztia. El otro, frente a la fonda Polonia.

No queremos verlo, pero ya que vamos a hacerlo —no podemos cerrar los ojos a estas alturas, ¿verdad?—, decidamos: ¿desde dónde queremos ver la escena? ¿Desde dentro? ¿Queremos estar junto a Agustín Ariztia, cuando le atan las muñecas a la espalda y de un golpe lo hacen caer de rodillas? ¿Queremos oír, desde tan cerca como Bittori Etxeberria, los gritos y los insultos? ¿Queremos escuchar las burlas que suenan mientras dejan que Felicitas Ariztia vaya a vestirse?

¿O preferimos quedarnos fuera, junto a los coches, con nuestros pies invisibles que no dejan huella sobre la nieve, tan silenciosos como el pueblo mismo, esperando ver quién, cómo y cuándo sale por la puerta?

La espera puede hacerse larga. Nuestra imaginación puede pintar un cuadro más cruel que la propia realidad. El silencio puede desgarrar los tímpanos. Esta espera es dolorosa. Nos duele, ¿verdad?

Por fin salen. Ahí vienen. Dos policías y dos detenidos: Agustín y su hermana Felicitas, Feli, Felitxu. Directos al coche, con las manos atadas. De la fonda Polonia sale una sola detenida, rodeada por otra pareja de policías: es Bittori Etxeberria. La han metido en el otro coche. Menos mal que Esteban no estaba en casa, piensa Bittori, recordando a su hermano, al menos él se ha librado.

Y los motores se encienden. Los tubos de escape exhalan humo negro. Los dos automóviles se alejan deprisa.

Y vuelve el silencio. Y pronto volverá el águila. Los habitantes de Elizondo, tras las cortinas, permanecerán largo rato quietos, mirando la nieve sucia.

—¿De qué tienes miedo, mujer? —le dice a Bittori el policía que conduce, mirándola por el retrovisor mientras se acercan al puente de Endarlatsa—. No serán más que unas preguntitas, enseguida estarás de vuelta en casa.

La noticia corre como la pólvora. Han caído los navarros. Ha caído Bittori. Con Bittori empezó todo, decía el informe, y con ella terminará. Ya lo saben en Donostia, en Vitoria, en Pamplona, en Bilbao, en Bayona y en París. Todos lo saben.

Pero la red no se ha movido. Queda tensa. Quieto todo el mundo. A la espera. Nadie ha huido. Nadie puede huir. ¿Adónde irían? Los alemanes han llegado hasta Hendaya. Nadie puede ayudarles ni de

un lado ni del otro. Atrapados en las pinzas del cangrejo, todos se aferran a la rutina. Qué pueden hacer si no. ¿Abandonar a la familia y emprender una fuga imposible?

Tere Verdes tiene una madre enferma que cuidar, y un hermano recién liberado de la cárcel con la mirada perdida y un sarpullido crónico en la espalda. Itziar Mujika debe seguir haciendo sombreros, y espera en colas interminables para conseguir leche, huevos y, cuando se puede, un poco de pollo para su madre y su hermana inválida. Luis Álava sigue asistiendo cada día a la fábrica donde trabaja, aunque por la noche, arrodillado en su habitación, pide consejo a Dios. Delia pasa las Navidades con sus padres y con la madre de Joxe. Pasar es un buen verbo, porque desde luego no hay mucho que celebrar. Querría preparar a su padre y a las dos ancianas para lo que se avecina, pero no sabe por dónde empezar. Cada día es peor que el anterior, aunque en la superficie parezca que nada sucede.

Lo cierto es que no tienen adónde escapar y, en su fuero interno, la mayoría piensa que no han hecho nada grave. Están dispuestos a dar la cara. A reconocer su trabajo en favor de los presos. A presentar los principios de la caridad cristiana como coartada.

Mientras tanto, los navarros ya han llegado a Madrid. Primero los tuvieron encerrados en unas carboneras de la calle Okendo, en Donostia, sin explicación alguna. Allí perdió Bittori el miedo a las ratas, para siempre. Luego los metieron en un tren. Tuvieron que pagarse ellos mismos los billetes hasta Madrid.

Por ahora nadie les ha preguntado nada. Solo obtienen silencio. Órdenes secas: Calla. Cabeza abajo. No mires allí. No saben ni de qué se les acusa, ni lo que saben los demás. Miranda de Ebro, Burgos, Valladolid, Madrid.

Y llegan.

Ahora están en la estación del Norte, esperan a un canguro. Eso les han dicho. Han pasado veinticuatro horas en una celda improvisada de la estación, sin saber qué es un canguro, esperando. Se imaginan un animal de fantasía que los llevará de un salto hasta Australia. Pero no es más que una jaula, una jaula con ruedas.

Allí han metido a Bittori, a Felicitas y a Agustín, junto con otros tres desgraciados que han aparecido a última hora de aspecto harapiento y acento andaluz.

—Maquis —le ha susurrado Agustín a su hermana, y no han vuelto a hablar en todo el viaje.

Y entonces han visto Madrid. Lo que queda de Madrid.

Ruinas y hambre. Mutilados y banderas. Cárceles y desfiles.

Esto es Madrid ahora. Y un rótulo nos lo confirma:

MADRID, NAVIDAD DE 1940.

Acto III

27

Y Madrid es, efectivamente, una tumba: pero no del fascismo. Más bien es un agujero abierto donde yace un cuerpo gigantesco que ni aquellos que dicen haber ganado la guerra son capaces de levantar.

Y también es una trampa, la ratonera de aquellos que resistieron hasta el último momento. Han caído miles en ese lazo, y seguirán cayendo. Porque algunos delatan. Por eso no hay escapatoria posible en Madrid: está lejos el mar y más lejos aún los Pirineos.

Y las mujeres, vestidas con abrigos mil veces remendados, la cabeza cubierta con un pañuelo que las protege del frío, se caen redondas sin hacer ruido, como cae la nieve, mientras hacen cola para conseguir cualquier cosa que echar al puchero de nochebuena.

Y los hombres, fumando con la única mano que les queda, salen del metro de Callao, y se quedan mirando los escaparates vacíos de la Gran Vía, atentos a las cicatrices de su cara, intentando recordar que han ganado la guerra.

Pocas casas se mantienen intactas, y las carreteras están todas agujereadas. Rotas las persianas, cerradas para siempre como los ojos de los muertos. Y en la oscuridad de los hogares se reúnen las familias recompuestas en torno al brasero. Las que auxiliaron al huérfano del piso de arriba, las que tuvieron que acoger a la sobrina del pueblo. Y pasar hambre juntos los unirá para siempre. Y en estas Navidades, las de 1940, no hablarán del padre muerto a orillas del Jarama, ni de la prima que les fusilaron en el cementerio del Este. De eso no se habla. No se hablará nunca.

Y en la plaza Mayor han puesto dos soldados de ojos vidriosos a cuidar un belén descolorido. Figuras desgastadas todas: a la mula le falta una oreja, al buey los dos cuernos. María y José aparecen delgados, llenos de piojos, probablemente aquejados de tifus, y el niño, casi desnudo sobre la paja sucia, tose como si se fuera a morir de tuberculosis antes de que llegue el amanecer.

Uno de los soldados que hace guardia, víctima del aguardiente de estraperlo que cayó en sus manos la noche anterior, le dice a otro que no podrá resistir las ganas de vomitar, y este le responde que difícilmente se lo perdonará el niño Jesús y que piense bien en las consecuencias de sus actos.

Y los niños —que no puede decirse que sean de carne y hueso, sino más bien de pellejo y hueso—, con zapatos de suela de cartón que se deshacen en los charcos que va formando la nieve, se deslizan sobre los raíles del tranvía y luego echan a correr tras los pocos coches que suben por la calle Leganitos: ¡Una moneda, caballero! ¡Un caramelo, señora! Hasta que uno de aquellos niños de pellejo y hueso se atreve a lanzar una piedra, justo cuando el último coche pasa raudo sin hacerles caso y los deja atrás.

La piedra no llega a ninguna parte, se amontona sobre otros cascotes y escombros. Y los niños ríen, salvajes y desdentados, se empujan y se pican entre sí, mientras uno dice que los Reyes Magos le traerán una peonza, y los demás dudan entre creerlo o no.

Y de repente ven pasar un canguro calle Leganitos arriba, y no se han atrevido ni a pedirle una moneda ni a lanzarle una piedra. Apenas han mirado más allá de los barrotes. Sin necesidad de decirse nada, los niños han echado a correr en dirección contraria, siguiendo su instinto, ese instinto salvaje de los niños de la posguerra, con los calcetines agujereados y empapados, mientras el

canguro —saben perfectamente lo que es un canguro— llega sin ningún incordio hasta la calle Fomento.

28

Le han preguntado su nombre, el nombre de sus padres, la fecha de nacimiento, la dirección de su domicilio, su profesión. Están sentados alrededor de una mesa, en una sala de techo alto. Un policía con corbata teclea lentamente en la máquina de escribir, sin transmitir emoción alguna: el clac-clac-clac de las teclas hace que todo parezca un mero trámite burocrático. Aun así, Bittori mide sus palabras. Quiere pensar tres veces todo lo que dice antes de dejar que salga de su boca. Pero solo le preguntan su nombre, el nombre de sus padres, la fecha de nacimiento, la dirección de su domicilio, su profesión.

Después, a otra habitación. Una sala sin muebles. La empujan con un golpe seco y la tiran al suelo. Hay mucha más gente en el suelo. Todas mujeres. De todas las edades. Chiquillas de unos catorce años y ancianas que ya han perdido todos los dientes. Nadie habla. Algunas tienen moratones en la cara, otras no paran de toser. Pero no ve a Agustín ni a Feli; ¿estarán en otra sala?, ¿los habrán separado al fin? Tiene sed, pero no se atreve a pedir nada. Intenta cerrar los ojos: quisiera pensar con claridad, pero está demasiado cansada para eso.

Es de noche cuando les traen un puchero. Hacen fila, cada una con un cuenco pequeño, para poder beber de aquella agua sucia que llaman cena. Una vez llenado el recipiente, todas vuelven a sus rincones en el suelo. Algunas hablan ahora, una anciana gime por su hijo. Por lo visto, deben dormir allí mismo, en el suelo, y Bittori está

tan cansada que se adormila sentada contra la pared. Es un sueño espeso, acompañado por el dolor de garganta y la leve fiebre que arrastra desde sus días entre ratas en San Sebastián.

Pero ya de madrugada, unas patadas. La despiertan con la punta metálica de una bota. «Tú, arriba», le dicen, y como le cuesta levantarse, dos soldados la agarran por los sobacos. Ha llegado el momento, pues: el instante de pensar tres veces antes de hablar. Antes que nada, comprobar lo que ya saben, negarlo todo si se puede, y si no se puede, al menos no dar información nueva. Bittori ha imaginado muchas veces este momento. No es tan ingenua. Pero como tiene la conciencia limpia, cree que podrá mantenerse firme.

La llevan al piso de arriba, se abre otra puerta. Una oficina con dos hombres en mangas de camisa, las chaquetas colgadas en sendas sillas. Papeles sobre la mesa. Un teléfono negro. ¿Otro trámite burocrático? ¿A las tres de la madrugada? Detrás de ella, cierran la puerta. Los soldados se marchan y la dejan sola con los hombres de camisa. Uno de ellos, el más joven, se le acerca. Le sonríe. Enciende un cigarrillo.

—¿Victoria Etxeberria?

Antes de que pueda contestar, llega la primera bofetada, en la mejilla izquierda (con la otra mano el hombre sujeta impertérrito su cigarrillo), tan violenta que le hace girar la cabeza y le provoca un latigazo en el cuello. Entonces se acerca el otro policía.

—¿O deberíamos llamarte Pepita Etxano?

Y el otro policía, el mayor de los dos, de unos cuarenta años, le da otra bofetada, aún más fuerte, en la mejilla derecha. Con ese segundo golpe pierde las gafas. Bittori siente tambores en la cabeza, las mejillas ardiendo, el sabor metálico de la sangre en la boca. Aunque lo pensara tres veces, no sabría qué decir. Pero no importa: pronto se da cuenta de que no esperan palabras de ella, porque sin

preguntarle nada, el joven le lanza un puñetazo al estómago. Bittori se dobla sin poder respirar. Un golpe no tan fuerte en la nuca del otro policía basta para dejarla en el suelo.

Desde el suelo, casi sin ver nada, intuye los pasos del policía más viejo. Tiene los zapatos tan cerca del rostro que hasta un miope podría verlos bien. El instinto la lleva a taparse la cara con las manos, pero esta vez no llega el golpe. Ahora el policía de zapatos relucientes lee en voz alta unos papeles, como si recitara un monólogo teatral, gesticulando:

—«Pepita captó y convenció a Shalus. Al poco tiempo se unía a ellas la esposa de uno de los presos: María Elortegi. Seguidamente se captó a Timotea Ariz. De las *emakumes* partió el impulso».

Entonces sí, llega la patada, pero no en la cara, sino en el estómago. Otra vez le cuesta respirar.

—Ay, Pepita, Pepita, no sabes en qué te has metido...

Vuelven las patadas, por delante y por detrás, los dos policías sincronizados. Bittori cree oír cómo se le rompe una costilla: crac. De repente escucha un grito, un alarido, y se da cuenta de que sale de su propia garganta. Las puntas de las botas se detienen. La ayudan a levantarse. El joven policía le da agua: «Bebe tranquila, mujer», y el otro recoge del suelo sus gafas y se las devuelve. Bittori querría palparse el pecho en busca de la costilla rota, pero no se atreve.

Pulsan el timbre bajo la mesa y entran los soldados. Cogen a Bittori como quien agarra un trapo sucio. El policía joven le tiende un pañuelo blanco antes de despedirse. Bittori lo toma con las manos temblando.

—Hasta luego, Pepita.

—Feliz Navidad, Pepita.

Baja un piso con los soldados, las piernas flojas, el pecho dolorido, la cara ya hinchada. La sientan otra vez en el rincón donde dormía;

apenas se despiertan las demás detenidas, entre quejidos, ronquidos y pesadillas. Pero hay una mujer, que se presenta como Manoli, que la ayuda dulcemente a limpiarse los rastros de sangre con un pañuelo.

—Siempre es así la primera noche —le dice—. No preguntan nada. Lo llaman «la primera pasada», para ablandarte. Con un poco de suerte, no te pegarán tan fuerte a partir de ahora.

El dolor empieza a florecerle por todo el cuerpo: en el pecho, en el estómago, en la cara. Y Bittori casi agradece esos dolores dispersos, porque mientras se concentra en ellos, no tiene que pensar en lo que vendrá después. La noche se vuelve entonces más oscura. Siente cómo la fiebre le sube y, justo cuando casi logra dormirse, un grito la despierta. Mira a Manoli, que ronca tranquila, acostumbrada a esos alaridos. Bittori se queda en vilo. No puede asegurarlo, pero juraría que la voz que le llega desde el piso de arriba es la de Agustín. Sí, está segura: es Agustín, gritando desde arriba.

—¡No! ¡A mi hermana, no! ¡Cobardes!

¿Desde cuándo eres del partido, Pepita? ¿Qué se te ha perdido a ti en esos asuntos? ¿Quién te hizo presidenta de la Asociación de Mujeres Nacionalistas de tu valle? ¿E-ma-ku-me-a-ber-tza-le-ba-tza? Jajaja, vaya nombre. ¿Qué hacías el 18 de julio de 1936? ¿Cuántas veces has cruzado de forma clandestina la frontera francesa desde entonces? Enséñanos en este mapa el recorrido que hacías. ¿Cuántas veces sola y cuántas con Agustín Ariztia? ¿No te daba miedo andar sola por el monte? ¡Valiente eres, Bittori! ¿A cuántos separatistas ayudaste a cruzar la frontera? ¿También a los rojillos, Victoria? ¿Tú, tan católica como eres? ¿Por qué, Bittori, cómo se te ocurrió algo así? Y dinos, ¿quién te trajo desde Santoña el pacto con

los italianos? ¿Cómo hiciste el camino de Aldudes a Bayona? ¡Aventurera! Pepita bonita, ¿en qué hotel te alojaste en Bayona, te acuerdas? ¿Quién es Shalus Lasalde? ¿Cuántas veces has estado en Donostia este último año? Victoria de mis amores, ¿quién es Timotea Ariz? ¿Dónde vive? Has ido también a Bilbao, ¿verdad? Bittori, ¿quién es María Elortegi? ¿Cuál es su dirección? ¿Quién era el marido de María Elortegi, el desgraciado que fusilaron? ¿Y en Vitoria? ¿Cuántas veces has estado en Vitoria? ¿Qué tren solías coger para ir? ¿Qué es este continuo ir y venir, Pepita? ¿No te cansas? ¿Quién es tu amigo especial de Vitoria, Bittori? ¿En qué calle vive? Mira este mapa. Dinos dónde vive Vicente Viteri. Que nos los digas, coño. ¿Cuántas veces has estado en su casa? ¿Por qué le llevaste una radio? ¿Cuánto dinero le diste a Vicente Viteri? ¿Y quién te dio ese dinero a ti? ¿Te has encamado con Vicente Viteri? ¿Cuántas veces, pedazo de puta? ¿Te gustó, zorra? ¿Cuál es el verdadero nombre de Vicente Viteri, *cagoendiós?*

A veces no hay golpes. A veces no hay preguntas. A veces, en mitad de la noche —siempre en mitad de la noche—, la despiertan y la dejan de pie en una habitación vacía y estrecha, frente a la pared. Dos horas. Tres horas. Sale el sol —las ventanas de la checa de Fomento están cegadas con tablones, pero algún rayo se cuela— y Bittori sigue de pie. No puede girar la cabeza, no puede sentarse, no puede ir al baño. Cuatro horas. Cinco. Hasta que se desploma. Le tiran encima un cubo de agua sucia y la obligan a levantarse otra vez. Otra hora. Dos más. Empapada y temblando.

—¿Puedo ir al baño? —pregunta.

—¡No!

—Entonces lo haré aquí mismo.

—Hazlo, pues.

Al sexto o séptimo día le dan un vestido limpio. Una manta, llena de chinches; y la cambian de sala. Se despide de Manoli con la mano; ella le responde con una sonrisa. La mujer está detenida por contrabando de sacarina, pero aun así la golpean cada noche, para que delate a sus cómplices.

En la nueva celda —también sin muebles, también llena de mujeres y miseria— está Felicitas, con un vestido limpio, una manta nueva, la cara amoratada, la mirada perdida, el pelo pegado al cráneo. No hay espejos en todo el edificio, y en ese momento la mujer es su viva imagen.

Se abrazan. Feli rompe a llorar. Bittori se aguanta las ganas sin saber cómo.

—¿Y Agustín?

—Los tres primeros días nos interrogaron juntos. Como es un hombre tan fuerte, lo amenazaron con traer a un boxeador profesional, y el tercer día cumplieron la amenaza. Nos metieron a los dos con un gigantón de nariz deformada... Desde entonces no lo he vuelto a ver.

Feli sigue llorando. Bittori le acaricia el pelo sucio.

—Saben lo de Landaburu —le dice entre sollozos—. Saben que don Luis lo llevó en coche desde Vitoria hasta Elizondo. Saben que Agustín lo pasó al otro lado. Pero no es grave, ¿verdad? ¿Tú crees que lo detendrán a él también por eso?

—¿A don Luis? No, no lo creo. Estate tranquila.

Esa noche también la despiertan. Bittori sube con su vestido limpio al piso de arriba. Hay dos policías; ya no sabe si los ha visto antes, si ha tenido alguna sesión con ellos. Mariano, José, Basilio..., ya confunde rostros y nombres. Esta vez no hay palabras. La sientan en una silla, las manos atadas detrás, y con un gesto teatral le presentan al boxeador. Como saludo, le lanza un puñetazo salvaje en

la nariz. La sangre brota a chorros. El vestido limpio, manchado ahora. Bittori cree perder el conocimiento, pero entre brumas oye:

—Luis Álava Sautu, ingeniero agrónomo, nacido en Murgia, miembro desde joven del partido. Cincuenta años. Es tu amigo de Vitoria, tu amigo especial, ¿verdad? Luis Álava es Vicente Viteri, ¿no?

Pensar tres veces antes de responder. Negarlo todo si se puede, y si no, no dar información nueva. Pero no puede pensar ni una vez, porque siente que el boxeador vuelve a acercarse.

—Sí —dice al fin, evitando un segundo *uppercut*.

Los policías empiezan a aplaudir. El boxeador, para celebrarlo, le da otro golpe en la cara. Bittori siente como si un rayo le partiera el cerebro. Ve mal, todo rojo, todo nublado. Las gafas no se le han caído, pero ahora están rotas, agrietadas.

—A ver, Victoria, que hoy es tu día de suerte. Dinos ahora quién es Shalus Lasalde y todo habrá terminado.

—Y Timotea Ariz.

—Sabemos que María Elortegi es Delia Lauroba. Así es, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien, Bittori, muy bien.

No des información nueva, Bittori. Boca cerrada. Si has aguantado hasta aquí, aguanta un poco más.

—Lo has hecho muy bien, Bittori. Solo nos faltan dos nombres, ¿ves cómo no era tan difícil?

El policía saca del cajón de su escritorio un objeto de madera, parecida a un rodillo de amasar pan. El boxeador se frota las manos. Pero Bittori no ve nada, porque tiene las gafas rotas y los ojos llenos de lágrimas.

29

Han llegado días tranquilos, si es que semejante adjetivo puede tener sentido en una checa, y nada menos que en la capital de la Nueva España, en este preciso momento de la historia.

A Bittori le han dado un tercer vestido, sin sangre.

Ha visto, por las rendijas de la ventana, que la nieve caía con fuerza, y se ha imaginado que en su valle también seguiría todo blanco, el olor a castañas asadas, el abrazo del fuego bajo.

Por las noches, las mujeres presas se amontonan unas contra otras, sin ningún pudor ya, todo piojos y chinches, todo fetidez amable, aferrándose al calor.

Han celebrado la Nochevieja junto con las demás detenidas, cada una les ha enseñado a las otras canciones de su tierra. Nadie les ha mandado callar, como suele ocurrir otras veces. Pueden oír a los policías y soldados también de juerga, cantando, compitiendo por quién suelta la obscenidad más grande.

La mayoría de las mujeres recluidas en las salas de Fomento están allí por estraperlo, o por comunistas, o porque cayeron en una redada mientras se prostituían. Pero tiradas en el suelo, en ese revoltijo, todas son iguales.

Suciedad, miedo y miseria. Piojos, moratones y bromas crueles. Chotis indecentes. La salvación del humor negro.

—Si os impresionan los moratones de la cara de Bittori —dice alguien—, ¡deberíais ver cómo dejó la navarrica al boxeador! El pobre está pensando en retirarse y pedirle una pensión a Franco.

También han traído a una mujer loca, que asfixió a su hijo recién nacido, y a esa sí todas la rehúyen, en parte porque les dan miedo sus ojos perdidos.

Las campanas del convento de la Encarnación anuncian que el malhadado año 1940 ha terminado. Doce campanadas. Y ya está. Se desean lo mejor, más por costumbre que por verdadera esperanza.

Con el inicio de enero han vuelto los interrogatorios para Bittori, pero esta vez civilizados y burocráticos, alrededor de una mesa y sin la presencia del boxeador. Los golpes se los dan a la mesa, los gritos vienen del otro lado de la máquina de escribir, y no directamente al oído mientras la tienen agarrada por los hombros. Por la mañana o por la tarde, pero ya no a medianoche. Ahora están obsesionados con los mapas.

—¿Quién hizo este mapa, Bittori? ¿Quién te lo dio para que lo cruzaras al otro lado?

Y ahí Bittori no puede decir más que la verdad: los sobres siempre llegaban cerrados. Ella metía los papeles debajo de la blusa y nunca vio nada, nunca leyó nada. ¿Y dónde recogías los papeles? En los lugares que me indicaban los del otro lado, en la montaña, bajo las piedras. Aquí mismo, dice Bittori señalando un punto cualquiera.

Pero siguen sacando mapas y más mapas. Mapas de Navarra, con los lugares donde se ubican los miembros de la red. Bittori nunca ha visto esos mapas, le cuesta creer que la red tuviera tantos participantes, del Roncal a la Ribera, ¿es posible?

Después le enseñan el mapa de Gipuzkoa, dividido por comarcas, y también ahí hay muchos activos, y en Bizkaia, y en Álava... ¿Es posible que la red se hubiera extendido tanto?

Ahora, un mapa de las fortificaciones franquistas del Pirineo. No sé nada de esto.

Mapas de ferrocarriles. Nunca he visto nada parecido.

Mapas de las nuevas carreteras: Oiartzun-Lesaka, Eugi-Irureta, Roncal-Anso... No, no, no, Bittori no tiene idea de qué son esos mapas, por qué se han hecho, ni quién los recibió al otro lado.

Ella solo levantaba la piedra, metía los papeles en el pecho y subía por la montaña sin mirar nada. *Kasu kabalak libro!*

Para celebrar la víspera de Reyes, la olla viene más llena que nunca, a rebosar de alubias, y algunas incluso han conseguido un buen trozo de tocino.

De nuevo canciones y risas, y juerga de los verdugos en el piso de arriba. Por primera vez desde los días de San Sebastián, Bittori siente que se le ha curado el dolor de garganta. La fiebre también ha desaparecido. Y se ha acostumbrado a dormir en el suelo.

Ya no sabe qué día es, ya no percibe ni el hedor de su sala. Todos los días son iguales porque las ventanas siempre están cegadas. Una vez al día las sacan a un pequeño patio para que tomen el aire, pero sin abrigo, solo con una manta sobre los hombros, el frío le resulta insufrible y tiene miedo de enfermar otra vez.

Debe de ser mediados de enero cuando un camión abarrotado de gente para en la calle Fomento. Una segoviana que siempre espía por las rendijas de la ventana les dice: atención, viene un grupo grande.

Justo entonces un soldado abre de par en par la puerta de la sala. Al principio Bittori piensa que ha sido casual, o por descuido. Pero enseguida comprende por qué lo ha hecho. Desde la puerta ve cómo avanza una fila de gente, los recién bajados del camión. Llegan sucios, despeinados, con el miedo en los ojos. Se notan sus esposas, pero también los hilos invisibles: Bittori siente cómo le tiemblan las muñecas, algo muy fuerte tira de ella.

Como en su primer día, sientan a los recién llegados ante las mesas del vestíbulo y les preguntan el nombre, el de sus padres, la fecha de nacimiento, la dirección, su profesión.

Bittori no reconoce a los dos primeros hombres, pero observa bien y, entre los cristales rotos de sus gafas, el corazón se le encoge al ver el rostro del tercero. Es don Luis, sin boina, con un peinado desordenado que deja ver más que nunca su calvicie, un rosario entre las manos, más delgado que la última vez que estuvo con él.

Bittori no puede dejar de mirarlo, y el soldado tampoco cierra la puerta: está claro que la ha abierto para que los vea pasar a todos, a Itziar Mujika, a Tere Verdes y a su hermano Pepe, al doctor Barriola, y a otros donostiarras que conoce de vista. La fila avanza y a Bittori le parece una pesadilla, le cuesta creer que hayan caído tantos, pero sí, casi todos están allí.

Ve al baztanés Timoteo Plaza, y a alguien que jamás esperaba ver, el sacerdote navarro Goñi, con sotana, frente a otro sacerdote desconocido. Por último ve también a Esteban, su hermano, y no puede evitar gritar:

—¡Esteban!

Se levanta y corre hacia la puerta con la mirada encendida, pero el soldado que la vigila la tira al suelo de un culatazo. Otra vez se le caen las gafas, y mientras la ayudan a levantarse no alcanza a ver que Esteban le ha enviado una sonrisa que pretendía tranquilizarla.

Al menos ha visto a su hermano, ahora sabe dónde está. Mientras se coloca las gafas, pierde también de vista a la última de la fila: Delia Lauroba entra en la checa de Fomento sin miedo, dispuesta a todo.

Y la puerta se cierra de un portazo.

Los días siguientes son los peores para Bittori, aunque nadie la despierte ya en mitad de la noche. Son los más miserables porque sabe que todo lo que ella ha vivido —eso que ni siquiera quiere recordar— ahora lo están sufriendo su hermano y sus amigos. Y entre los gritos nocturnos trata de identificar los alaridos de Itziar, los de Esteban, los del padre Goñi, los de Álava...

Bittori ya no duerme.

Además, una pregunta le da vueltas, esa que el terror y la violencia de los primeros días habían acallado en su interior: ¿por qué han caído justo ahora? Está segura de que ellos lo hicieron todo bien. Fueron prudentes hasta el último momento. Pero el perro empezó a morder por su valle, y enseguida devoró a todos los demás. Tenían información muy precisa desde el principio: documentos, mapas. Solo una respuesta le viene a Bittori a la cabeza: ha habido un traidor. Alguien los ha vendido. Pero ¿quién?

Hay también buenas noticias; Dios aprieta, pero no ahoga. Eulalia Ariztia, la hermana mayor de Feli y Agustín, esposa del pintor Ziga, con el valor que le dio el arresto de su marido, no ha dejado de preguntar desde el día de la detención. Semanas y semanas llevan los baztaneses incomunicados, sin poder contactar con sus familias, pero alguien en el Gobierno Civil de Pamplona le insinuó que tal vez estaban en Madrid. Y Eulalia tomó el tren, y de comisaría en comisaría, de un centro de detención a otro, lo ha conseguido: ¡están todos en Fomento! No le han permitido visitarlos, siguen incomunicados, *sine die,* pero ha podido introducir un paquete lleno de comida —que no les ha llegado entero— y ropa limpia, que han agradecido mucho. Pronto todas las familias de los detenidos sabrán dónde están, y algo del hambre y el frío que pasan quedará atenuado. Que no es poco.

Han sido veinticinco en total los detenidos. Entre ellos, cinco mujeres y dos sacerdotes. Proceden de las cuatro provincias del sur. Muchos se conocen entre sí, pero otros no sabían quiénes eran los camaradas hasta el día de la detención. Para todos la prioridad es que nadie más caiga, así que cuando deben decir un nombre, dan el de alguien que ya está dentro. Y si deben reconocer una acción, se limitan siempre a las de ayuda a presos.

¿Y por qué fuiste a El Dueso? A visitar a mi hermano, a visitar a mi marido. ¿Y qué hiciste en Algeciras? Organizar ropa y comida para los presos de allí. ¿Y el dinero, para qué era? Para comprar alimentos y medicinas para los presos. ¿Y la radio? Para contactar con Bayona, para que ayudaran en la asistencia a los presos. ¿Y los mapas de fortificaciones? (...) ¿Las listas de mercancías del puerto de Pasajes? (...) ¿Los registros de rutas de los camiones de wolframio? (...) ¿Estos informes en francés? (...)

«No lo sé.» Cada «no lo sé» es un golpe. Diez golpes. Veinte horas contra la pared. Cada «no lo sé» es una quemadura con el brasero. Un cubo de agua sucia por la cabeza. Tres dientes que vuelan al otro extremo del despacho. Cada «no lo sé» es un lujo que se paga caro.

Además, nadie sabe si los otros también están respondiendo «no lo sé».

Nadie sabe si decir «no lo sé» sirve de mucho, si ha salvado a alguien.

No lo saben.

No lo saben.

No lo saben.

30

El doctor donostiarra Iñaki Barriola es el único que logra mantenerse en contacto con todos. Está preso también, pero le permiten ejercer como médico con los demás detenidos y moverse libremente por el interior de la checa. Durante el día intenta reparar lo que los policías destrozan por la noche. Con un botiquín escaso y en condiciones extremas, debe aliviar moratones, cortes, desmayos, quemaduras, fracturas, urticarias, flemones, ictericias y tuberculosis.

Ahora han reunido a las cinco mujeres en una pequeña sala del sótano. Los hombres también están juntos, aunque en un sótano al otro lado del patio, pero tratan de comunicarse de ventana a ventana. A veces, fingen un desmayo y entonces el doctor Barriola acude a verlas. El joven médico siempre les transmite tranquilidad, pero en realidad no sabe más que los demás. Es el reino de los rumores: hay momentos en que parece que su liberación está cerca; otros, que deben prepararse para una larga condena.

Tere quiere saber cómo está su hermano Pepe. Acababa de salir de la cárcel, estaba muy débil, y teme que no resista este segundo arresto. Barriola le asegura que está bien, que hay buen ambiente en su sótano, que leen, juegan al ajedrez y que a menudo les llegan paquetes con tabaco. Fuman mucho, todo el rato.

Delia está preocupada por la tos que arrastra desde el otoño. El doctor Barriola le dice que no es grave, que se debe a la humedad del lugar, y que debería pasar más tiempo en el patio; intentará pedir permiso para ello.

Mirando a sus amigas, Feli y Bittori piensan que a las otras no las han golpeado tanto como a ellas, y eso las alegra. El doctor Barriola les dice que las quemaduras de Agustín están curando bien y que apenas siente ya dolor. Los dientes, añade, tendrá que arreglárselos cuando salga de aquí. ¿Os imagináis a Agustín con dientes de oro? Llegan a reírse. Habéis sido muy valientes, les dice Barriola, pronto se acabará todo.

Itziar Mujika es la que peor lleva la oscuridad, la humedad, la falta de intimidad. Espera a que las demás se duerman para poder llorar. En San Sebastián ha dejado a su hermana inválida y su madre anciana. El doctor Barriola le dice que los compañeros se están ocupando de ellas, que no se preocupe. Además, ha llegado el documento que esperaba: la gerente de Múgica Hermanas Modas ha declarado ante un juez de San Sebastián que desde julio de 1936 Itziar Mujika ha estado trabajando en la tienda, mañana y tarde, sin faltar ni un solo día. Por tanto, resulta del todo imposible haber cometido aquello de lo que se la acusa. Pero no sabe si ese documento servirá de algo.

Así ha pasado todo un invierno, apenas un murmullo en nuestra película. Un huracán ha arrojado al mar un vagón de tren en Zumaia. Alfonso XIII ha muerto en Roma, *arrivederci*. El lehendakari Agirre ha llegado a Berlín, en plena huida. Hitler se prepara para invadir la Unión Soviética: Operación Barbarroja.

Y de golpe ha llegado la primavera, los primeros días templados de abril en Madrid, y en la plaza de España los niños juegan alegres con peonzas hechas a mano.

El expediente ya tiene número: 103590/1940. Y un juez instructor asignado: coronel Carrasco Verde, gallego y quintacolumnista.

Nuestras protagonistas han tenido que elegir abogado defensor y, tras intensos debates, han optado por una defensa conjunta: Ramón Revuelta representará a todo el grupo. Y el último capítulo de todo esto lleva por título: «Procedimiento sumarísimo de urgencia».

No sumario, no: sumarísimo. Y urgente, además.

El epílogo es lo único que aún no está claro.

Paciencia, pues.

En abril de 1941, por orden del juez, han quedado en libertad cinco hombres —entre ellos Pepe Verdes, pues se ha comprobado que estaba en prisión cuando se cometieron los delitos que se le atribuían— y Felicitas Ariztia, la baztanesa. En Vitoria, las hermanas Buesa, detenidas por la misma causa, también han sido liberadas.

La despedida ha sido amarga. Para los recién liberados, por el sentimiento de culpa imposible de evitar. Para los que quedan dentro, porque ven alejarse la esperanza de libertad. Todos sienten que el hilo, de algún modo, se corta aquí. Pero mirando a esta pantalla, sabemos que no es así: el hilo sigue ahí, tejido de muñeca a muñeca. Y ahí va a seguir por mucho tiempo.

Han dejado a Feli ir a despedirse de su hermano, y todos los hombres han abrazado a la navarra. Y ella los ha invitado a todos a una buena merienda en Elizondo, en verano a más tardar, que nadie se olvide. A Luis Álava es al que peor ha visto. Le han dicho que sus interrogatorios están siendo los más duros y que aún no han terminado. El último abrazo que da en la checa de Fomento es para él. «Tenga fe, don Luis», le susurra al oído, y el vitoriano baja la mirada, sin poder responder.

Con la salida de sus compañeros llega la noticia del procesamiento de los demás. A todos se les acusa de lo mismo, sin distinción:

«Bajo el pretexto de prestar ayuda a los presos, formaron parte de una organización clandestina que ha cometido traición a España y prestado auxilio a la rebelión, con el objetivo de obstaculizar la victoria del Glorioso Movimiento Nacional». Dicen que han violado un sinfín de artículos del Código Penal.

Iñaki Barriola ha sido el primero en leer el expediente y, al resumir su contenido, el médico tiene palabras de ánimo para todos:

—¿Os dais cuenta? El error ha ocurrido en París, de allí procede toda la información que tienen. Nosotros lo hemos hecho todo bien, podemos estar tranquilos. Eso significa que nadie ha caído por nuestra culpa. ¡Hay que estar orgullosos, amigos!

Tere Verdes piensa en Aniceto Antón y en todos los compañeros de Burgos. Nadie los ha mencionado siquiera. Pueden seguir tranquilos en Burgos. Luis Álava piensa lo mismo respecto a sus contactos militares. Bien que le ha costado protegerlos.

Pero la policía también ha identificado a los miembros del grupo del otro lado, el de Villa Mimosas: los Mitxelena, los Agesta, José María Lasarte..., todos están en la lista. Y el aviso llegará hasta Urraca, aunque ya será demasiado tarde: para entonces han huido todos. Lo han sabido gracias a las noticias clandestinas que siguen llegando en el cesto mágico de Orbegozo, que ahora acostumbra a entrar en la checa de Fomento.

Así que todos están relativamente tranquilos; pese a los golpes de los primeros días, el asunto no parece tan grave: ¿siete años de cárcel? Bueno, eso también acabará reduciéndose. Todos parecen tranquilos, menos Barriola.

Porque él es quien más habla con el abogado Revuelta. Entre los dos hombres ha nacido una afinidad especial, y el abogado ha tomado la costumbre de alargar las visitas para jugar al ajedrez con

Barriola. Y Revuelta siente que puede hablarle con sinceridad al donostiarra:

—Iñaki, deberías empezar a preparar a los demás. He pedido que se os juzgue según la nueva ley de seguridad, pero me han rechazado el recurso. Vais al tribunal militar, sin remedio. Y es muy probable que el fiscal solicite la pena máxima.

31

Pepe Verdes está pues en libertad. Una libertad podrida. De regreso en Bilbao, se ha hecho cargo de la librería e imprenta. La que sigue presa en Madrid es su hermana. Y precisamente es de Tere la carta que ha recibido esta mañana. La lee por segunda vez en un rato libre y, nervioso, vuelve a ocultarla entre los libros de poesía. Por nada del mundo querría que su madre encontrara esa misiva. Es imperativo, sin embargo, que nuestro público tenga ocasión de leerla, y para ello alargaremos el plano y la caligrafía ordenada de Tere Verdes aparecerá en pantalla ahora:

Madrid, 7 de junio 1941

Querido hermano:

Creo que esta carta es la más difícil que he tenido que escribir en mi vida, pero espero que lo haré de manera que no os haga peor efecto del que realmente os debe hacer.

Ayer el abogado junto con el comandante Palomo nos leyó los cargos y la petición fiscal. Nos sorprendió a todos que no haya prevalecido la opinión del juez que, como sabéis, para varios de nosotros era solamente de adhesión a la rebelión y, por lo tanto, según el código nos correspondían menos de doce años y por supuesto en casa. Pues bien, nos piden a todos la máxima pena. Es absurdo, y el defensor, según él, tiene muchísimos agarraderos para desvirtuar todos los cargos y echar por tierra semejante petición. Nos hacen muchísimas acciones inventadas y sin pruebas en que

basarse. Quieren achacarnos ciertos actos que en alguna memoria han sido recopilados y vosotros por mí podéis juzgar que no me he dedicado más que a presos.

De momento pensé ocultaros para que no pasaseis mal rato, pero como veo que casi todos mis compañeros escriben a sus casas y sería facilísimo que os enteréis os escribo de mi mano. No quisiera ni por un momento que mamá y la tía supiesen esto para lo cual lo ocultarás a Encarna también, pues no creo lo pueda disimular. Luego cuando todo se arregle y quede todo por tierra ya tendrán tiempo de saberlo. Estamos todos tan tranquilos, y por lo que respecta a mí nunca hubiese supuesto que podría dormir de un tirón después de semejante noticia, estoy tan segura que no sucederá nada que no me ha hecho ningún efecto.

Siento por todos vosotros el mal trago que os doy por mi culpa, pero son inevitables estas cosas familiares.

Nos han dicho que puede depender mucho del tribunal que formen, y eso creo que lo hacen en Capitanía General. También el general Dávila es no sé qué del Estado Mayor y por lo tanto puede influir, pues nuestro asunto depende del Alto Estado Mayor.

Pepe, vas a mi cuarto y en uno de los cajones pequeños de mi tocador creo que tengo mi certificado o carnet de donadora de sangre para los soldados del Glorioso Movimiento y me lo mandáis cuanto antes.

Más que todo esto nos ha emocionado que como el juicio será pronto nos llevarán a la cárcel y esta separación con ellas después de cinco meses es lo que más nos apena.

Como cosa curiosa os diré también que ayer, día en que oficialmente nos enteramos, fue primer viernes y ya sabéis cómo el sagrado corazón nos prueba, hace unos años que todas las cosas malas nos envía en ese día, pero sin embargo, también nos da la

fuerza necesaria para sobrellevar todo. A Él le pido por vosotros, pues yo sabiendo que vosotros estáis todos bien, estoy encantada, no deseo más.

Recibe el cariño de tu hermana

Tere

Tere ha tenido que terminar la carta rápidamente —con pena, porque le ha quedado algo corta y sin suficiente consuelo—, pero la han avisado de que debe prepararse para recoger sus cosas, ya que los trasladarán en cualquier momento. Y así es. Los compañeros de la red han sido los últimos detenidos de Fomento. El nuevo Gobierno está reorganizando sus centros de detención y tortura. Se han acabado los días de la checa. De ahora en adelante, el nombre «checa» será sinónimo de terror rojo, materia prima de la propaganda franquista contra comunistas y anarquistas: los oscuros agujeros del marxismo criminal, centros de tortura de influencia soviética. Esta misma checa de Fomento tendrá su propia película, en la que una bella heroína falangista será violada y fusilada entre estas paredes, pocos días después del alzamiento nacional. Pero entre estas paredes ocurrieron muchas más cosas hasta el verano de 1941, y esas no tuvieron película. Es decir: no la tuvieron hasta hoy.

Porque ya estamos en el verano de 1941. Toda la policía se ha trasladado a un edificio más grande en la Puerta del Sol (desde allí se escribirán a partir de ahora las páginas doradas de la represión franquista, dignas de muchas otras películas), y mientras se organiza el traslado a prisión, el grupo de vascos ha quedado bajo custodia del ejército en la calle Fomento. Estos soldados son muchachos que

cumplen el servicio militar: nobles y todavía no corrompidos, nacidos, por más que lo intenten, sin ningún talento para la crueldad.

La víspera de la mudanza les han traído desde fuera una última cena, un auténtico banquete, con una botella de Benedictine incluida —el licor favorito de Luis Álava—, y como desde que se fueron los policías la disciplina se ha relajado bastante, hombres y mujeres han podido disfrutar juntos del festín. El postre lo han compartido con los soldados —ha sido idea de Delia—, pues los pobres están tan delgados y pálidos..., hace apenas dos semanas uno de ellos tuvo que recibir una inyección de calcio del doctor Barriola para curar unas feas convulsiones. Ha habido tragos, risas, bromas y canciones: Bittori ha dirigido el coro.

A la mañana siguiente, muy temprano, un camión, el ya famoso canguro, ha engullido a dieciséis hombres y cuatro mujeres. El vehículo ha partido hacia el barrio de Salamanca, y ha dejado a las mujeres, sudorosas, ante las puertas de un convento en la calle Claudio Coello. Aquí termina una convivencia de cinco meses, con la separación de hombres y mujeres. Una despedida difícil. No definitiva: volverán a verse en el juicio. Pronto, muy pronto. Mientras tanto, ¡tened fe, compañeras!

El camión ha seguido adelante, hacia el barrio de Chamberí, y en otro convento reconvertido en prisión (¿cuántos hay en este Madrid muerto?) han descargado a los hombres: se trata del convento de Santa Engracia.

Sin embargo, en este momento la película se tomará una licencia, y, para simplificar las localizaciones y facilitar la comprensión, nos saltaremos y borraremos esas dos cárceles improvisadas, la de Claudio Coello y la de Santa Engracia. Renunciaremos a la verdad histórica y situaremos directamente a ambos grupos, el de hombres

y el de mujeres, en sus prisiones definitivas. Porlier y Ventas son el resultado de nuestra elipsis oculta. Ahí retomamos el hilo ahora. Y de ambas —ya mostraremos Porlier más adelante— nos quedaremos por ahora en Ventas.

Y para hablar de esta prisión debemos saltar de nuevo a París, aunque sea por un momento, porque llevamos un año sin contar lo que allí ha estado ocurriendo. Nada bueno, podemos adelantarlo. Así que allá vamos: porque nuestros ojos merecen verlo. *Allons-y!*

32

Atrapada en el agujero negro en que se ha convertido París, oculta, aterrada, en la clandestinidad vive ahora Victoria Kent, antaño mujer libre.

Victoria Kent, abogada, diputada, pionera entre pioneras en esa época anterior a la guerra, se llama ahora Madame Duval, debe llamarse así, debe protegerse bajo ese nombre, no le queda otra; se aferra a ese nombre vulgar y falso como a un último clavo ardiendo.

Victoria Kent, antaño mujer libre, usa otro nombre más por las noches: el de un hombre, un escondite en tercera persona donde dejar por escrito los años de clandestinidad y sombra. Ese cuaderno es ahora su único rincón de libertad. Plácido se llama allí Madame Duval, Plácido es también Victoria Kent, la que solo aparece en tercera persona. «Plácido dormía profundamente», escribe Victoria Kent en su cuaderno, «había superado su miedo; es decir, lo había recorrido en todas direcciones y era dueño de él.» Y ese diario lo esconde cada noche bajo el colchón.

Porque Victoria Kent, antaño mujer libre, no puede dejar de escribir. Tampoco deja de pasear. Al principio sí: pasaba días enteros sin moverse del diminuto apartamento que le habían prestado sus amistades. Aún sentía en el cuerpo el espanto de saber que la Gestapo había estado en su casa y, al no encontrarla, lo había dejado todo patas arriba. Pero ya no puede más. Necesita aire, ver con sus propios ojos el nuevo París, acercarse a las aristas del agujero negro. Cuando se ahoga en el minúsculo apartamento que

le han dejado, sale. Tiene papeles falsos, un nuevo nombre e incluso una manera distinta de caminar: la de quienes han perdido la guerra, el barco y la esperanza. Un día en que se atreve a alejarse demasiado, llega hasta Belleville para ver su parque favorito de París. Por culpa del toque de queda no podrá quedarse a ver el atardecer. Pero ve salir a los niños de una escuela: todos llevan ahora la estrella amarilla, el parche con la palabra *Juif,* esas cuatro letras.

Falta un año para las redadas y deportaciones de esos niños, un año para que sean todos masacrados, pero eso no puede saberlo Madame Duval por entonces, y mejor así, porque nada podría hacer por esos pequeños, ella, que en otro tiempo hizo tanto: desde la Embajada de España envió a decenas de exiliados hacia América, buscó a las familias de los niños perdidos, dio comida y abrigo a los más desesperados. Por eso se quedó en París hasta el último momento, por eso perdió el último barco, y ahora, ay, ahora, se le encoge el corazón al mirar a esos pequeños con el parche en el abrigo, pero qué puede hacer: tiene bastante con salvar su propio cuello.

Ha visto caer a Companys, a Zugazagoitia, a Cruz Salido. Todos fusilados con la ayuda indispensable de Francia. Ha visto los últimos días de Azaña, protegido por el embajador de México, pero acosado hasta la muerte en un pueblecito de Occitania. Sabe quién es el cazador, el acosador de Valladolid, el verdugo de Lequerica, el mayordomo de la Gestapo: se llama Pedro Urraca Rendueles. Y sabe que en la sección K de la lista de Urraca está escrito su nombre en letras doradas.

Ahora, Victoria Kent solo tiene dos objetivos.

Resistir.

Y sobrevivir.

Resistir.

Y sobrevivir.

Pero no siempre fue así. Victoria Kent, antaño mujer libre, soñó no hace tanto con cárceles mejores. Y vivió incluso los tiempos en que esas cárceles mejores fueron posibles. Tiempos breves, hermosos, ya lejanos. Durante poco más de una docena de meses, en el primer año de la nueva República, mientras ejerció como directora general de Prisiones, Victoria Kent dijo, para escándalo de muchos, que fuera grilletes y fuera cadenas. Recorrió cárcel tras cárcel, hablando con los presos, probando el rancho y mejorándolo. Dignidad para todos los presos, decía. Que entre el aire en las cárceles de España, repetía. Higiene y educación. Posibilidad de reinserción. ¡Humanidad, señores, humanidad!

Para eso había que derribar las viejas cárceles inmundas y construir otras nuevas, modernas. Y durante aquellos catorce meses que se mantuvo en el cargo, trabajó con empeño. Derribó ciento catorce prisiones y construyó otras nuevas, luminosas. Todo eso hizo Victoria Kent. Por ejemplo, esta: la cárcel de Ventas. Una prisión modelo para mujeres, de arquitectura sin panóptico, celdas individuales, instalaciones adecuadas para que las presas pudieran estar con sus hijos, servicio de comadronas, una consulta de la primera mujer odontóloga de España, un buzón de quejas. Y también: una cocina reluciente, bañeras, calefacción para el invierno y terrazas donde tomar el sol de primavera. La obra predilecta de Victoria Kent.

Y ahora su vida quedaba reducida a dar cortos paseos mientras espera el toque de queda, en ese París lleno de hambre, negocios turbios y esvásticas. Ese París de colaboración, estrellas amarillas y ruina.

Es el verano de 1941, y nadie sabe dónde está Victoria Kent. Si logró tomar un barco, si vive bajo otro nombre en Caracas o en Ciudad de México. Es un fantasma. Una pesadilla antigua para muchos. Un nombre más en la larga lista de una banda de rojos criminales. Una mujer que solo logra ser libre dentro de un cuaderno.

Es el verano de 1941, y en el abrasado Madrid del pan negro y las suelas de cartón, nadie recuerda ya que no hace tanto un chotis famoso tenía a Victoria Kent como protagonista, un chotis cantado en los mejores teatros entre aplausos del público:

Anda, y que te ondulen
con la permanén
y pa' suavizarte
que te den cold-crem
se lo pués pedir
a Victoria Kent
que lo que es a mí
no ha nacido quién.

Es el verano de 1941, y en el Madrid de las colas del racionamiento y los confidentes de la policía, nadie quiere saber que en la cárcel modelo de mujeres de Ventas, concebida antaño para quinientas presas, se hacinan ahora cuatro mil mujeres, en su mayoría rojas, *piculinas* o estraperlistas, pero también las funcionarias y comadronas que antes trabajaban allí, hoy convertidas en enemigas y presas del nuevo régimen. Nadie quiere saber que las cocinas están pringosas, que la comida tiene color blanco y olor a orina, que los hijos de las presas mueren de bronquitis a los pocos días de nacer. Nadie le ha contado a Victoria Kent cómo han convertido en capilla lo que antes era un teatro, cómo han purgado

el cuerpo de funcionarias que ella creó, y han vuelto a meter a las monjas que ella había expulsado, para que, con sus métodos particulares y la ayuda de Dios, corrijan la moral de las presas. Nadie se lo ha dicho, pero probablemente ella ya sospecha que ahora, dentro de su cárcel modelo, apenas hay aire, higiene ni humanidad alguna.

En Madrid, la ciudad llena de cárceles y fosas comunes, nadie quiere saber nada de las cuatro mujeres nuevas que están a punto de entrar, como tantas otras, en la cárcel de Ventas con la amenaza de pena de muerte bajo el brazo.

Y es que el chotis de moda en Madrid ahora dice así:

Es la Pepa una gachí
que de moda está en Madrid,
y que tié predilección por los rojillos.
Cuando viene esa mujer,
a Torrijos o a Porlier,
al más bravo se le arruga el solomillo.
Y, a veces, se presenta
y para divertirse,
se lleva veinte o treinta...
Y como del paseo
no suelen regresar,
con bastante cachondeo
así la suelen cantar:
¡Pepa!, ¡Pepa! ¿dónde vas con tantísimo tío?
¡Pepa!, ¡Pepa!, ¡que te vas a meter en un lío!
Y si sigues de este modo
y no quieres conmutar,
dejarás Madrid vacío,
Aranjuez y El Escorial.

33

Lo primero que ha hecho Delia al entrar en la cárcel, en cuanto le han dado papel y lápiz, ha sido escribir una carta. Así la encontrará la cámara: escribiendo, encorvada sobre sus rodillas en la galería de ingresos, la frente sudada y el primer botón de la blusa desabrochado.

No escribe ni a sus padres ni a su suegra, sino a Pepe Verdes, pues ha sabido por Tere que el hombre, junto con otros compañeros de Bilbao, ha encargado una misa en memoria de su marido, en el tercer aniversario de su fusilamiento, e incluso han ido al cementerio de Derio, en discreta procesión, a dejar flores sobre la tumba de Joxe. Todo eso quiere agradecérselo de corazón.

Es curioso, pero ahora, estando en prisión, piensa más que nunca en Joxe. Hasta ahora había seguido adelante sin pensar ni recordar, en movimiento perpetuo: siempre había algún preso enfermo que necesitaba ayuda, algún correo que debía llegar a Bayona, alguna cita médica para su madre, alguna muchacha nueva a la que entrenar, o un tren que tomar.

Ahora, en cambio, nada. Una nada densa y caliente. Las puertas se han cerrado y el mundo ha quedado fuera. Toca mirar al abismo. En cada paso que da aquí dentro, en cada rutina que se le impone, en cada ruido y susurro que oye, en cada *Cara al sol* que se ve obligada a cantar, siente a Joxe cerca, porque él también pasó por este trance en los días de Santoña, y más tarde en los de Larrinaga.

Joxe tomando el rancho con su cuenco.

Joxe en los recuentos de mañana y de noche.

Joxe rascando la cabeza del compañero, buscando piojos.

Joxe encontrando mensajes secretos envueltos en calcetines limpios.

Y ahora también Delia, con cuatro años de retraso. Si alarga la mano, parece que podría tocarle. Aquí estamos, cariño, aquí estamos los dos. Nunca le llamó «cariño» en vida. Ni se le ocurrió. Ahora, en cambio, usa esa palabra tierna todo lo que quiere.

Por primera vez desde el fusilamiento de su marido, ha empezado a soñar con él. Casi todas las noches. Y siempre son sueños felices. Suben juntos al monte Ulia. Desde allí se lanzan al mar, pero no hay peligro, enseguida descubren que pueden volar cogidos de la mano. Joxe en bicicleta, vestido solo con camiseta, los brazos morenos al aire: la bicicleta se deshace, desaparece, pero Joxe sigue moviendo las piernas en el aire y despidiéndose de Delia con la mano.

Itziar, que desde su detención sufre de un insomnio atroz, ve a Delia sonreír mientras duerme, y la envidia. Ella daría lo que fuera por dormir, aunque fuera a cambio de sufrir pesadillas de vez en cuando. En Fomento, al menos, el doctor Iñaki Barriola le daba una pastilla —«un hipnótico», decía el doctor—, y con eso lograba arañar unas horas de sueño. Pero en Ventas no hay nada de eso. Ni doctor Barriola ni hipnótico. Solo las horas de la noche, una detrás de otra, marcadas cruelmente por las campanas de alguna iglesia cercana.

Los primeros días han sido tranquilos y calurosos, han transcurrido despacio en la galería de destinos, en una sala con siete grandes ventanales enrejados. Luego las han pasado a las celdas, y el calor continúa, pero como para entonces se han ganado el favor de una monja vasca, han conseguido estar las cuatro juntas en la misma celda. La madre Josefina es de Durango y, como después sabrán, tiene aún dos sobrinos presos en Santoña, ambos *gudaris*.

La hermana está impresionada con el fervor católico de las cuatro mujeres, no es nada común entre las presas de aquí, les dice en voz baja. Les promete traer noticias de Porlier, interesarse por el grupo de los hombres. Eso es lo que las cuatro echan en falta. Aunque las instalaciones de Ventas son mucho mejores que las de Fomento, allí al menos mantenían un sentido de grupo, y siempre había alguien dispuesto a levantar el ánimo a los demás. Ahora tienen que arreglárselas entre las cuatro.

En lo que antes fue una celda individual, ahora están Delia, Bittori, Itziar y Tere compartiendo el espacio con las hermanas Marín y otra mujer a la que llaman la Rusa, aunque no lo sea. Las hermanas Marín son dos valencianas que estuvieron en el maquis de Extremadura. Del origen de la Rusa no se sabe mucho, ni tampoco de las razones de su encarcelamiento: hay varias versiones y puede que todas tengan algo de verdad. Las siete duermen como caracoles. Sin camas, sobre unos petates que durante el día recogen y usan como asiento. Se lavan con el agua recogida en latas de sardinas. Con las maletas han improvisado una mesa baja donde escriben y leen. Y empiezan a conocer la rutina de Ventas: los talleres, la ayuda que siempre precisan en la enfermería, el nuevo régimen de visitas, el estricto programa de estudios de las presas comunistas.

El 23 de junio de 1941, víspera de San Juan, ha sido un día alegre. Alemania ha declarado la guerra a la Unión Soviética la víspera, y el rumor se ha propagado rápidamente de celda en celda. Por la tarde han podido oír por la radio a Serrano Suñer, porque a la directora de Ventas le gusta usar la megafonía para compartir con las presas las noticias que considera importantes. «El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa», ha gritado el cuñado de Franco. Pero el discurso de Serrano no ha

tenido el efecto esperado: todas las presas comunistas han aplaudido, porque lo interpretan de otra manera. Este es, dicen, el principio del fin de Alemania. Con Rusia han topado. Y con el fin de Alemania, vendrá el de todo fascismo.

Eso mismo anota ese día el lehendakari Agirre, ahora en Gotemburgo, reunido por fin con su familia, mientras espera un barco que los lleve al sueño americano: «La victoria de la libertad es ahora segura».

Sin embargo, a nuestras amigas no les ha dado tiempo a que la nueva rutina se materialice, porque, al día siguiente, se presenta en la cárcel de Ventas el abogado Ramón Revuelta y pide hablar con las cuatro. Revuelta habla con claridad y firmeza, y ellas se lo agradecen: ya hay fecha para el juicio, será el 3 de julio, en poco más de una semana. Ese día podrían llamarlas a declarar ante el juez, y mejor que estén preparadas para ello, aunque no es seguro, son veintiuno los procesados y al tribunal no le gusta retrasar la hora de comer. Los juicios de este tipo siempre terminan antes de la una.

No están seguras de si lo ha dicho en broma, pero enseguida se dan cuenta de que habla en serio. Revuelta siempre habla en serio, por eso se entiende tan bien con el doctor Barriola. Ahora las cuatro mujeres tienen más claro qué pueden esperar del juicio, y se limitan a intercambiar miradas.

El día no ha empezado bien. Terminará peor. Las mujeres que van a ser juzgadas hoy se despiertan a las cinco y media por una ráfaga de disparos que viene del cementerio del Este. Luego, los tiros de gracia. Saben quiénes han caído hoy: son los últimos comunistas que defendieron Madrid, los que resistieron al golpe de Casado. Trece hombres.

El más joven, Eugenio, solo tiene veinticuatro años, y su esposa está allí mismo, presa en la cárcel de Ventas. Se trata de Juana Doña, muy querida por todas las presas, siempre llamada así, con nombre y apellido: Juana Doña. Tienen un hijo, un niño que no volverá a ver a su padre, y a su madre quién sabe. Juana ha pasado la noche en vela, acompañada por sus compañeras, consciente de lo que iba a suceder. Todo el rato hablando de Eugenio, en un torrente de palabras imparable, y todas las demás escuchando atentamente. «¿Os he contado cómo pasamos la noche de bodas en casa de la Pasionaria, en su mismísima cama? Fue poco antes de empezar la guerra, no teníamos dónde quedarnos, Ibárruri se iba a Asturias y nos dejó las llaves de su piso... ¡Qué vergüenza! ¡Tanta, que ni pasamos de los besos!» Luego, al sentir el amanecer cerca, se ha sumido en un silencio pétreo, hasta que los disparos del amanecer le han comido el corazón.

En ese ambiente lúgubre se han levantado Delia, Bittori, Itziar y Tere. Se han duchado, han elegido la blusa más decente, se han peinado unas a otras. Sin apetito para el desayuno. Las han subido a un camión. Van *a jueces,* como se dice en Ventas. A jueces.

La función va a comenzar.

Porque sí, ahora hemos chocado con otro de los límites del cine. Lo que necesitamos ahora es un telón, un escenario y un patio de butacas. Un gran guiñol. No puede contarse de otra forma lo que está a punto de acontecer.

Título de la obra: Procedimiento sumarísimo de urgencia 103590/1940

Lugar: Palacio de Justicia de las Salesas, Madrid

Dramatis personae:

Presidente del tribunal: Félix Navajas García, coronel de infantería

Fiscal: Teniente Alfredo Mora

Vocales: Teniente de artillería Joaquín Fernández Repeto, alférez de infantería Francisco Hernández Martínez y César López Periconi, vocal honorario

Abogado defensor: Ramón Revuelta, con su uniforme de los tercios

Acusados: veintiún rojoseparatistas

En el público: familiares y amigos de los rojoseparatistas

Primer y único acto:

(Se encienden las luces, y todos los personajes ya están en su sitio: el tribunal al frente, sobre una tarima, todos vestidos de militar y con muchas condecoraciones. A su derecha, el fiscal; a la izquierda, la defensa.

Frente al estrado, los veintiún acusados, sentados en tres filas, algunos con el rosario en las manos, y detrás de ellos, sus familiares y amigos.

Los acusados murmuran entre ellos, miran hacia atrás buscando a los suyos. Gestos de saludo y cariño.

Un golpe de maza acalla los murmullos.)

PRESIDENTE

Se da entrada a este juicio, que es *sumarísimo* y no *sumario,* como recordarán ustedes. Aquí se juzgará a los señores tal y tal...

VOCAL HONORARIO

... y al mismo tiempo, a las señoras etcétera y etcétera.

PRESIDENTE

Exacto. Quien quiera saber todos los nombres, que los busque en los libros de historia, pero no ahora, luego. Le doy la palabra al Ministerio Fiscal, que sé que la cuidará debidamente.

FISCAL

Así es, señor presidente, cuidar la palabra es mi oficio. Trabajo incansablemente para que la palabra del Caudillo llegue hasta el último corazón podrido, aunque sea en forma de bala.

PRESIDENTE

Al grano, señor Mora, la justicia al revés no se hace sola, ¡alguien tendrá que hacerla!

VOCAL HONORARIO

¡O deshacerla!

FISCAL

Pero si alguien deshace la justicia al revés, ¿no significaría eso que pasa a ser justicia justa?

PRESIDENTE

Ah, no, eso no.

VOCAL HONORARIO

Entonces retiro mis palabras y me las como.
(El vocal honorario se lleva las manos a la boca e imita el gesto de masticar. Luego produce un gran eructo.)

PRESIDENTE

Muy bien. Sigamos, llevamos 103.589 juicios y no podemos perder el ritmo.

FISCAL

Empecemos, pues, hablando de Sabino Arana.

PRESIDENTE

¿Lo ve usted necesario?

FISCAL

Usted, yo y todos lo vemos necesario. Todo comenzó ahí, dese cuenta. «En el principio fue la palabra», dice el Evangelio de San Juan. Y Sabino Arana inventó muchas palabras. Por ejemplo... *Euzkadi*.

PRESIDENTE

¡Argh!

FISCAL

Exactamente. Y después vino Agirre.

PRESIDENTE

¿Y qué palabra inventó ese?

FISCAL

Una aún más larga: *lehendakari*. ¡Y no solo eso! Además, tenía la costumbre de escribir su nombre al revés, con la intención de confundirnos: *Agirretar Lekubetar Joseba Andoni*. No hay quien entienda nada, ¿qué opinan ustedes?

PRESIDENTE

Me suena ese individuo, sí... ¿No era delantero del Athletic?

FISCAL

¡También! Pero ahora se dice Atlético, Atlético de Bilbao, recuérdelo. ¡Las palabras, las palabras!

VOCAL HONORARIO

Yo no sé quién es. A mí el fútbol ni fu ni fa...

FISCAL

Un paranoico. Un idiota. Un perjuro. Y, sobre todo..., ¡un riojano!

PRESIDENTE

¿Todo eso?

FISCAL

Todo eso.

PRESIDENTE

Entonces el asunto es grave.

VOCAL HONORARIO

Tan grave como habitual. Así que lo de siempre: ya saben, habrá que elegir entre A, B o C. ¡Como en los cien mil y pico juicios anteriores!

ALFÉREZ A

¡Rebelión!

PÚBLICO

(Gritando al unísono.)
¡No!

ALFÉREZ B

Adhesión a la rebelión.

PÚBLICO

¡No!

ALFÉREZ C

Auxilio a la rebelión.

PÚBLICO

(Aún más alto.)
¡¡No!!

ALFÉREZ

Pues no hay más, hay que elegir.

FISCAL

Exactamente, muchas gracias, señor Hernández Martínez, hay que elegir. Y es importante hacerlo bien, porque las tres opciones traen consigo la pena de muerte.

(Silencio sepulcral en la sala.)

PRESIDENTE

¿Alguno quiere café?

ALFÉREZ

¡Solo!

FISCAL

¡Con mucho azúcar!

(Ruido ensordecedor de tazas y cucharillas. Los acusados se miran atónitos.)

ABOGADO DEFENSOR

¿Puedo hablar?

PRESIDENTE

Si lo cree indispensable...

ABOGADO DEFENSOR

Señores, los acusados reconocen pertenecer a una organización nacionalista, pero actuaron guiados por su fe católica, y si se equivocaron fue porque...

VOCAL HONORARIO

(Al alférez.)
¿Cómo que nacionalista? Eso lo somos nosotros, ¿no?

ALFÉREZ

(Al vocal honorario.)
Querrá decir separatista.
(Al abogado.)
¡Separatista, querrá decir! ¡Las palabras, las palabras!

ABOGADO DEFENSOR

Disculpen, me he equivocado. Separa...

PRESIDENTE

Entonces se le acabó el turno. Un error y fuera, son las normas del nuevo Estado.
(Se abre una trampilla en el suelo y el abogado defensor cae por ella. Tras el golpe, silencio.)

PRESIDENTE

¿Algún testigo ahora?

ALFÉREZ

Ninguno. En la nueva España nadie ve nada. No ver, no decir, no hacer. El secreto de la felicidad, ¡ya saben!

PRESIDENTE

¿Y alguna prueba?

ALFÉREZ

(Señalando la mesa.)
Hay unos papeles aquí, si quieren verlos.

PRESIDENTE

Demasiada presbicia, los años no perdonan. Ya me enteraré cuando hagan la película. ¿Quieren decir algo los acusados?

ALFÉREZ

¿Ellos? Qué van a querer. Puede que hasta sean mudos.

PRESIDENTE

¿Cómo mudos? Pero ¿no eran vascos?

FISCAL

Tengo hambre.

PRESIDENTE

Entonces, listo.

FISCAL

Recuerden: A, B o C.

PÚBLICO

(Levantándose y gritando.)
¡Libertad para todos!

(Las luces se apagan.)

35

Han llamado a Delia, Tere, Bittori e Itziar a la sala de jueces. Cuando apenas han pasado dos días desde que se celebrara el juicio.

—Siéntense, por favor —les dice el secretario del instructor.

Se sientan.

—Vengo con la sentencia.

El hombre deja unos papeles sobre la mesa. Delia siente el impulso de coger las manos de sus amigas, pero no lo hace.

—Han absuelto a Celestino Olaizola. Víctor González de Herrera ha sido condenado a doce años y un día. Y a los otros diecinueve, el tribunal les ha impuesto la pena máxima.

Itziar siente como si alguien le hubiera golpeado en la nuca. Fija la mirada en un punto de la mesa, se olvida de respirar, no se atreve a mirar a sus compañeras.

—Lo siento, no hay una forma suave de dar la noticia —añade el secretario.

No es la primera vez que tiene que comunicar algo así, ni será la última, pero tiene la frente sudada y el labio inferior tembloroso. Bittori llega incluso a sentir lástima por él. ¿Por qué tendrá un trabajo tan ruin alguien con un corazón tan sensible?

La única que consigue hablar es Tere, aunque apenas se la oye:

—Pero no es posible...

Y el secretario continúa con la lectura.

—Para los dos sacerdotes, el tribunal propone la conmutación de la pena. Tendrán que hablar con su abogado defensor. Ánimo.

Y luego, dirigiéndose en voz alta a los funcionarios que esperaban en la puerta:

—¡Hemos terminado!

36

Que nuestro público no se sorprenda demasiado si en las próximas secuencias ve a las cuatro condenadas a muerte relativamente tranquilas.

Delia ha empezado a estudiar inglés con ayuda de la Rusa, porque siempre le ha gustado ese idioma, desde que su padre le alquilaba las novelas de Sherlock Holmes en el quiosco de debajo de casa. Bittori le enseña euskera a Tere con la ayuda de la gramática de Zabala, y ella misma ha encontrado también la ocasión de aprender: se ha acercado a las presas comunistas, porque estas se toman muy en serio el plan de estudios, y juntas estudian historia, geografía y francés, mientras escucha sus historias, todas trágicas. Itziar ha empezado a colaborar con las mujeres de la Acción Católica: se encarga de la catequesis, canta a los hijos de las presas, enseña las primeras letras a las mujeres pobres, sobre todo a esas jovencitas a las que encierran cada dos semanas por hacer la calle.

Cuatro condenadas a muerte estudiando lenguas e historia. Cosas más raras se ven en Ventas. Condenadas que reciben transfusiones de sangre de urgencia. Chicas en capilla que se enamoran y se declaran amor eterno. Otras que se casan por poderes con un condenado de Porlier al que van a fusilar al día siguiente.

Están relativamente tranquilas, aún creen que todo ha sido un gran malentendido, que aparecerá algún papel extraviado en un cajón, que tendrán algún amigo en una oficina importante que las sacará de esta pesadilla.

La única que cree que la sentencia es real es Bittori. La estaba esperando. Algo dentro de ella le decía que le llegaría el momento. Lo que no imaginaba era que otros dieciocho desgraciados caerían con ella. No, no, no, eso no puede aceptarlo. Está dispuesta a morir. Fue ella quien lo empezó todo, quien captó ya ni sabe cuántas almas bondadosas, les mostró a las demás que era posible, les dio el ejemplo y el coraje... Ella debe recibir las balas, y además con orgullo, pero hay que salvar a los demás. Así se lo pide cada noche a Dios.

Aunque los caminos del Señor, como bien se sabe, son inescrutables.

Para entender hasta dónde llegan las ondas concéntricas que provocan las pesadas piedras lanzadas por el tribunal militar, nuestra película debe saltar de nuevo, como tantas veces, a París.

Y allá vamos, una vez más, por última vez, a la ciudad que aún no se ha librado de la pesadilla de los rubios.

En París, a mil trescientos kilómetros del epicentro de la injusticia, hay un hombre que aún no sabe nada de lo ocurrido en Madrid. Es Xabier Landaburu, el mismo que cuatro años atrás salvó la vida en el maletero de Luis Álava.

Aunque unos días antes de la ocupación fue enviado a La Rochelle por orden policial, pudo regresar de forma clandestina a París, donde vive desde entonces, manteniendo como puede y bajo mínimos la actividad del Gobierno vasco en el exilio. Landaburu es ahora un hombre casado y con hijos, y uno de los pocos vascos que permanecen en el París ocupado.

La mayoría de los pisos de su barrio están vacíos. Un día, a comienzos de julio, sale a pasear con su esposa Konstan y su hijo

Xabiertxo, que va canturreando, y sucede algo extraño: un encuentro inesperado.

Mientras caminan por el bulevar Delessert, reconoce una cara familiar que sale de un portal. Se trata de un joven calvo. Parece supervisar el trabajo de cuatro operarios que sacan muebles pesados hacia un camión. ¿Dónde lo ha visto? En Marceau, sin duda, piensa Landaburu. ¿Un secretario? ¿Un archivero? No recuerda que se llame Balerdi (aunque pronto su nombre le vendrá a la memoria), pero su primer impulso ha sido acercarse a saludarlo, preguntarle por qué sigue en París, cómo sobrevive, si necesita algo...

Sin embargo, cuando sus miradas se cruzan —un instante helado, un relámpago fúnebre—, algo le obliga a acelerar el paso, y casi sin darse cuenta deja atrás a Konstan y al cochecito de charol del niño.

La mujer tiene que correr un poco para alcanzarlo, jadea cuando llega a su lado, porque ya está muy avanzado su segundo embarazo. Landaburu camina en silencio, pensativo, confundido.

—Ya están esquilmando otro piso robado a unos judíos, como si lo viera... —dice entonces Konstan, siempre hábil y rápida a la hora de analizar las situaciones.

¿Es eso, entonces? ¿Y por qué? ¿Cómo ha llegado un compañero de partido a semejantes chanchullos? ¿Y si se ha confundido de persona? Pero entonces, ¿por qué lo miró aquel joven de esa manera?

Una nube negra invade la mente de Landaburu. Sin entender del todo la situación, no pega ojo esa noche. Y a la mañana siguiente es aún peor: recibe un telegrama. Diecinueve condenas a muerte, entre ellas la de su amigo Luis Álava.

En su imaginación, mediante una conexión significativa pero aparentemente gratuita, el encuentro con Balerdi se funde de manera inevitable con la terrible noticia.

Landaburu no es de los que se ahogan en charcos pequeños. Ha afrontado todo tipo de tormentas desde 1936. Pero esta vez no es un charco lo que se le presenta, sino un océano. Quizá porque ya es más viejo (los años de guerra no cuentan como los normales), porque tiene una familia que cuidar; porque la lista de malas noticias es demasiado larga y pesada, la que llega de Madrid lo deja completamente fuera de juego.

¿Quién habría imaginado que las cosas se torcerían tanto, pero tanto, desde los días de Marceau, desde que dijo ante Agirre que sí, que Luis Álava era su hombre, que podrían contar con él?

Y ahora ya no hace falta imaginar nada: basta con mirar alrededor. ¿Quién ocupa ahora el pequeño palacete de Marceau? Los falangistas. ¿Qué banderas ondean en sus astas? La esvástica de Hitler y el águila de Franco. ¿Dónde está Agirre? Bloqueado en Suecia, sin poder embarcar, agotando su paciencia y tal vez su suerte. ¿Y él, Xabier Landaburu, el diputado más joven que jamás entró en las Cortes españolas? En el París ocupado, sintiéndose otra vez un topo, y desayunando, comiendo y cenando culpa.

Don Luis, tan honesto, tan recto, tan generoso... ¿Cómo fue capaz de ser tan imprudente de arrastrarlo a esta trágica aventura? ¿Y por qué sigue pensando en Balerdi, por qué su inconsciente le devuelve una y otra vez, como las olas del mar, la mirada turbia de aquel joven calvo del bulevar Delessert? ¿Cómo están conectados el muchacho insignificante y las últimas noticias terribles?

Le falta información a Landaburu, la información que nuestro público sí tiene, pero no podemos gritarle a la pantalla para aclarárselo: cada uno debe recorrer su propio camino, alimentar su propia angustia.

Tras unos días de abatimiento, llega el cambio de ánimo. Acción. Eso es lo que Luis le pide telepáticamente por las noches. «Xabier,

sácame de aquí.» «Claro que sí, Luis», le responde Landaburu, «yo te metí en esto, y yo te sacaré.»

No son buenos tiempos en París, pero aún hay puertas a las que llamar. Sobre todo, las de la Iglesia.

Landaburu empieza a escribir a todos los dirigentes eclesiásticos de Francia, advirtiéndoles de que diecinueve fervorosos católicos están en peligro de muerte. El arzobispo de París, Emmanuel Suhard, aunque no es amigo de los vascos y conoce bien el daño que estos causaron en la reciente cruzada del país vecino, movido por pura compasión cristiana, acude al español Rolland de Miota, cónsul general de España en París, y este envía un telegrama directamente a Franco, rogándole, en su infinita misericordia católica, que salve sus almas.

Los caminos de la Iglesia han dado su fruto. Pero Landaburu no puede quedarse quieto. De inmediato recurre a una organización que le es muy cercana: la Liga Internacional de Amigos de los Vascos, una especie de *lobby* creado en Francia, antes del fin de la Guerra Civil, para apoyar a los exiliados y dar voz a su causa. Aunque entre sus miembros hay nombres ilustres, pocos pueden ahora hacer algo públicamente. El escritor François Mauriac ha sido el único que se ha atrevido a escribir al propio Pétain, pese a que prometió no tener contacto con el Gobierno de Vichy bajo ninguna circunstancia. Pétain al menos ha respondido, y ha pedido a su embajador en Madrid que ejerza presión.

Sigue adelante Landaburu. Ahora, a por los Aliados. Hay que exprimir al máximo todas las redes de contacto que los servicios han ido creando y alimentando. Y se pone a escribir a los contactos franceses y británicos explicando el apuro en que se encuentran esos patriotas vascos que trabajaron para ellos.

Landaburu logra acceder de nuevo al comandante que un año antes consiguió el salvoconducto para Agirre. Y este le asegura que hará todo lo que esté en su mano.

Cartas, telegramas y reuniones discretas. Una actividad frenética.

Julio termina cuando el ambiente empieza a cambiar. Todas las respuestas que recibe Landaburu coinciden: no pasará nada grave, todas las señales dan a entender que llegará la conmutación. Ahora se acuesta algo más tranquilo, Landaburu. Conmutación: qué palabra tan fea y tan hermosa al mismo tiempo.

—¿Te he contado, Konstan, que fue don Luis quien, cuando yo estaba escondido y mi padre murió de repente, se ocupó del funeral? Mis hermanas y mi madre no podían hacer nada, estaban destrozadas.

—Sí, me lo has contado —le responde su esposa antes de dormirse—. Todo saldrá bien, ya verás.

Pero Landaburu quiere tocar todas las teclas, sin excepción. Álava sigue rogándole telepáticamente. También vuelve a él la mirada oscura de Balerdi, y va por la calle atento, por si lo ve de nuevo. Ahora sabe que la Gestapo, de algún modo, interceptó el informe sobre el servicio interior, lo que ignora es cómo ocurrió todo porque él estaba en La Rochelle cuando se evacuó Marceau. Si vuelve a ver a Balerdi, piensa preguntarle detalles de aquellos días finales.

No puede quedarse quieto. Y la última tecla, en ese París ocupado, son los pelirrojos, los rubios, los *boches.* No le dará vergüenza pedirles ayuda.

No es la primera vez que Landaburu trata con los nazis, y sabe cuál es el camino. La mejor opción es Werner Best, jefe de las SS, antiguo colaborador de Heydrich, el Carnicero de Praga. Best ha mostrado un vivo interés por los vascos desde el inicio de la guerra: cree en la Europa étnica, en los pueblos poco contaminados,

racialmente puros. Y tiene un intermediario, un compatriota suyo que ya ha contactado con él otras veces: el labortano Goienetxe, que sueña con una Euskadi independiente dentro de la Europa dominada por Alemania.

Esta vez también ha sido Goienetxe quien ha acudido a Best. La respuesta del nazi es tajante: la petición de conmutación llegará a Franco, y este no podrá negarse. Los amigos vascos pueden estar tranquilos.

También la vía alemana ha dado su fruto. Ya ha hecho todo lo posible, y agotado, tratando de aferrarse a la esperanza, acosado por las pesadillas, Landaburu se sienta a escribir. Se trata de una carta a Angelita y Emilio, hermanos de Luis Álava. Les dice, literalmente: «No hay motivo para preocuparse; hemos movido todos los hilos posibles y más, y podemos afirmar con gran seguridad que la situación del enfermo no empeorará, incluso mejorará en los próximos días».

Y como si las palabras tuvieran poder creador, una semana después de enviar esa carta a Vitoria, Landaburu recibe noticias del abogado defensor, Ramón Revuelta: el auditor ha expresado su desacuerdo con la sentencia, y el Tribunal Supremo revisará el caso. Eso significa que el consejo de guerra queda anulado, y anuladas las diecinueve penas de muerte. Revuelta le envía también la lista de los nuevos miembros del tribunal, por si puede averiguar desde dónde continuar con la presión.

Como si fuera una clara señal de la Providencia, junto con las buenas noticias de Madrid llegan también las de Suecia: el lehendakari ha embarcado por fin con su familia y varios judíos desesperados. Está cruzando el Atlántico rumbo a Brasil. Una última prueba, un mar peligroso... y por fin estará a salvo.

En agosto Landaburu tampoco puede descansar. Más cartas, más telegramas, más súplicas. Hay que investigar al nuevo tribunal, saber con quién está conectado cada miembro, descubrir con qué se les puede influir: uno, al parecer, tiene relación directa con los jesuitas; otro fue compañero de estudios de Iñaki Barriola.

De nuevo, el insomnio. Salvar la vida de Luis Álava es ahora su único objetivo. La de Álava y la de los otros dieciocho acusados.

Cuando Angelita visita a su hermano Luis en Porlier, le dice con una sonrisa sincera:

—Puedes estar tranquilo, Luis. Estás en buenas manos. Tus amigos no te van a dejar solo.

Pero Luis no está tranquilo. Estos días se le caerá el poco pelo que le queda. Ha visto con qué facilidad sacan a los hombres de esa prisión al amanecer para no volver jamás. No está tranquilo porque sus ojos han presenciado cómo llevaban en camilla a un hombre inválido por las torturas hasta el muro del cementerio del Este. No está tranquilo porque aquí la muerte no tiene ojos, ni corazón, ni conciencia.

Además, algo dentro de él le dice que, aunque revisen el caso, no reducirán las diecinueve condenas a cero. Caerá más de uno, Álava está convencido. Y si tuviera que apostar, apostaría todo su dinero a que él será uno de los elegidos.

37

Ahora secuencias oscuras. Secuencias pesadas, sucias, penosas, que se nos presentarán como a rastras, donde las sentencias de los condenados han sido anuladas, pero también sus vidas. Suspendidas. En el limbo. Pasarán los meses lentamente, aunque les dijeron que sería cuestión de días. Meses hasta que se reúna otro tribunal y se redacte una nueva sentencia. Y aún más meses desde que se les dice que la sentencia está lista, pero que, a falta de una firma, todavía no puede ser comunicada. Serán dieciséis meses eternos en total. Mientras tanto los rumores mandan: llegará el indulto, los absolverán a todos, hay peces gordos moviendo hilos.

Pero hasta que no los llamen a la sala de jueces, solo queda esperar.

Ha entrado el otoño, y en la cárcel modelo de Ventas, les han fusilado a Leonor, a Anastasia y a Atanasia, compañeras de las clases de inglés. Han celebrado el cumpleaños de Itziar, pero la postal que le envía su familia nunca llegará a sus manos porque está escrita en euskera. Han recibido la visita del Nuncio, interesado por su caso, y todas las demás presas se han alborotado, porque corren rumores de que ha sido el propio Papa quien ha venido de visita a Ventas. Estados Unidos ha entrado en la guerra tras el bombardeo de Pearl Harbor. Y otra vez es Navidad. Las cuatro mujeres han enviado mensajes de ánimo y felicitación, en euskera y de manera clandestina, a los hombres presos en Porlier y Burgos, con la ayuda de la cesta de Orbegozo, que sigue trabajando a pleno rendimiento.

Al comenzar el año —y recordemos que estamos ya en 1942—, Tere Verdes ha donado su sangre por tercera vez a Casimira Cacharro, la comunista implicada en el caso de las Trece Rosas. Aunque las transfusiones no funcionarán.

En Semana Santa, velas y misas. Durante el Aberri Eguna, las cuatro mujeres han cantado *Christus Vincit Aleluia* en la misa, con el permiso del padre Arnau, y la madre Josefina se les ha unido con lágrimas en los ojos. Al día siguiente, 14 de abril, todas las presas han celebrado la República estrechándose las manos y con miradas cómplices. La resistencia checa ha eliminado al Carnicero de Praga. Los nazis no son invencibles. Y otra vez es verano, de nuevo el calor. Y ha pasado un año desde el primer juicio, pero todavía no saben nada de la revisión.

Para celebrar el aniversario de aquel guiñol, han conseguido un bote de Zotal y han limpiado la celda de arriba abajo, hasta que no ha quedado ni un solo chinche.

—El año pasado querían liquidarnos y hoy somos nosotras las que montamos la masacre —les dice Tere a las demás, y las siete de la celda estallan en carcajadas.

Impresionante la fortaleza de Tere, que se renueva cada día y sostiene a las otras. Habla cada vez más, nada la detiene ahora. Su humor también se vuelve cada vez más negro y afilado. Por la noche, para no pensar en sus vidas suspendidas, cantan en voz baja *Jagi-jagi* cuando ya están tumbadas en sus jergones, y, a base de escucharlas cada noche, las hermanas Marín y la Rusa se les unen:

Jagi, jagi, euzkotarrak,
laster dator eguna!
Sorkaldetik ageri da
argi goxo biguna![1]

Y sí, el día llega, pero no pronto. Porque no las llaman a la sala de jueces ni les comunican la nueva sentencia hasta el 11 de diciembre.

Se mantiene la absolución de Celestino Olaizola. La condena de Víctor pasa de doce a veinte años. Las penas de muerte de los demás se reducen a condenas de entre veinte y treinta años. Todas, salvo una: la de Luis Álava. Él no se librará de la Pepa. Siguen empeñados en matarlo.

¿Será que Dios así lo quiere?

Las hermanas Marín y la Rusa han querido celebrarlo, pero han visto derrumbadas a las cuatro vascas, sobre todo a Bittori. Esa noche se han acostado sin cantar *Jagi-jagi*.

Landaburu también ha caído en los brazos de la desesperación cuando las noticias llegan a París. Si un año y medio antes urdió todo lo que estuvo en su mano para salvar a su amigo, si todos sus contactos le aseguraron que no corría peligro, que todo se arreglaría, ¿qué puede hacer ahora?

«Siempre se puede hacer algo más», le dice su esposa, mientras da la papilla a su segundo hijo, Mikeltxo.

Pero Landaburu se ha quedado sin ideas; solo se le ocurre volver a aporrear todas las puertas que ya tocó un año y medio atrás. Telegramas, cartas, reuniones. Súplicas, ruegos, peticiones. Pero intuye que la insistencia, en este punto, puede ser ya contraproducente. Además, con diecinueve condenas a muerte, aún podía dejar boquiabiertos a algunos interlocutores. Una sola pena de muerte no provoca el mismo impacto.

Y vuelve a hablar con Goienetxe. Que le dice que ya no pueden contar con Best, que ha sido destinado a Dinamarca. La puerta de los alemanes está cerrada.

Luis Álava pasa ahora los días de rodillas, en conversación privada con Dios, libro de oraciones en mano. Barriola se le acerca, se

preocupa de que coma. Le dice que la conmutación es casi segura, que solo falta la firma de Franco, que no se preocupe, como si esa firma fuera una nimiedad, un mero trámite funcionarial. Álava le responde que está tranquilo. Llegan otra vez las Navidades y no hay ningún movimiento, todos están pendientes de la firma del dictador. Han conseguido hacerle llegar una botella de Benedictine a don Luis, y brindan en Porlier por el año de la conmutación.

Así llega 1943, año estrenado con la mayor de las inquietudes en las cárceles de Porlier y Ventas.

Pronto terminará la batalla de Stalingrado, que cambiará el color de la guerra. Pero eso, a estas alturas de nuestra película, ya poco importa.

38

—Encomiendo todo mi sufrimiento a Dios, no os preocupéis por mí. Por la edad que tengo y por mi situación familiar..., seré yo quien parta al otro mundo con la carga más ligera. Así debe ser. Solo lo siento por mis familiares, por Angelita y Emilio, por mis queridos sobrinos... Ellos no merecen esto. A saber lo que tendrán que oír ahora sobre su tío. Pero yo... yo pronto me reuniré con Él y con mis padres.

Luis Álava Sautu, de cincuenta y dos años, ingeniero agrónomo, excelente conductor, está al borde del llanto. Al borde, pero sin dejarse arrastrar. En la sala de jueces de Porlier, mira a su abogado, Ramón Revuelta, con la espalda recta y la mirada limpia, y de vez en cuando sonríe también a su compañero Iñaki Barriola. Entre los dos acaban de decirle que toda esperanza se ha agotado. No ha llegado ese decreto que se suponía suavizaría las penas y vaciaría las cárceles atestadas. También ha pasado la Semana Santa sin el indulto que esperaban. Franco ha tenido la sentencia de Álava sobre su mesa, y se ha dado por enterado. Se acabó, entonces.

—Y antes de reunirme con Dios, al menos hemos podido celebrar un hermoso Aberri Eguna. Con eso me quedo.

Tres días antes, con palitos y trozos de papel, han encendido pequeñas hogueras en las galerías y celdas de Porlier, como hacían antiguamente en la cima del monte. Esa fue toda la celebración.

—No hay más que hablar. Ha sido usted un buen abogado.

Don Luis le tiende la mano a Ramón Revuelta, y este, al devolverle el gesto, no puede contener las lágrimas. Sale enseguida de la sala, avergonzado. Es la primera vez que le pasa algo así. Barriola abraza a Luis, y luego le ve alejarse camino de la galería de los condenados a muerte, con la cabeza baja y los pies a rastras.

Las noticias de Porlier llegan a Ventas como una patada en la puerta. Itziar Mujika piensa en encargar una misa para que ocurra el milagro. No se les ocurre nada más. Bittori se queda en silencio, estática, nadie logra sacarla de su mundo interior. Tere dice: «Tenemos que escribirle una carta». Y se pone manos a la obra, sobre la maleta convertida en mesa. Querrían decirle tantas cosas, pero lo más difícil es encontrar las palabras adecuadas.

Y ya es 5 de mayo. Hay rumores de saca en la cárcel de Porlier. A las cinco de la tarde, dos funcionarios se acercan a Luis Álava y le dicen: «Vístase, viene con nosotros, tiene una visita».

Pero algo le dice a Luis Álava que no es cierto. Que no tiene ninguna visita, salvo que sea la de la Pepa. De su galería sacan también a otro muchacho, Asiain, comunista de Alsasua: también él, casualmente, tiene una visita.

El personaje que los espera es el teniente José Calavera, y nunca un nombre marcó tanto el destino de un hombre: se trata del militar enviado desde la Capitanía para certificar que la ejecución se cumple. No los saluda —para él, aquellos dos ya eran cadáveres andantes—, los mira desde arriba y asiente con un leve movimiento de cabeza.

Ahora pasan a capilla.

La madre Josefina y la directora de Ventas entran en la celda de las vascas después de cenar. No necesitan decir mucho: sus miradas

lo revelan todo. Y aun así, hablan:

—Vuestro amigo está en capilla, ha encomendado su alma a Dios y está en paz —dice la madre Josefina, y se santigua.

—Tienen permiso para velarlo toda la noche —añade la directora.

Luego cierran la puerta de la celda. No deshacen los jergones, las siete permanecen de pie en el centro de la celda, heladas. Solo Bittori se echa a llorar. Tere quiere abrazarla, pero la baztanesa la aparta, secándose las lágrimas rápidamente. Itziar no puede creer que Dios no vaya a hacer nada para impedir lo que está a punto de ocurrir.

—Quisiera leeros un pasaje —dice entonces Bittori, señalando la ajada Biblia que siempre pasan de mano en mano.

Se sientan sobre los jergones recogidos y escuchan con atención las palabras de Bittori:

—«Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios, que recibiste cuando te impuse las manos; porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio».

Al terminar de leer, las siete lloran en silencio, también la Rusa y las hermanas Marín, que no han tenido una Biblia tan cerca desde su infancia. Pasan entonces el libro de mano en mano y leen pasajes que parecen elegidos al azar, pero cuyas palabras de pronto revelan todo su sentido. Aunque ese consuelo no basta para Bittori.

—Es toda mi culpa —dice—, yo lo metí en esto...

Delia la toma de la mano, le sonríe con tristeza:

—Todas entramos sabiendo dónde nos metíamos, y diría que hemos cumplido nuestra labor con alegría y orgullo, igual que don Luis.

Tere e Itziar asienten.

—¿Habrá recibido nuestra carta? —preguntó Itziar.

—Seguro que sí —responde Tere tan seria que nadie se atreve a dudarlo.

Y las horas pasan entre susurros, oraciones, lágrimas y risas. Parece que la noche no acabará nunca. Como si alguien hubiera puesto la película en pausa. Nadie quiere que se haga de día, y al mismo tiempo desean que todo acabe de una vez.

Las primeras luces azules llegan desde el este. Saben bien lo que eso significa. Quedan solo unos minutos. Itziar tiene ahora un dolor de cabeza inhumano, ya está asqueada de rezar. Bittori oye a alguien gritar dentro de su cabeza, pero taparse los oídos con las manos no sirve de nada.

Esperan de rodillas las descargas. Y así escuchan después los tiros de gracia. Han sido doce, si han contado bien. Doce hombres asesinados. Más tarde sabrán que Luis Álava cayó esposado al joven Andrés Asiain, de Alsasua, como el propio navarro había pedido.

Todo acaba así.

O no.

Porque en este momento la película podría rebobinarse. *Rewind.* Oiríamos primero los tiros de gracia y luego la ráfaga de fusil. Luis, Andrés y todos los demás se levantarían del suelo, confundidos, desorientados, sacudiéndose el polvo de la ropa, viendo cómo las balas que les perforaron la carne retroceden y las heridas se cierran. Echarían a andar, incrédulos. Subirían al camión que los trajo hasta aquí, se alejarían del cementerio del Este metiendo la marcha atrás. En ese momento Álava, hábil conductor, daría un volantazo y, en lugar de volver a Porlier, pondría rumbo a Vitoria con todos los demás condenados. Allí esperaría el inicio de la guerra, mientras los días retroceden, las bombas vuelven a los aviones, las ruinas se

convierten en edificios, los soldados regresan de espaldas a casa, y entonces, cuando todo vuelve a estar en pie, cuando todo vuelve a estar vivo, a don Luis se le presentaría la oportunidad de hacer las cosas de otro modo.

Play de nuevo. Luis Álava tiene ante sí el largo verano de 1936. Una cita con la historia, por segunda vez. Una nueva oportunidad. Pero entonces don Luis se daría cuenta de que el corazón y la conciencia le piden hacer exactamente lo mismo: ayudar otra vez a Landaburu a escapar; aceptar de nuevo el encargo de Bittori —la baztanesa valiente—; volver a instalar en su casa el telégrafo clandestino con la ayuda de Víctor; alimentar otra vez la red de informantes militares; volver a enviar los mensajes clandestinos cada semana a la cárcel de Nanclares, y, de la misma manera, llegar otra vez a este punto: al amanecer del 6 de mayo de 1943, ante el muro del cementerio del Este, esposado a la muñeca de Andrés Asiain, mirándose uno al otro para darse coraje.

Porque así es como lo quiere Dios, una y otra vez.

39

Y como la película termina así, ahora vienen los créditos. Una lluvia de nombres sube por la pantalla. El público tiene la oportunidad de secarse las lágrimas. Y de respirar. Y de empezar a reflexionar. Y quienes sean más pacientes, quienes permanezcan sentados hasta que todos esos nombres hayan pasado, tendrán un pequeño regalo final, una especie de epílogo como recompensa a su aguante. Se lo merecen. Nos lo merecemos.

Así que allá vamos.

También para el epílogo aparece antes un rótulo, el último de todos.

BILBAO, 1959.

Esto es lo que vemos en las postrimerías de esa década gris en Bilbao. Tres mujeres cruzan el paseo del Arenal a paso ligero. Aunque vienen cogidas del brazo, por el ritmo rápido y decidido se puede adivinar que no están dando una simple caminata: van a algún sitio. Visten de negro, incluidos los sombreros, el gesto serio, con el ceño fruncido. Apenas dejan atrás el quiosco de música, se dan cuenta de que el acto de hoy será multitudinario.

Igual que ellas, docenas de personas se acercan a la iglesia de San Nicolás, y en el pórtico hay ya una pequeña multitud reunida, esperando para entrar en el templo. Es un día frío de marzo, y las gabardinas grises de los hombres, agitadas por el viento, son como finas pinceladas dibujadas sobre el lienzo húmedo del paisaje. A pesar de la aglomeración, reina el silencio.

Pepe Verdes es el primero en ver al trío, y alejándose un poco de la gente, saluda y abraza a Bittori, Delia e Itziar.

—Te acompañamos en el sentimiento, Pepe —le dicen las tres.

Hace un año supieron que Tere estaba enferma. Fue ella misma quien lo explicó, cuando un día, la propia Tere las invitó a un chocolate en el café Arriaga.

—Pronto tendrán que operarme —les contó mientras mojaba un trozo de bizcocho en el chocolate, disfrutándolo con una alegría que hacía tiempo no le veían—. Me han encontrado alguna porquería en un pecho.

Las demás se quedaron sin saber qué decir. A Delia, que nunca perdía la sonrisa, se le oscureció tanto la mirada como el chocolate que tenía delante, y ni siquiera pudo probarlo.

—Rezaré por ti —le dijo Itziar, recolocándose el sombrero, ya pasado de moda, con un gesto nervioso.

Bittori la abrazó con fuerza.

La vieron por última vez en su piso de la calle Correo. La encontraron sentada en el sofá, cubierta con una manta, incapaz de levantarse. Sobre la mesita frente al sofá, junto a unas tazas de café recién hecho, señaló con orgullo una carta. Era del lehendakari, les dijo, recién llegada de París. José Antonio Agirre le agradecía a Tere Verdes todos los trabajos realizados por la patria.

Pero no hablaron de la salud de Tere. No pudieron. Hablaron de Ventas, de las hermanas Marín y de la Rusa, de la primera visita de Itziar a la librería Verdes Achirica y de todas las vueltas que había dado por la plaza para hacer tiempo, de las cestas de Orbegozo, del buen abogado Revuelta, de los amigos de Bayona, de los viajes en tren hechos con miedo, de la última juerga en Fomento, de Luis Álava.

—¿Vosotras creéis que leería nuestra última carta? —preguntó entonces Tere.

—Claro que sí —dijo Delia, sonriendo—, Barriola nos ha contado muchas veces con qué gusto la leyó, ¡más de una vez, además!

Satisfecha, Tere tomó la carta del lehendakari y la leyó con la voz ya muy débil, pero llena de orgullo.

Tres semanas más tarde, están en el funeral de Tere Verdes. La iglesia luce repleta; los que no han encontrado asiento siguen la misa de pie, con las boinas en la mano. La misa se celebra todavía en latín. Los años han pasado, y Franco sigue siendo jefe del Estado, y está a punto de recibir además la bendición oficial de los Estados Unidos. El Gobierno vasco prosigue su exilio en París: veinte años ya, ¿quién habría podido imaginar algo así? ¿Y si quedaran otros veinte más? El exilio se alarga, y lo hace además sin poder contar ya con el palacete de Marceau, expropiado y entregado a Franco por orden de los tribunales franceses.

Agirre no lo sabe, no podría imaginarlo, claro —optimista *malgré tout,* optimista hasta el final—, pero en apenas un año él también estará metido en un ataúd, víctima de un repentino ataque al corazón.

Urraca, condenado a muerte en Francia por colaboración, no volverá a pisar ese país, pero sigue en Bélgica, actuando como verdugo del régimen, enriqueciéndose con negocios paralelos, pudriendo todo lo que toca. Él sí llegará a viejo.

Tere Verdes estaba a punto de cumplir cincuenta y dos años. Por pocos días no llegó. Los mayores del lugar cuentan a los jóvenes que en ese ataúd reposan los restos de una heroína de la resistencia, una santica de Euskadi, que sufrió la cárcel, después el exilio, que nunca se rindió, aunque perdiera amigos por el camino.

—*Ite, missa est*—dice el sacerdote—. Que la buena de Tere descanse en paz.

Un aplauso repentino llena la iglesia de San Nicolás, el eco es enorme. Y la cámara se centra en el trío al que le falta ahora una integrante, las tres mujeres ya mayores que se secan las lágrimas con sus pañuelos, que se toman de la mano.

Las manos, sí. Es entonces cuando tenemos ocasión de verlas, o más exactamente, sus muñecas, porque poco a poco se van haciendo visibles los hilos mágicos, que en todos estos años no se han deshecho, que nacieron en Villa Mimosas, en Bayona, que siguieron tejiéndose en una pensión barata de Santoña, que aún hoy brotan, vivos, de las muñecas de Delia, Itziar y Bittori.

El plano se abre, y, siguiendo el recorrido de esos hilos, vemos cómo alcanzan otras muñecas dispersas por la iglesia: allí están —ahora los reconocemos, aunque los años no hayan pasado en balde— el doctor Barriola con su familia, los hermanos Ariztia, que han llegado un poco tarde —brillan en la oscuridad del templo los dientes de oro de Agustín—, Aniceto Antón, un hombre con cachava, ya casi anciano, que entrará y saldrá de la iglesia sin saludar a nadie, Víctor, el telegrafista vitoriano, tosiendo y encorvado. Y muchos otros rostros desconocidos, todos formando una red visible solo para nuestros ojos privilegiados.

Y si la cámara saliera de la iglesia y siguiera grabando desde el aire, veríamos aún el rastro de esos hilos, una tela infinita de araña, hecha de lágrimas y esperanza, pagada con cárcel, exilio y vida. Una red que suavizaba las caídas y los golpes, las noches y los días, una red de perdedores, de heroínas, la última esperanza de tantos condenados, el hilo de aquellos que lo perdieron todo menos el coraje, la estructura en cuya memoria se ha hecho esta película.

Porque ahora lo sabemos, es un hilo fino, pero irrompible.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Las ficciones basadas en hechos históricos exigen inevitablemente ciertas licencias, entre ellas quizá la más importante sea la de simplificar los acontecimientos. La realidad es caótica y amorfa, y quien quiera contar una historia se ve obligado a inventarle unos marcos. A veces, muchas veces, esos marcos resultan injustos.

Como me he centrado en la historia de Bittori, Delia, Itziar y Tere, la labor de los demás miembros de la red ha quedado en un segundo plano. Ellos también merecen su propia película, cómo no. Lo mismo puede decirse de los perseguidores. Aunque he concentrado en Urraca todo el antagonismo, conviene recordar aquí que este hombre no era más que un agente de policía dentro de un régimen fascista, es decir, un simple eslabón de una estructura perversa. La razón para explotar la figura de Urraca es clara: el enorme trabajo realizado por su nieta para sacar a la luz todas las fechorías de su abuelo. Algo nada común entre los descendientes de los victimarios del franquismo, y por eso mi más profundo agradecimiento a Loreto Urraca.

Simplificaciones aparte, he intentado no traicionar lo que realmente ocurrió. Todos los personajes que aparecen con nombre y apellido son personas reales. Otros, mencionados solo por su nombre o apellido, he tenido que inventarlos, al igual que he inventado multitud de situaciones y diálogos que, aunque pretenden ser fieles al espíritu de la historia, no pueden venir de otro lugar que no sea mi imaginación.

He utilizado toda la fuerza de la ficción para construir el personaje de Balerdi, el barítono traidor. Hoy día no está claro cómo llegó toda la documentación del palacete de Marceau a manos de Urraca. Existen distintas hipótesis planteadas por los historiadores, y entre ellas una sostiene que un compañero llamado Balerdi traicionó al Gobierno vasco. No he encontrado ninguna otra referencia a ese tal Balerdi, así que todo lo que se dice de él es invención mía.

Las fuentes documentales utilizadas son muchas; aquí mencionaré solo las más importantes. La obra más completa sobre la Red Álava —pues así es como ha pasado a la historia esta organización antifranquista— es *Red Álava 1936-1947: ekinez osatutako elkartasun sarea. Red solidaria y de acción,* de varios autores y publicada por la Diputación Foral de Álava. Por ahí empecé mi investigación. También me ha resultado muy útil *Al servicio del extranjero: Historia del servicio vasco de información (1936-43),* de Moreno y Aberasturi.

Cuatro biografías me han proporcionado datos y matices valiosos: la que Mees, de la Granja, de Pablo y Rodríguez escribieron sobre el lehendakari Agirre; la biografía de Xabier Landaburu escrita por Leyre Arrieta; la de Juan Ajuriagerra de Eugenio Ibarzabal; y la de Pedro Urraca, de Gemma Aguilera. Igualmente importante ha sido poder leer los diarios del lehendakari Agirre, así como el libro *A la caza del primer lehendakari,* de Ingo Niebel.

Para trabajar los días de prisión me basé en dos fuentes principales: *19 condenados a muerte,* escrita en primera persona por el doctor Iñaki Barriola, y *Memoria del frío,* de Miguel Martínez del Arco, cuya madre resistió en Ventas.

Sobre los últimos días del Gobierno vasco en Marceau, conté con el testimonio en primera persona de Pedro de Basaldua en su libro *Con los alemanes en París: páginas de un diario.* Para conocer las

vicisitudes del PNV alavés me ha resultado de gran ayuda el libro *En tierra de nadie. Los nacionalistas vascos en Álava* de Santiago de Pablo. No habría podido escribir nada sobre el «aniversario de la liberación» celebrado en Bilbao en 1938 sin el artículo de Aritz Ipiña, *«Bilbao ya es España». El modelo festivo franquista en Bilbao entre 1938 y 1940.*

La mayor parte del trabajo de archivo lo realicé en la Fundación Sabino Arana. El material que se conserva allí es de verdad impresionante, especialmente el llamado Archivo Verdes. Podrían hacerse muchas películas solo a partir de ese archivo. Mi agradecimiento a Iñaki Goiogana, archivero, por su generosidad y ayuda, siempre rápida y efectiva.

Y tengo un agradecimiento especial para Eugenio Ibarzabal por haber acudido en 1978 en busca de unas ancianas Bittori, Itziar y Delia, cuando ya estaban sumidas en el olvido, y grabar sus palabras y recuerdos. Gracias de corazón por hacerme llegar después esos documentos sonoros. La emoción que me causó escuchar las voces de esas tres mujeres imparables ha guiado e inspirado mi trabajo.

Gracias también al historiador Joseba Agirreazkuenaga, por leer el texto minuciosamente y corregir numerosos errores. Y quiero agradecer también a quienes me ofrecieron apoyo material durante la escritura de esta novela: a la Asociación de Escritores Vascos y al Ayuntamiento de Pasaia, por procurarme una residencia de escritura en Hugoenea durante el verano de 2024, y al Departamento de Cultura del Gobierno vasco, por la ayuda a la creación literaria que recibí en 2025.

Por último, mi gratitud, como siempre, a la gente querida que ha estado a mi lado durante el proceso, empujando y animando: a mi madre, a mi padre, a mi editor desde hace casi veinte años, Xabier Mendiguren, y a las amigas y amigos que me acompañaron sin

quejarse a todas las localizaciones que aparecen en el libro: Peio, Aran, Eder, María, Aixa... Nunca escribimos en soledad.

Y nada más. Honor y gloria, ayer como hoy, para quienes en los momentos más difíciles eligen el camino de la solidaridad.

Notas

7

1. «Cuidado, ganado en libertad.»

11

1. Comité ejecutivo del Partido Nacionalista Vasco.

15

1. Día de la patria vasca, celebración nacionalista que conmemora el día en que Sabino Arana tuvo su «revelación vasquista», y que se celebra durante el Domingo de Resurrección desde 1932.

19

1. *Emakume* significa «mujer», aunque utilizada en castellano se refiere exclusivamente a las mujeres integrantes de la organización Emakume Abertzale Batza.

37

1. «Arriba, arriba, vascos, / que pronto llega el día, / por el este ya aparece / la suave y cálida luz.»

Servicio interior
Katixa Agirre

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Barne zerbitzuak* (Elkar, 2025)

Fotografía de la cubierta: El lehendakari Agirre junto a distintos mandos del Ejército vasco en Elorrio, 1936. © Sabino Arana Fundazioa

© Katixa Agirre Miguélez, 2026
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

de la traducción: Katixa Agirre Miguélez, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-1107-823-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Cita
Acto I
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13

Acto II
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26

Acto III
- 27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
Nota de la autora
Notas
Créditos